

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - ISSN0328-221X - N°41, Buenos Aires, Verano 1994 57

La democracia endeble
Norberto Bobbio

Nueva Alemania, viejo canciller
Ralf Dahrendorf

La revolución posdemocrática
Javier Tusell



CORREO: Tarif postal 1994
ARGENTINA: Franco pagado 5107
ESTADOS UNIDOS

Separata

Brasil en la era Cardoso

Estado, mercado, democracia: ¿existe una perspectiva latinoamericana?
F.H.Cardoso

Los monederos falsos
José Luis Fiori

Reforma e imaginación
F.H.Cardoso

El mayor desafío es la deuda social
F.H.Cardoso

Entre el conservadurismo y la socialdemocracia
Javier Zelaznik

Autonomía palestina ¿experimento inviable?
Israel no negocia su seguridad
Guillermo Ortiz

Sin iniciativa la oposición, el peronismo pone en crisis al Estado
Osvaldo Pedroso

Partido del Frente
Tensión entre el progresismo y el mundo del trabajo
Julio Godio

El estilo político menemista y los problemas de la oposición
Ricardo Sidicaro

Agenda del progresismo
Políticas culturales. Hoy: Los medios audiovisuales
Beatriz Sarlo

En este número

Si en lugar a dudas el material más destacado de esta edición es el de la Separata, dedicada a la nueva etapa que se abre en Brasil con la ascensión de F.H. Cardoso como presidente. Allí hemos reunido intervenciones inéditas en español de él y de J.L. Fiori, junto a un análisis de J. Zelaznik sobre la nueva relación de fuerzas en los cuerpos colectivos brasileños tras las recientes elecciones. En cuanto al cuerpo de la revista, el sumario cubre los más diversos centros de interés, pudiendo resal-

tarse, acaso, el capítulo internacional, donde Ortiz ofrece un amplio panorama de la inestable autonomía palestina a partir, fundamentalmente, del recrudecimiento del terrorismo de base fundamentalista. Bobbio advierte sobre ciertos riesgos de la situación institucional italiana y Dahrendorf describe el cuadro de acuciantes exigencias, internas y externas, que se le abren al nuevo gobierno Alemán. Y, finalmente, queremos llamar la atención sobre el discurso de Walzer acerca del 40º

aniversario de *Dissent* y sobre la inteligente semblanza de Martínez Estrada trazada por Crespo. El artista de este número es, en realidad, un colectivo: el Taller de Torres-García, ese extraordinario centro de talento que, desde la tranquila Montevideo, irradió su influencia al mundo entero. Las ilustraciones usadas a color son: revista, tapa, Augusto Torres, sin título, sin fecha; tapa, separata, Héctor Ragni, *Paisaje constructivista, Montevideo, 1935*; contratapa, separata, Héctor Ragni, *Locomotorola 214, 1934*. □

Sumario

Opinión			
Alicia Azubel: Una cuestión de olfato	3	acuerdos y desacuerdos entre liberales y comunitarios	32
Ricardo Nudelmann: Notas sobre México	4	Horacio Crespo: El francotirador anarcóico	37
Política		Libros	
Ricardo Sidarico: Política menemista y problemas de la oposición	5	Alejandro Blanco: Radiografía de la indigencia	40
Julio Godío: La tensión entre el progresismo y el mundo del trabajo	7	Franco Castiglioni: Ensayos sobre un debate contemporáneo	41
Liliana De Ríz: Entre la legitimidad democrática y el principio federativo	10	Roberto Gargarella: Posibilidades y límites de la justicia en la Argentina	43
Oswaldo Pedrosa: Sin iniciativa la oposición, el peronismo pone en crisis al Estado	12	A.B.: Novedades	42
Agenda		Revistas	
Beatriz Sarto: Políticas culturales. Hoy: los medios audiovisuales	15	Michael Walzer: Somos una izquierda sin línea de partido	44
Internacional		Ensayo	
Guillermo Ortiz: Autonomía palestina: un experimento en crisis	19	Javier Tusell: La revolución posdemocrática	46
Norberto Bobbio: La democracia endeble	22	Contratapa	
Ralf Dahrendorf: Nueva Alemania, viejo canceller	24	Sergio Bufano: Penitentes hasta la muerte	56
Reflexiones		Separata/Brasil en la era Cardoso	
J.M. Abal Medina (h): La "normalización" del sistema de partidos en Argentina	26	F.H. Cardoso: Estado, mercado, democracia: ¿existe una perspectiva latinoamericana?	1
Roberto Gargarella: Una rápida mirada a los		José Luis Fiori: Los monederos falsos	9
		F.H. Cardoso: Reforma e imaginación	15
		F.H. Cardoso: El mayor desafío es la deuda social	19
		Javier Zelaznik: Enyor el conservadurismo y la socialdemocracia	22

La Ciudad Futura

Bon.Mi. 2094 - 1º (1039) Buenos Aires - 953-1381.
 Director fundador: José Arce (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. Consejo de redacción: Gerardo Adrogé, Javier Artigues, Alejandro Blanco, Fabián Bonoer, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Hugo Farusi, Javier Franzó, Julián Godío, Miguel Ángel García, Julio Godío, Marcelo Leiras, Antonio Marín, Ricardo Mazzorin, Guillermo Ortiz, Osvaldo Pedrosa, María Pía, Ernesto Scamín, Pablo Semán, Luceira Teixido. Comité asesor: Emilio de Ipolo, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R.González, Jorge Kees, Carlos Kreimer, Marcelo Losada, Ricardo

Nudelmann, Oscar Terán.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi. Diagramación y armado: Viviana Mozzi.
 La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giro en Casilla de Correo N°167, Sucesal 12, (1412) Buenos Aires. Impresión: Gráfica Integral, Albaracá 1955, (1424) Buenos Aires. Distribución en kioscos de la Capital Federal: Sinfín, Pichincha 180, (1052) Buenos Aires. Distribución en otros: Trapes, Batacua 458 - 1º oficina 2, (1092) Buenos Aires. Registro de la Propiedad Intelectual N°192675. Suscripción anual: Argentina, US\$ 40.- Exterior, US\$ 60.- Bibliotecas e instituciones: US\$ 80.- Cheques y giro a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

OPINION

Una cuestión de olfato (Política y vida cotidiana)

Lo que sigue sucedió en el mes de octubre de 1994, a las cinco de la tarde de un día de semana en uno de los más elegantes *shoppings* de Buenos Aires. El día era primaveral: tibio y soleado.

Me encontraba allí respondiendo a un pedido de mi hija. Quería que la acompañara a comprarse un par de zapatillas que ya tenía localizadas con precisión. Cerca de la salida, bolsa en mano, me pidió que le compré un helado. Un cono lleno de una espuma cremosa muy blanca, bañado en chocolate. Una tentación. Pedí dos cucharitas y nos acomodamos en un rincón de la barra a compartirlo. Estaba delicioso. El baño de chocolate resultó escaso y, a nuestro pedido, la empleada accedió a reforzarlo pese a que no correspondía. Todo muy amable. Leve. Sí, sobre todo liviano. Como el helado: incoloro, inodoro y sin densidad.

En esta atmósfera, mientras sentía el paso del helado por la garganta en vías de una digestión impecable y pura, una ráfaga putrefacta lastimó mis fosas nasales y se mezcló con la espuma blanca a nivel del diafragma y quebró todo. Busqué a mi alrededor. Nada. Insistí con la mirada un poco más allá para tratar de localizar el origen de eso que se anunciaba, ya sin duda, como una sensación de náusea.

Vi entonces, a escasos tres metros, la silueta de un chico de alrededor de doce años que se acercaba a la caja del local. Lo descarté. No, no podía venir de allí. Sin embargo debí dudar, porque algo me detuvo en él. Quizá fue solamente el poder de un contraste. La cuestión es que allí quedé mi mirada cautiva, en su pelo, ropa, manos, cabello. Sí, no podía ceder ninguna

duda. De allí venía la cosa.

Con un billete de un peso pidió un helado "de esos" (señalando el cono). La empleada dudó. El, sin embargo, forzó ante su vista el billete de un peso. Entonces ella respondió dando media vuelta, llenando el cono con espuma, tomándolo por la puntita y entregándoselo, recibiendo el billete de su mano, guardándolo en la caja y, ya entregado el helado por la puntita, limpiándose su mano para conjurar el roce con la cosa.

Un chico de la calle. Sentí a mi lado la presencia de mi hija y la interrupción a dúo del ritual del helado. Congelada la escena me topé sin embargo con la sombra de un dolor en la mirada de mi hija. Dijo: "pobre...". Lo vimos bajar la esalera mecánica. Al ratito también nosotros nos fuimos... pero la cosa no. La cosa está allí, atragantada a nivel del diafragma. El dolor en la mirada de mi hija, el gesto de la cajera

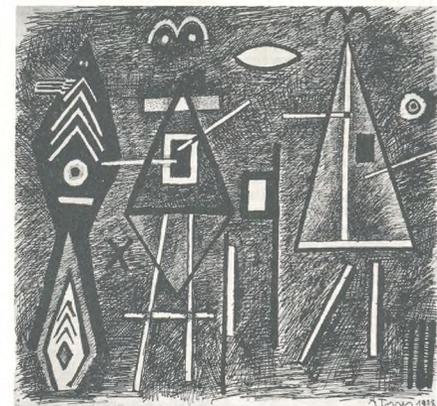
para conjurar el roce y mi propia náusea no encuentran una vía de salida. Vale decir, una palabra, una expresión que haga soportable lo insoportable de esa escena.

Lo que sucedió en ese día soleado del mes de octubre de 1994, en un elegante *shopping* de la ciudad de Buenos Aires, en ocasión de comprar unas zapatillas y saboreando un helado fue eso.

Eso es la prueba de que un chico - como uno en parte ha sido, como nuestros hijos en parte son, con deseos como los de uno, con capacidad para disfrutar un sabor como uno- exhala un olor a carroña.

Eso es la prueba de que los chicos de la calle están entre nosotros, como desechos. Su olor nos lo grita.

Sin embargo -se dirá- saboreé su helado y disfruté igual que uno. Es cierto. Son esos restos los que hacen



AGUSTO TORRES

Dibujo, 1937

aun más intolerables las diferencias en las que vivimos. Y son los mismos que, una vez percibidos, nos advierten sobre el horror de que si no reclamamos a nuestros gobiernos para que intervengamos sobre eso, incluso esos restos humanos pueden apagarase en estos chicos para devenir desechos puros.

En un año electoral como el que ya comenzamos a transitar, no estaría de más tener nuestro olfato alerta (aunque despierte náusea) al pensar en las opciones que se nos presentan y al reca-pacitar sobre el destino de nuestro voto. Un voto que, querrá, estuviera fundado quizá no como antaño en los ideales, sino en aquello que cada día nos vemos forzados a repudiar para poder vivir con cierta ilusión de dignidad. Por cierto es probable que por ese sesgo, los ideales de entonces se actualicen en nosotros con mayor potencia aun.

Alicia Azubel

Notas desde México

Estos son algunos datos sobre la situación mexicana, que envío para información de los amigos.

1. En las últimas semanas de su gestión el presidente Carlos Salinas de Gortari había perdido toda iniciativa, pero tampoco el triunfador en los comicios, Ernesto Zedillo, pudo ocupar el espacio vacante. La política, por lo tanto, siguió moviéndose en torno a los misterios del asesinato del ex secretario del PRI, José Francisco Ruiz Massieu, y a las luchas intestinas del partido oficial para ocupar los cargos en el gobierno. Salinas, básicamente ocupado en inaugurar obras para que su nombre quede registrado en placas de bronce, está muy preocupado porque lo que se daba como su segura nominación como timonel de la futura Organización Mundial del Comercio ahora peligró por el posible apoyo norteamericano al candidato coreano, Zedillo, que mantiene un discreto *low*

profile, ha intentado armar un equipo relativamente homogéneo, impidiendo que se cuelen en él elementos del viejo aparato partidario, desacreditado hoy por su presunta vinculación con los narcos y la violencia.

2. La investigación del asesinato de Ruiz Massieu, aunque seguramente no ha llegado ni a asomarse a los bordes del depósito de excrementos de los manejos del poder, ha permitido un debate saludable. Hoy parece evidente la conexión de este hecho con el asesinato de Colosio, en un mensaje dirigido a la llamada "generación del cambio" para que se ocupe exclusivamente de que la economía se mantenga como hasta el presente y que se profundicen todavía más las orientaciones del plan salinista, pero que deje el manejo de la política en manos de la mafia narcopolítica, como hasta el presente. La narcopolítica lo invade todo hoy en México. Las acusaciones de vinculaciones con los distintos carteles de la droga se cruzan hasta el cansancio. Un "arrepentido" declaró hace poco que el EZLN está financiado por el cartel de Matamoros y hasta se habla del comandante Marcos como del comandante "Narcos". Algunos analistas opinan que esta inusitada proliferación de denuncias sobre la infiltración de los narcos, descarga la responsabilidad de los manejos turbios de los viejos y nuevos políticos exclusivamente sobre ellos.

3. El PRD no ha logrado reponerse de la derrota electoral, ni articular una estrategia de oposición, aun cuando dispone de una relativamente importante representación parlamentaria y manejo de municipios. Después de su denuncia de que se había cometido "un fraude colosal", sus dirigentes fueron incapaces de presentar prueba alguna de ello. Si se anulaban resultados electorales por parte del Tribunal Federal Electoral cuando se demostró que se cometieron serias irregularidades, pero estas pruebas fueron aportadas mayoritariamente por el PAN. Ricardo Valero, uno de los principales dirigentes del PRD y actual diputado, reconoció que no eran capaces de demostrar el

fraude. De cualquier manera, ni el PAN ni el PRD aparecieron con la pujanza suficiente como para ocupar el espacio político vacío de los días previos al cambio de gobierno.

4. La guerrilla de Chiapas volvió a tener presencia de prensa en las últimas semanas, tal vez por la pasividad del gobierno. El EZLN denunció nuevos movimientos del Ejército, Marcos concedió entrevistas, hubo reuniones de la llamada Convención Nacional Democrática, etc. Marcos obtuvo la primera página de los diarios y repercusión en las cadenas de TV, pero no consigue generar una fuerza política para lograr sus objetivos.

5. Frente a la falta profunda y real del PRI y a la falta de alternativas del PAN y el PRD, aparece como más clara la necesidad de un pacto político, que garantice la transición a la democracia y la gobernabilidad del país. Aun que puedan existir dudas acerca de si el proyecto de "modernización" del PRI, que manejaban Zedillo y el finado Ruiz Massieu, fuera solamente una forma de subordinar al PRI al proyecto neoliberal de modernización económica, la alternativa que ofrecen los viejos políticos, los "dinosaurios" encabezados por Carlos Hank González, un millonario acusado de vínculos con los actos de violencia y con el narco, no despierta adhesión en nadie. Zedillo nombró Procurador General a un hombre del PAN, en un gesto de apertura inusual en México, e integró a su elenco a figuras provenientes de franjas "progresistas" del PRI, pero aun así el reconocimiento de la falta de credibilidad de la sociedad en la política y en los políticos deberá ponerse sobre la mesa de discusión del flamante gobierno. Además, sus problemas de gestión no son menores: deuda externa de 125 mil millones de dólares, crecimiento de menos de 4 por ciento programado para 1995, aumento del salario mínimo de 4 por ciento para ese año —que hace presagiar resistencias sociales—, corrupción generalizada y violencia política. □

Ricardo Nudelman

POLÍTICA

Política menemista y problemas de la oposición

El autor analiza en este texto algunas de las características de la acción política menemista y busca establecer la manera en que la misma ha influido sobre las prácticas de la oposición, limitando por esa vía la eficacia de sus críticas.

Ricardo Sidicaro

Estilo político menemista presenta múltiples rasgos. De ese carácter polifacético aquí me interesa abordar algunos aspectos centrales que parecen haber penetrado de forma muy profunda en el actual campo de relaciones políticas argentinas y que, de maneras diversas y con disímil intensidad, alcanzan también las prácticas de la oposición. No se trata de plantear fáciles, y falsas, homologaciones entre el gobierno y toda la oposición sino de señalar ciertos componentes del juego político originados en el menemismo y que han impregnado al conjunto de los actores que participan del mismo. Dicho en otros términos, en tanto que gobierno y oposición se suponen mutuamente, es sólo una ilusión de actores creer que la dinámica de uno no afecta al modo de hacer política del otro. Lo interesante de destacar es que esta reciprocidad perjudica más a la oposición que al gobierno.

Puede afirmarse que la validez relativa de la noción de hegemonía menemista se encuentra más en su capacidad de contaminar las modalidades de acción política de sus rivales que en su predomino efectivo ya sea sobre el electorado o sobre la confianza de la sociedad en su proyecto. Con respecto a su convocatoria de sufragios, es suficiente recordar que reúne los porcentajes más bajos de la historia

del peronismo, a partir de juntar votos populares, prendados a un recuerdo de lo que fue, a los que se sumaron electores de tradición antiperonista dudosos de posibles recaídas en anteriores y "demagógicos y dirigistas" identificados. La combinación difícilmente podía ser más contradictoria y es válido suputar que su continuidad será ende-

ble. En todo caso, esa convergencia ocasional no está galvanizada por una ideología coherente y el aval secretario del menemismo se asemeja más a un refugio pasajero que a una convicción política durable. La precaria unidad menemista se ha revelado hasta ahora en la formulación de un discurso político pleno de contrastados y "que sólo se unifica en sus distintos expositores en algunas coincidencias de estructura te-
legráfica en torno de la defensa del llamado modelo económico. La fuerza circunstancial del menemismo no debe, entonces, buscarse en la amplitud de las adhesiones electorales que concita ni, menos aun, en la coherencia y calidad de su ideario. Por el contrario, allí donde el menemismo ha sido exitoso es en su capacidad de fijar las condiciones e imponer las pautas en las que actúan quienes se oponen a él; consiguió así difundir un estilo político que le permitió predominar sobre sus adversarios y hacer que buena parte de éstos, sin quererlo, reforzaran en su sociedad la imagen de la política que más convenía a quienes gobernaban.

¿Qué es el estilo político menemista? Como primera aproximación digamos que es una manera dramática y trivial de hacer política. Manera dramática porque coloca sus iniciativas permanentemente en el terreno de las

grandes y trascendentes opciones. Con esa estrategia se arrancaron leyes al parlamento, se privatizaron empresas públicas en plazos apremiantes, se justificó el horror y la tortura, se enviaron tropas a lejanos y ajenos escenarios bélicos, se cambió la Constitución Nacional y la lista de ejemplos podría continuar. Fueron apuestas importantí-

simas en las que el menemismo comprometió el futuro o jugó con el pasado, modificó tradiciones o incurrió en la difícil reconstrucción de la moral ciudadana. Pero su manera de operar es trivial porque todo lo hace como si se tratara de escoger entre alternativas menores en un atardecer de Amillaco: allí la sangre no puede llegar al río, el des-

acuerdo es una confu-
gencia pasajera sin consecuencias, los enojos deben desvanecerse antes de que "las velas ardan" y "mañana será otro día". Trivial, írónica, baladí, pedestre, superficial, prosaica, los términos son sinónimos y han sido empleados con frecuencia para nombrar la política oficial. Por la naturaleza de las conductas designadas mediante esas palabras se hace difícilmente captar por medio de ellas el contenido de las decisiones que acompañaron o anunciaron. Esa particular manera de colocar la opción dramática en un enunciado trivial se encuentra en el centro del fenómeno menemista. Si los humoristas han competido con los analistas en la tarea de dilucidar los años recientes es, justamente, por el indisoluble vínculo de la dimensión dramática y de la trivial presente en todos los mayores acontecimientos que sucedieron o, mejor aun, que concieron al país.

Descubrimiento en absoluto pre-

meditado, la dominación política menemista articula la informalidad propia del manejo de una empresa familiar con la adopción de medidas cuya indefinición de las instituciones o de la economía hubie-

Del ciudadano de los primeros años de la democracia se pasó al consumidor, en una clara declinación del referente societario de la política; al primero se lo creía depositario de virtudes republicanas, al segundo se lo suponía acosado por las cuotas de un electrodoméstico.

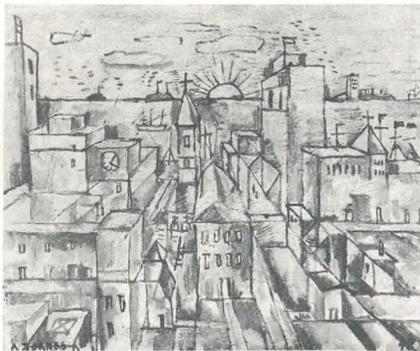
ran merecido debates y argumentaciones de una profundidad que, seguramente, superaba a todos los participantes de la vida política e intelectual a ella ligada. Como ejemplo plénesis en el trámite que desembocó en la reforma de la Constitución. Esta peculiar manera de desenvolvimiento político no se había registrado frente a anteriores intentos refundacionales. En aquellas oportunidades los actores gubernamentales se habían presentado a sí mismos con una seriedad y rigor que permitía como contrapartida una similar estrategia de definición de sus adversarios. Los gobiernos militares se esforzaron en presentarse como actores muy consistentes y fueron sus crisis las que alumbraaron sus fisuras y falsa solidez. El alfonsismo, al identificarse con las instituciones democráticas y republicanas dejó bien especificado el espacio de la oposición y, como el tiempo lo revelaría, le permitió a ésta aparecer como más seria de lo que en realidad era. El menemismo, en cambio, desconcertó a sus contrincantes desde la precedente lucha electoral por la presidencia. Siempre costó definirlo en tanto adversario. Una vez instalado en el gobierno, su combinación entre lo dramático y lo trivial fue una herramienta de extraordinaria eficacia para anular los debates. ¿Cómo discutir en la esfera de lo trivial las medidas de alcance dramático? No es exagerado sostener que allí quedó empanada una buena parte de la oposición. El menemismo había roto el pacto fundante del teatro de la política al mostrar sin cortapisas que se podía desempeñar el máximo rol en la cúspide del poder sin las ceremonias de puesta en escena asociadas normal-

mente a esa codiciada posición. Desencantado, el juego político quedaba definitivamente devaluado. La palabra pública se confundió con los *lapsus linguae* y las promesas con errores de interpretación.

Las consecuencias del menemismo sobre el conjunto de la dinámica política hubieran sido menos significativas de no haberse tratado de un fenómeno que salía del movimiento político que se suponía sostenido por votantes más tradicionales y, por lo tanto, más apegados a una identidad cristalizada. La ausencia de protestas populares frente al cambio histórico y a la ruptura impulsada por Menem y

sus equipos con respecto a las propuestas clásicas del peronismo indujeron a reflexionar sobre la endebles de las creencias políticas de la mayoría de la población y el desinterés por los programas y principios otrora considerados más importantes, si bien nunca vitales. ¿No era la representación so-

cial y política un equívoco y las promesas electorales un decorado sin sentido? Precursores, los menemistas introdujeron una práctica política ya intentada antes por otros más tímidamente y la consagraron como ejemplo. En muchos opositores al gobierno, no sólo la política podía devaluarse sin riesgos sino que pareció cundir la convicción de que la sociedad era poco seria y el electorado carecía de exigencias. No es arriesgado suponer que fue una imagen de la política y de la sociedad de ese tipo la que estuvo en los fundamentos de la estrategia de una parte del radicalismo cuando suscribió y respaldó el llamado Pacto de Olivos. Aquí también los ejemplos podrían multiplicarse, pero resulta más pertinente retener el mecanismo básico que podría sintetizarse diciendo que buena parte de la oposición quedó contenida en el estilo menemista al considerar que aun las opciones más dramáticas y trascendentes podían camuflarse con justificaciones de circunstancia de bajo contenido político y argumentaciones triviales. Por esa vía, sin proponérselo, la oposición colaboraba con la despolitización de la sociedad que favorecía al gobierno.



AUGUSTO TORRES

Estudio en perspectiva, 1947

En clave dramática el menemismo situó a lo largo del sexenio la economía y la estabilidad en el centro de los problemas nacionales. Usó el fantasma de la hiperinflación como recurso permanente y buscó rebajar la categoría de cualquier temática, subordinando su tratamiento a los logros en el plano económico. No es sorprendente que en la matriz impuesta por el gobierno de ausencia de discusiones serias entrara también la economía y su manera emblemática de definir las preocupaciones de la sociedad. Del **ciudadano** de los primeros años de la democracia se pasó al **consumidor**, en una clara declinación del referente societario de la política; al primero se lo creía depositario de virtudes republicanas, al segundo se lo suponía acosado por las cuotas de un electrodoméstico. ¿Es equivocado afirmar que buena parte de la oposición quedó atrapada en esa singular construcción discursiva menemista? Quienes así se posicionaron en política, más que hablarle a un hipotético consumidor le ayudaron a los sujetos a instituirse como tales y aunque éstos no votaran por el menemismo se los invitaba a pensar en valores muy distintos a los pregonados por el gobierno y sus comunicadores geniales. El éxito del menemismo era patente en este proceso de resignificación ideológica de los problemas económicos cuya opción dramática era su estabilidad o la catástrofe hiperinflacionaria que, con su lenguaje trivial, asociaba directamente con toda la oposición.

Los años de Menem habrán aportado novedades interesantes e inesperadas a los formatos de dominación por cierto tan variados que se sucedieron en nuestro país a lo largo de su accidentada historia política. Sería una ingenuidad suponer que la oposición encontraría más éxitos con sólo tener más elementos para objetivar el ámbito en el que desarrolla sus prácticas. Pero entender mejor y discutir con mayor profundidad las transformaciones que introdujo el menemismo podría ser un recurso que, quizá, contribuya a hacer más eficaz su acción. □

El Partido del Frente

La tensión entre el progresismo y el mundo del trabajo

Luego de analizar las proveniencias políticas y sociales del núcleo central del Frente Grande, el autor atiende también al peso que pueden adquirir ciertas tradiciones en la configuración de la fisonomía futura del Partido del Frente. Una expresión en la que, señala, han centrado sus esperanzas cientos de miles de trabajadores, jóvenes, mujeres y excluidos.

Julio Godio

1 Una de las originalidades producidas por la combinación en estos diez años de democracia política con el modelo neoconservador, es que las limitaciones de la democracia política (que no es económica ni social) y los efectos de la implantación de la "sociedad de dos velocidades" intrínsecos al modelo, han terminado por producir un espacio socio-político favorable al nacimiento de una nueva cultura política popular progresista que simboliza la necesidad de concebir la modernización económica como base de una democracia económica, social y política. En la historia argentina contemporánea se registra la irrupción de tres grandes culturas políticas que agrupan y representan los intereses sociales y populares. Estas han sido el radicalismo, el socialismo y el peronismo. El socialismo, en diferentes versiones, no logró instalarse como voluntad nacional-popular y fue marginado, pero estableció un piso de derechos sociales y laborales. El radicalismo y el peronismo lograron representar diferentes modalidades de movimientos de

voluntad nacional-popular y por eso han adquirido la calidad de "ideas-fuerzas" organizadoras de los imaginarios político-culturales del pueblo. El radicalismo es la tradición liberal popular y el peronismo la del constitucionalismo social y la justicia social. En el proceso histórico de hegemonía de ambas, otras corrientes ideológicas (entre ellas, el marxismo-leninismo y la democracia cristiana) aspiraron a sustituir las pero no lograron su objetivo.

En el transcurso de este año ha crecido notablemente una fuerza política: el Frente Grande. Los aspectos negativos del Pacto de Olivos potenciarán su desarrollo. Pero lo importante de este nuevo fenómeno es que cumple con requisitos que lo habilitan para pretender colocarse en el centro del sistema político argentino, en tanto no aspira a ser el "resultado" de una suma de tradiciones, sino el producto genuino de este escenario político que ha hecho viable la construcción de una nueva y original cultura política que esquemáticamente puede ser denominada como "progresismo de centro-izquierda".

2 El Frente Grande no ha nacido por generación espontánea. Por el contrario, en su formación se contabiliza su núcleo inicial, compuesto por jóvenes políticos e intelectuales provenientes de la renovación peronista de los 80, con ideas que coinciden con enfoques de una socialdemocracia *aggiornada*. A este núcleo se sumaron en el inicio un sector de la democracia cristiana de izquierda, restos del Partido Intransigente, grupos politizados de los movimientos de derechos humanos, el Partido Comunista y, por último, agrupamientos de militantes sindicales que buscan construir una nueva identidad para la defensa de los

intereses de los trabajadores en el proceso de instalación del mercado y reforma del Estado. En consecuencia, en la formación del Frente Grande, cada componente "venía" con historias particulares de prácticas políticas, de liderazgos y de concepciones del mundo. Lógicamente, esas corrientes de pensamiento político no desaparecerán por arte de magia. Pero necesitan ser subsumidas dentro de una nueva cultura política que sistematico y transforme en "líneas de fuerza" las demandas y expectativas de la sociedad, en particular de los asalariados y los excluidos del modelo neconservador. El partido en formación tendrá futuro si es capaz de representar al "mundo del trabajo", cuyo núcleo son los trabajadores y sus sindicatos, pero cuyo universo debe incluir a otras capas y categorías sociales, como los pequeños y medianos empresarios urbanos y

rurales cooperativistas, científicos y profesionales, microempresarios del sector informal de la economía, etc.

3 El núcleo fundador y hegemónico del FG -constituido por ex peronistas renovadores, demócratas cristianos de izquierda y del PInecesita crear un partido que organice a los militantes según una concepción del mundo y una estrategia precisa. Este desafío ha sido abordado con la propuesta de creación del Partido del Frente (PF) en noviembre de este año. Creado el partido, quedará más claro qué otras fuerzas políticas y sociales constituyen el FG o "Frente Social" como tal y cómo se resolverá orgánicamente la alianza entre el PF y el PAIS (bordonismo), la Unidad Socialista, los partidos provinciales aliados y sectores de origen radical (núcleos "stornistas" y otros). A este conjunto de

asuntos políticos debe agregarse cómo se resolverá la relación entre el PF y las corrientes sindicales agrupadas en el Congreso de Trabajadores Argentinos (CTA), movimientos sociales y culturales afines, etc.

Es evidente que el núcleo hegemónico en el futuro PF, liderado por Chacho Alvarez, necesita rápidamente dar una identidad ideológica y cultural al nuevo partido. Este tema es sumamente complejo, puesto que, como es sabido, es más "fácil" organizar a un partido que dotarlo de una cultura política abarcativa de distintas formas de sentir y pensar, que "brotan" de expectativas laborales, de mejoramiento de la calidad de vida, de intereses culturales, etc., que confluyen en el FG, agrupables tanto como categorías sociales (clases, estratos sociales, etc.), como movimientos sociales y según los contextos de los cuatro grandes espacios territoriales argentinos (Noroeste, Noreste, Pampa húmeda, Patagonia) y Buenos Aires y Gran Buenos Aires. Por de pronto, se ha planteado un conflicto entre dos identidades culturales: una representa Chacho Alvarez, que pretende fundar una cultura política articulada en un discurso "socialdemócrata", y otra representada por Pino Solanas, que puede ser identificada como cercana a las tradiciones del nacionalismo de izquierda.

La mayoría del FG ha hecho prevalecer la opción de Chacho, porque es la postura que representa mejor el paradigma de la "profundización de la democracia". Pero en realidad, el conflicto entre el "chachismo" y el "pinismo" podría ser la antelasa de otro debate sobre el PF: nacido de la sociedad política, sólo podrá consolidarse si arraiga en la sociedad civil no sólo como representante de un sector de "ciudadanos", sino como representación de "intereses sociales" y como referente político-partidista de diversos tipos de organización, afincadas en el mundo del trabajo así como en el "mundo de los excluidos". El peligro principal para el PF es que predomine una cultura política progresista sólo apta para representar ciudadanos progresistas pero no clases y estratos so-

ciales "subalternos". Si ocurriese esto último el PF no podría afincarse ni en el mundo de los sindicatos ni en el mundo de la informalidad y la pobreza, ambos fuertemente cercados por la estructura partidaria del PJ, el sindicalismo tradicional y el asistencialismo estatal. Así las cosas, el PF corre el peligro de que el conflicto entre "chachistas" y "pinistas" no se resuelva en una síntesis superadora y que emerjan otras disputas y tensiones ideológicas entre grupos de intereses y, en especial, el conflicto potencial en la base entre militantes con formación de "centroizquierda" y militantes con culturas socialistas "ortodoxas", cristianas revolucionarias, etc.

4 La implantación del PF como "voluntad política organizadora" del mundo del trabajo no se resolverá corriendo hacia "la izquierda" o hacia el populismo del programa económico, que ya es lo suficientemente avanzado. En realidad el asunto se definirá según el tipo de "personal dirigente" que se vaya conformando en el PF (y también en otras fuerzas aliadas). La disyuntiva es: a) el núcleo dirigente "vive" como suyas las tensiones y exigencias provenientes de los cambios en la organización del trabajo y sus efectos negativos sobre los trabajadores (flexibilización laboral, precarización del empleo, desocupación, etc.), de los "excluidos" (las diferentes categorías de cuentapropistas, de bajos ingresos, precarios absolutos como trabajadores rurales y empleadas domésticas) y de las discriminaciones ejercidas sobre los jóvenes y las mujeres y funda una cultura del progreso basada en el mundo del trabajo con una férrea voluntad política para aplicar aquel programa; o b) el núcleo dirigente se cristaliza como representación de sectores progresistas que aspiran a incorporarse a la sociedad política y se definen como intermediarios entre el Estado y la sociedad civil. En el fondo, la gran opción en el PF es convertirse en un gran "partido popular" con eje en el mundo de los trabajadores y otras categorías constituyentes del mundo de las clases sub-

alternas. De lo contrario corre el riesgo de ser corrido por los pequeños privilegios que el *establishment* está dispuesto a facilitar a los liderazgos políticos emergentes en el contexto democrático para lograr su cooptación. Por lo tanto, la asociación entre PF y mundo del trabajo está directamente vinculada a un asunto de fundamental importancia para establecer una relación armónica entre el mercado, la sociedad y el Estado: la generalización de

una cultura del trabajo y la lucha contra la cultura de la renta y la corrupción. Dentro de este escenario, el PF sólo llegará a ser un partido "dirigente" si logra que la sociedad lo identifique con el advenimiento -como señala A. Bocco- de un "Estado profesional, más pequeño y más dinámico", un Estado que planifique el comportamiento global de los mercados de capital y del trabajo, el medio ambiente, etc. Como es obvio, sólo un gobierno de "concreción a la chilena", como plantea Chacho, garantizará la legitimidad política de un fuerte "Estado regulador".

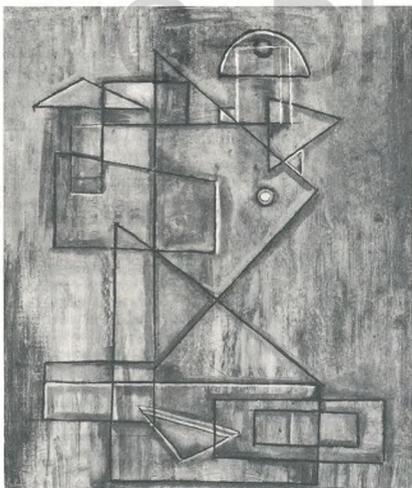
5 Una cuestión de fundamental importancia es la referida a los fundamentos teóricos de la "cultura del progreso". Es innegable que un proyecto político de "reestructuración progresista" de la relación entre mercado, sociedad y Estado dentro del paradigma del llamado "capitalismo renano", se cimiente en una cultura del progreso. Pero esta cultura debe dar cuenta, como hemos señalado, de la necesidad de fundar valores políticos capaces de motivar a los militantes a instalarse en el centro de las tensiones y conflictos socio-políticos que expresan la pugna inconciliable entre el modelo de sociedad neoliberal y el modelo de sociedad articulado por un Estado de Bienestar. La cuestión sólo podrá ser resuelta si de las culturas políticas "heredadas" que han convergido en el PF son "extraídas" y "reformuladas" aquellas "ideas-fuer-

za" que permitan ser un "sólo" partido de ciudadanos y del mundo del trabajo. La identidad cultural del PF, en síntesis, debería cimentarse sobre una

cultura del progreso suficientemente "dura" como para dar seguridad al pueblo de que -como escribe Auyero- "la primacía de lo político" es sinónimo del poder de la política para controlar y obligar a los grandes grupos económico-financieros a funcionar como "locomotora" que impulsa al con-

junto de la economía nacional y no sólo -como escribe Bocco- a los primeros vagones, "desenanchados" del resto, es decir, de las PYMES y las economías regionales, y segmentando al mercado laboral. Al mismo tiempo el progreso del PF no puede aislarse sino considerarse parte del "progreso mundial" (en particular los socialismos pluralistas, el humanismo cristiano, las culturas de Estado-nación que armonizan globalización con preservación de los mercados locales y el *Welfare State* y el amplio escenario de fuerzas políticas y sociales que se ubican en la construcción de una "sociedad mundial" basada en la complementariedad equitativa entre el Norte y el Sur). Visto desde el ángulo estratégico, el rol de Chacho Alvarez será más importante para construir este partido que como figura presidencialista.

6 La tensión entre los términos "centralidad política vs. líneas internas" es normal en todo partido, más aun en una formación. Pero se ha producido un hecho inquietante vinculado a la construcción del PF: la vieja práctica del peronismo (y también de los sindicatos) de crear que la homogeneidad política se resuelve limitando o directamente excluyendo del poder a las minorías. La decisión de la mayoría de la Comisión Promotora del PF de "aprobar" un estatuto que excluya de representación en la dirección ejecutiva a las minorías que no logren más de 20 por ciento de los



votos es, por decir algo suave, peligrosa. Es cierto que la homogeneización de una fuerza joven requiere de centralización y disciplina, pero esto no se logrará a través de métodos "administrativos", y menos cuando se está construyendo una fuerza política que necesita "subsumir" diversas culturas y tradiciones políticas para construir una nueva identidad. El único camino es "banarse" pacientemente las diferencias, construir organismos capaces de procesar esas diferencias y ser conscientes de que es fundamental que coexistentes tendencias "más a la derecha", "más a la izquierda" y gran "centro" articulador hegemónico. Es fundamental que se preserve la autonomía de las organizaciones sindicales y otros movimientos sociales respecto del PF. Debe señalarse, por último, que si la relación entre bases y grandes líderes se resuelve a través del tradicional "verticalismo" peronista lo único que logrará el PF es "contener" tensiones que luego estallarán, cuando el "exitismo" se confronte con resultados electorales que, aunque promisorios, mostrarán que para desarrollar una fuerza política duradera hay que empezar por construir una organización democrática y no un conjunto de militantes nucleados alrededor de jefes. Por suerte hasta ahora no ha aparecido ningún frentista a quien se le ocurra encabezar algún cartel con el conocido *Fulano conducción*, porque ello sería fatal para el nuevo partido.

Es de esperar que el PF, que ya es la esperanza de cientos de miles de trabajadores, jóvenes, mujeres y "excluidos", encuentre las fórmulas políticas y organizativas más acabadas para consolidarse como una gran fuerza representativa de los que sufren la explotación y la impotencia frente al capitalismo salvaje que predomina en el país. □

Notas

¹ Véase Arnaldo Bocco, "Que los pobres paguen menos y que los ricos paguen más", en Auyero, Carlos y otros *Cómo gobernar el Frente Grande*, Buenos Aires, Ediciones La Urraca, 1994.

² Carlos Auyero, "La primacía de lo político", *op.cit.*

La elección directa de los presidentes Entre la legitimidad democrática y el principio federativo

No deja de ser llamativa la ausencia de debate en la sociedad sobre las reformas introducidas en la nueva Constitución. A diferencia de los abundantes comentarios sobre el Pacto de Olivos, la crítica o la defensa de las reformas es todavía incipiente.

Liliana De Ritz

En ese sentido cobra relevancia el reciente artículo de Joaquín Morales Solá, "El federalismo tiene condena a muerte" (*La Nación*, 25/10/94). En ese artículo, Morales Solá argumenta que la elección directa del presidente, con el país como distrito único, rompe el equilibrio establecido en la Constitución histórica de 1853 y condena a muerte al federalismo. "Un candidato a presidente podrá ganar en cinco distritos y perder en diecinueve. Y será presidente". Las reformas se justifican en la medida en que dan respuesta a los problemas creados por las instituciones que se quiere cambiar. Esas cuestiones deben ser consideradas de mayor gravedad que las que pueda generar el nuevo sistema, ya que toda reforma resuelve pero también crea nuevos problemas. Como es sabido, ninguna reforma puede dar satisfacción a dos objetivos contradictorios; siempre supone una opción. Por eso, en primer lugar, es necesario preguntarse por los "males" de la elección indirecta de los presidentes, en el contexto del actual sistema de partidos y la vigencia de nuestro sistema de representación proporcional. Sólo entonces estaremos en condiciones de evaluar los eventuales impactos de la nueva fórmula de elección de presidentes so-

bre la organización del Estado.

Los "males" de la elección indirecta

Argentina fue el único país en América latina que seleccionó sus presidentes a través del sistema indirecto del colegio electoral utilizado en Estados Unidos, pero la Constitución de 1853 estableció que los presidentes fueran elegidos por un colegio electoral que, a diferencia del de aquel país, duplicaba en número a los miembros del Congreso. Los electores para presidente se distribuían de acuerdo con los resultados obtenidos en cada distrito. Había tantos colegios electorales como distritos. Se comprende entonces que para las ambiciones presidenciales de un determinado partido, la distribución de los votos populares entre los distritos era tanto o más importante que la del voto en el nivel nacional. El sistema exigía que la mayoría de los electores presidenciales apoyara a un candidato para que éste resultara electo presidente. Sin embargo, el principio mayoritario entra en contradicción con la representación proporcional incorporada en 1963 y puesta en práctica en sólo tres elecciones presidenciales (1963, 1983, 1989). En Estados Unidos, el sistema mayoritario empleado en la mayoría de los distritos estimula la formación de las mayorías necesarias a través de la fórmula de "el que gana atrapa todo" (el que gana en el distrito arrastra a todos los electores en juego). En Argentina, la representación proporcional en la distribución de los electores en cada distrito favorece el multipartidismo y hace más difícil alcanzar la mayoría requerida. La historia política de nuestro país, de hegemonía de un partido dominante hasta 1983 (el radicalismo hasta 1945, el peronismo hasta 1983), y de formato cuasi

bipartidista a partir de entonces, neutralizó el potencial explosivo de la elección indirecta combinada con el principio de representación proporcional.¹

Las transformaciones en el mapa político-electoral

Las sucesivas elecciones realizadas desde 1983 han mostrado una tendencia hacia la desconcentración del voto, *i.e.*, la pérdida de caudal electoral de los dos grandes partidos populares, el peronismo y el radicalismo, en favor de terceras fuerzas. Esta tendencia se registra tanto en el nivel de los resultados nacionales como en el nivel desagregado de los resultados provinciales. En los cuatro distritos más grandes, Capital Federal, Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, el proceso de desconcentración del voto se vincula con el crecimiento electoral y/o el surgimiento de partidos a la derecha y a la izquierda del espectro político. En los distritos medianos, el fenómeno de creciente fragmentación ha sido aún más acentuado. La combinación de colegio electoral y representación proporcional con el proceso de desconcentración de los votos registrado en la mayoría de las provincias (en las cuales se decide la elección presidencial a través del colegio electoral) encierra el peligro de *impasses* institucionales. Téngase presente lo ocurrido en la provincia de Corrientes en las elecciones de 1991 y 1992 para gobernador.

La desproporcionalidad de la representación

Cabe tener en cuenta que nuestro sistema de representación proporcional está distorsionado por el número preceptivo de diputados por provincia fijado en el decreto-ley de convocatoria a elecciones de 1983.² Los distritos pequeños están sobrerrepresentados en el colegio electoral. En las elecciones presidenciales de 1989, la Capital Federal necesitó 37.453 sufragios para elegir un elector y la provincia de Buenos Aires, 43.040. En contraste, La Rioja requirió 7.355 sufragios por elector. Así, nueve provincias eligieron 14 electores en lugar de los ocho que le

hubiera correspondido a cada una acorde con el texto constitucional.

A la desproporcionalidad en la representación se suma el hecho de que los electores presidenciales no son elegidos sobre la base de los porcentajes de votos obtenidos por cada partido en el plano nacional como un todo, sino acorde con los porcentajes obtenidos en cada distrito, individualmente considerado. En el caso en que ningún partido obtenga la mayoría de los votos, compete al colegio electoral formar la mayoría. Si no se alcanza ninguna mayoría electoral en esa instancia, la decisión queda en manos del Congreso.

La combinación de ambos factores hace posible que un candidato presidencial que obtenga la mayoría de los votos populares en el país, no consiga la mayoría de los votos en el colegio electoral debido a la distribución específica de votos entre distritos. La situación inversa también es posible. En cualquier caso de estos, la legiti-

dad democrática del presidente es precaria porque contiene en germen la posibilidad de que la nominación presidencial sea cuestionada. ¿Se argumentará, entonces, que el federalismo quedó a salvo porque el candidato designado gracias a la configuración de votos en el colegio electoral garantiza a las provincias más pobres y menos pobladas su sobrevivencia futura?

¿Democracia o federalismo?

La elección directa del presidente con el país como distrito único es un cambio positivo, no sólo porque clausura la posibilidad de *impasses* institucionales cuya probabilidad de ocurrencia aumenta en el presente contexto de mayor pluralismo partidario y vigencia del principio de representación proporcional, sino también porque dota de mayor legitimidad al presidente y de transparencia al proceso de su nominación.



MANUEL PAILOU

Construcción en blanco y negro, 1947

En nuestra arquitectura institucional, el federalismo está asegurado en el Senado, ámbito en el cual los representantes de las provincias más pobres y despobladas pueden contrarrestar el peso demográfico que en la Cámara de Diputados tienen los distritos mayores. Un presidente, supuestamente electo, como imagina Morales Solá, "con la gravitación, casi excluyente, de los cuatro distritos más grandes", es el candidato de un partido político que, aunque tenga menor peso electoral en los restantes distritos, deberá transformar su plan de gobierno en leyes. Por lo tanto, deberá construir mayorías en ambas cámaras legislativas para dar sanción a sus proyectos. Los senadores seguirán contando en la formulación de la política nacional... No es éste el expediente mediante el cual el federalismo es condenado a muerte. Lo que resulta afectado es el poder de negociación de electores con bajo respaldo de votos ciudadanos en la eventual nominación de un presidente. Esa, antes que otra razón, debe ocupar al anciano y atribulado senador al que alude Morales Solá en su nota.

Notas

¹ La enmienda de 1972 estableció la elección popular directa con mayoría absoluta. En 1983 se restableció el texto constitucional de 1853. En 1983, sólo 24 sobre 600 electores no pertenecieron ni al candidato del peronismo ni al del radicalismo. En 1989, 86 electores no eran ni peronistas ni radicales. Esto explica que la solución mayoritaria haya primado en los colegios electorales y el presidente electo haya sido siempre el candidato mayoritario o el más votado. De haberse mantenido este sistema de elección para 1995, cabe suponer que la cifra de electores no pertenecientes a esos partidos habría crecido considerablemente y, con ella, la dificultad para encontrar una solución mayoritaria en el colegio electoral.

El decreto 22-487/83 transformó la magnitud de los distritos electorales, agregando arbitrariamente tres representantes al número correspondiente a cada distrito electoral y estableciendo un mínimo de cinco diputados nacionales por distrito. La desproporcionalidad entre los diferentes distritos introducida por este decreto en las elecciones nacionales para diputados se traslada y amplifica en las elecciones para electores presidenciales. Ello debido a que el número de electores por cada distrito duplica el de los miembros al Congreso correspondientes al distrito.

Sin iniciativa la oposición, el peronismo pone en crisis al Estado

Hubo una época en la que parecía que el Frente Grande y sus aliados innovarían también en el estilo de dirimir las cuestiones internas. No sé si lo hacen, pero sí es evidente que, al menos, la interna coincide con una baja de su iniciativa política. Lo más grave es que, ante la crisis de la UCR, si este núcleo de fuerzas no llega a estructurarse como una oposición eficaz y de alternativa, difícilmente pueda ser controlada la acción disruptiva del peronismo.

Oswaldo Pedrosa

Los tiempos políticos son fugaces, ya se sabe. Y por lo general, sorprenden, desconciertan... cuando no decepcionan.

Si hasta resulta increíble lo que ha sucedido en este último año. Luego de las elecciones del 3 de octubre de 1993 el oficialismo -el menemismo en particular- parecía ser una fuerza incontestable. A tal punto que Alfonsín, el gran opositor de la época, sorprendió a propios y extraños cuando selló el acuerdo y trocó la elección de Menem por un paquete de disposiciones constitucionales dirigidas a ampliar y reforzar la democracia, fundamentalmente en el plano institucional. Entonces, en el cuadro de desamparo en que había caído el radicalismo, incapaz de articular un además políticamente verosímil de oposición, el Frente Grande era visto con simpatía por el grueso de la opinión pública, mientras la figura sencilla de Chacho Alvarez comenzaba a delinearse como el gran proyecto

de primer Intendente porteño elegido por el voto de los vecinos.

En esa época, que hoy parece tan remota, las expectativas de la izquierda democrática tenían como horizonte común oponerse a la elección de Menem mientras en otros temas operativos oscilaban entre el apoyo al MODESO de Alfonsín, la apuesta al Frente Grande, la eterna búsqueda de un nuevo partido socialista a partir del "socialismo realmente existente", etc.

En cierto modo, y dicho desde la vana sabiduría de quien habla de lo que ya ocurrió, un escenario quieto: a) un gobierno invencible, depositario de un extraordinario apoyo popular, que "obliga" al principal partido de oposición a ceder el último bastión de la resistencia, la cláusula de la elección, a cambio de un conjunto de garantías de "prudencia institucional"; b) un gobierno que, si bien está dispuesto a llevarse por delante cualquier norma constitucional o legal que le impida afianzar la concentración del poder e imponer autoritariamente su continuidad temporal -vía plebiscito o vía reforma electoral, ambos de dudosa legitimidad-, también tiene "sensibilidad" suficiente como para pactar con una oposición "dispuesta a todo"; c) una nueva -tercera- fuerza, casi intersticial, prácticamente de alcance sólo comunal, el Frente Grande, que tanto sirve para debilitar al radicalismo en el plano electoral en uno de sus principales bastiones como para asustarlo y predisponerlo hacia una rápida conciliación con el poder.

Así llegó el Pacto de Olivos y con él dos rebotes inmediatos: a) la automática proyección del Frente Grande como única figura de oposición, ahora sí con expectativas de incidir en el escenario nacional, y b) la instalación de un nuevo, y fuerte, elemento de conflicto en la ya crítica relación Menem-Duhaldé, al haber sido excluido éste de todo espacio protagoni-

co en el Pacto de Olivos, un conflicto colocado más allá del plano protocolar, como luego se vería.

Así, se convocó a la elección de constituyentes, con un peronismo soberbio, infatuado, celebrando por anticipado la elección y un futuro de poder ilimitado, con el radicalismo en derrota, atomizado, con un Alfonsín resignado a postergar *sine die* su proyecto de convergencia progresista y una oposición interna sin propuestas ni líderes convocantes, con un Frente Grande incrédulo ante su creciente centralidad, modestamente dispuesto a "aparecer" en otros distritos y a afianzarse en la Capital Federal, apenas en busca de una mejor posición en la negociación con los socialistas y demás socios virtuales.

Los resultados electorales, sin embargo, proyectaron un escenario completamente inesperado. En particular dos datos, la performance del Frente Grande y la cláusula constitucional del *ballottage*, crearon una atmósfera inédita, de gran expectativa y entusiasmo para la izquierda democrática, a expensas del humor de los hasta entonces principales actores políticos. En efecto, como en una suerte de rayuela política, los resultados de abril colocaron al Frente Grande en el cielo, al radicalismo en el infierno y al peronismo en el purgatorio.

Pese a los esfuerzos de Alfonsín por tratar de mostrar al radicalismo -y a él mismo- como el héroe incomprendido de la democracia y a los desesperados gestos del menemismo intentado aparecer, a partir de los datos comiciales, como el invicto ganador, la realidad decía cosas muy diferentes.

Por un lado, aunque triunfante, Duhaldé se encontró con que los votos obtenidos no le alcanzaban para imponer en la constituyente provincial la cláusula de su elección, por lo que se lanzó a lograrla a la peronista, es decir, de cualquier manera y a despecho de todo miramiento institucional. Paralizó la convención provincial -"Sin elección no hay reforma", sentenció imperturbable el vicegobernador Romá- y disciplinó verticalmente al bloque bonaerense del PJ en la con-

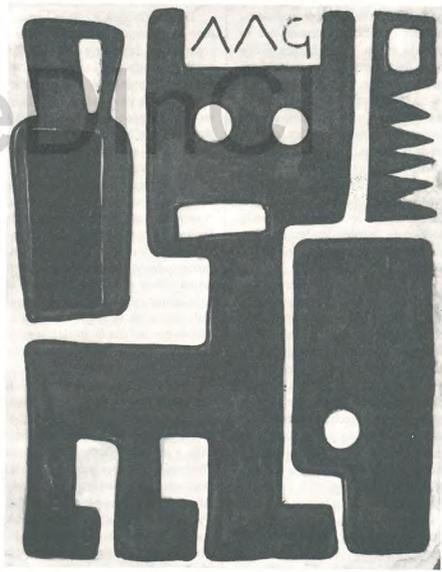
vención nacional para que saboteara la cláusula de elección presidencial si no se incluía una en igual sentido válida para todas las provincias, es decir, chantajeando a su propio partido, y a Menem en particular, y vulnerando las normas de por lo menos cinco constituciones provinciales.

Por otro lado, pese a la gran cantidad de votos obtenida por el oficialismo, las cifras -y, fundamentalmente, las encuestas poscomiciales- llegaban a plantear como dudosa la misma elección de Menem ante la cláusula del *ballottage*.

De tal manera, el conflicto Menem-Duhaldé comenzó a desenvolverse en un cuadro de incontrolable crispación, activando un par de constantes maldi-

tas: a) la insaciable sed peronista de concentración de poder y hegemonismo, y b) su tradicional desprecio por las instituciones cuando se disputa la lucha interna.

Efectivamente, cuando por vías distintas Menem y Duhaldé fueron visitados por los dueños de la no-relección, el panorama oficialista entró en sombras. Era momentos en los que Chacho Alvarez, ya como precandidato de hecho a la presidencia, era catapultado al punto más alto de popularidad, cuando su capacidad de convocatoria era tal que hizo posible su reunión con Bordón y Storani en El Molino y era requerido a diario por representantes del *establishment* para conocer su programa, sus propuestas, sus opiniones,



HÉCTOR RAJÓN

Construcción con forma animal, 1937

cuando de acuerdo con las encuestas parecía que en el 95 el peronismo no alcanzaría el piso de 40 por ciento de los votos, con el radicalismo en un lejano tercer puesto.

Esas, claro, eran las épocas del frío, de los nubarrones en el cielo peronista, hasta que apareció el sol del plebiscito bonaerense, que en principio despojó el horizonte. Con su triunfo -tras el pacto con Rico- Duhalde consiguió la cláusula de la reelección y, de paso, el peronismo despojó el fantasma del *ballotage* y el fantasma de Chacho y el Frente Grande.

Ahora todo estaba en su lugar: con los votos cautivos de la provincia de Buenos Aires el peronismo tenía asegurada la reelección. Y el escenario nuevamente cambió. Para el oficialismo fue la hora de la recuperación de la iniciativa política, fenómeno que se produjo en todos los frentes y con todos los actores en movimiento, simultáneamente. Porque, como es típico, no sólo se trataba de avanzar sobre la oposición y sobre la sociedad en su conjunto, sino también sobre los rivales de la interna. Y en esto la cuestión estaba difícil, pues si el triunfo en el plebiscito podía dar tranquilidad a los sueños reeleccionistas de Menem, al mismo tiempo revelaba el gran poder político de Duhalde, un dato que, precisamente, suele quitar el sueño al presidente.

La época fue, así, de intensa actividad, con Menem, Cavallo y Duhalde (y sus respectivos aliados, claro) como cabezas de la ofensiva. Con total desparpajo se produjeron hechos como, por citar solamente algunos, la reivindicación de la tortura y el terrorismo de Estado por parte de Menem tras el rechazo senatorial al ascenso de Rolón y Pernías, el desconocimiento de fallos judiciales sobre jubilados porque contrariaban objetivos del presupuesto, la pretensión de someter al Poder Judicial a la lógica del plan económico, la escandalosa acusación de Cavallo hacia Vaca y demás senadores peronistas en la discusión del marco regulatorio del servicio postal, el rechazo de los legisladores duhaldistas al famoso artículo

14º del presupuesto, que concedía poderes extraordinarios al ministro de Economía, etc., etc.

En medio de ese tembladeral del vale-todo se llevó a cabo el acto de La Matanza, también producto e instrumento de la lucha interna. Que se hiciera en el feudo de Pierri y que los oradores fueran éste, Duhalde y Menem significó un reconocimiento evidente al poder de Duhalde dentro del peronismo, pero la escasa concurrencia (no más de 50 mil personas, luego dijo que Menem anunciara un mínimo de 300 mil) no fue precisamente un dato tranquilizador acerca del carácter cautivo de los votos del conurbano. Además, el violento enfrentamiento entre distintas columnas de barras-bravas de raíz sindical no ayudó a crear el clima esperado.

De todos modos, y esto es lo peor, pese a esta impúdica obsesión por la acumulación de poder y a esta falta de escrúpulos para dar la lucha interna llevando al borde de la crisis al propio Estado -como ya sucediera en 1951 y en 1973-74, por ejemplo-, el gobierno sigue en poder indiscutido de la iniciativa política, ante una oposición virtualmente paralizada.

Es cierto que, siembra, la agenda la fija el gobierno. Pero eso tiene límites. No significa que nadie pueda crear un hecho político en el marco de su estrategia y de sus propios objetivos ni, menos todavía, que sea necesario aceptar no sólo la agenda sino también el tono, el ritmo y el estilo que propone el gobierno. Y en la actual situación es visible que la falta de iniciativa en la oposición se debe, fundamentalmente, a sus propias carencias.

Está claro que, luego de las elecciones del 10 de abril y del plebiscito, el radicalismo no estaba en condiciones de desempeñar un papel de oposición y aun quién sabe si será capaz finalmente de contener en su seno a las corrientes progresistas que apuntan a un radicalismo nuevo y transformador. Pero a la vez también el Frente Grande está en falta, tras enmarñarse, inclusive él, en una interna cegadora de la acción política, una interna confusa que asimismo invade a fuerzas afines y aliadas, como la Unidad Socialista.

La falta de iniciativa de la oposición deja la escena en manos exclusivas del peronismo y lo peor no es que, de esa manera, lo más probable es que triunfe en las elecciones del año que viene, sino que sin una oposición firme y seria, capaz de actuar como control institucional, la lucha en el interior del peronismo puede crecer en su forma más salvaje, llevando al Estado a una crisis de alcance insospitado.

Si hasta hace un par de meses era posible fantasear con la idea de un resultado electoral en el 95 que forzara el *ballotage* y, prosiguiendo con la fantasía, que en éste compitieran Menem y Chacho Alvarez, hoy, en las actuales condiciones, eso puede sonar más a delirio que a fantasía. Ya parece muy difícil impedir que Menem gane en la primera vuelta y, por otro lado, ni siquiera es demasiado probable que el Frente Grande (o, mejor dicho, la nueva alianza) obtenga el segundo lugar. Aunque de aquí a las elecciones pueden producirse cambios en los que hoy nada, que no sean los deseos, hace pensar.

Pero precisamente por eso, por la razonable sospecha de que, mal que no sea pese, el peronismo continúe en el poder, se hace imprescindible contar con una fuerza progresista de oposición, capaz de colocarse frente al gobierno como una auténtica alternativa. Porque si en la actualidad, con elecciones a la vista, el peronismo no se amilana y es capaz de librar obscenas internas calientes, al rojo vivo, ¿qué es lo que no puede ocurrir después del 14 de mayo, cuando, de hecho, se largue la carrera por la sucesión de Menem? Desde el desicionismo neoliberal a la Cavallo hasta el peronismo demagógico y clientelista de Duhalde, el espectro de líneas y aspirantes dará su lucha. Sin miramientos, sin tregua. Para no hablar, claro de una hipótesis que no habría que descartar del todo, como podría ser un nuevo intento de reforma de la constitución para possibilitar el continuismo de Menem.

Y en ese escenario posible, la fuerza progresista de oposición que hace falta es un actor que, es evidente, todavía no existe. □

AGENDA

Nuestra revista ha apostado siempre, y hoy con mayores y mejores ánimos, a la posibilidad de surgimiento de una fuerza nueva en la que puedan converger, transversalmente, historias y personas que apuestan a una seria transformación social y política, construida sobre horizontes de gobernabilidad y no meramente sostenida en

rebelías testimoniales. En esa dirección esta sección -en la que ya intervinieron Juan Carlos Portantiero y Pablo Gerchunoff- intenta abrir la disección sobre una agenda imprescindible de temas y problemas que tiendan a colocar los ejes sobre los que sea posible mirar, desde lo político, a este país que se viene.

Políticas culturales. Hoy: los medios audiovisuales

Beatriz Sarlo

Hace algunas semanas leímos en los diarios dos noticias entre las que no se establecía ninguna vinculación, pero cuya importancia reside precisamente en lo que las une. Por un lado, como ya es sabido, ATC canal 7 figuraba en el cuarto puesto de las mediciones mensuales de audiencia, después de los tres grandes canales privados y precediendo el 2 por sólo algunas centésimas. Por el otro, el Ministerio de Economía había destinado a subsidiar a ATC la suma de 12 millones de pesos del presupuesto de 1994, un auxilio ciertamente espléndido si se lo mide ya por la indigencia de los resultados de audiencia, ya por la miseria intelectual y moral del clan Sofovich que maneja ATC como si fuera un casino privado. En los meses durante los cuales ATC recibió los 12 millones de pesos, se especializó en tres tipos de propuestas: "actualidades" progubernamentales sin ningún principio de equilibrio y, a menudo, sin ningún interés; espacios colonizados por "chivos" (en jerga periodística: promociones encubiertas a cambio de las cuales se perciben retribuciones en dinero o especies); programas

dedicados a contaminar la esfera política por el uso de la mentira, la deformación grotesca, la simplificación intelectual y la difamación. Los contribuyentes (como les gusta decir a algunos comunicadores) contribuyeron con 12 millones de pesos para que algunos amigos del gobierno montaran una usina de murmuraciones y denuncias falsas. El caso ATC es un buen punto de partida para pensar el tema que *La Ciudad Futura* me ha propuesto.

Imaginemos dos situaciones diferentes. En la primera, ATC recibe los 12 millones de pesos de subsidio estatal y también figura cuarto entre los canales de aire. Es decir, tiene una audiencia minoritaria (aunque en las cifras de audiencia de la televisión, cualquier punto *derating* incluye a decenas de miles de televidentes; más gente de la que lee un best-seller en tres meses, reunida al mismo tiempo, frente a media hora de pantalla). Pero, en cambio, su programación es verdaderamente original, ha abandonado el seguidismo torpe de las peores tendencias del mercado televisivo, ha implantado el principio del pluralismo ideológico en sus programas

y ha presentado una información diversificada social y territorialmente. En esta situación imaginaria, ATC sigue sin autofinanciarse pero logra ser un canal intelectual, formal e ideológicamente respetable. No ha escalado en las mediciones de audiencia, pero ha garantizado una alternativa digna a las propporcionadas por la televisión comercial de aire.

En la segunda situación hipotética, ATC no ha recibido los 12 millones de pesos del presupuesto nacional. Ha logrado, sin embargo, autofinanciarse su programación con éxito, tanto en la captación de publicidad como en la captación de audiencia. Compite dentro de los mismos parámetros (ciertamente lamentables) de la televisión argentina y es uno más dentro del mercado de bienes simbólicos, ofreciendo una variante de sus mercancías y algunos servicios suplementarios sin mayor desequilibrio para las finanzas públicas. Esta segunda hipótesis tiene, a su vez, dos alternativas: el canal público sigue siendo un botón para los amigos del gobierno o el canal público, aunque regido totalmente por la lógica comercial, se

esfuerzo por regular la propaganda gubernamental e introducir un relativo pluralismo.

En una u otra de ambas situaciones imaginarias, ATC habría dejado de ser un enigma económico y administrativo para convertirse en una

lo que se me propone es una reflexión sobre políticas culturales? La respuesta es relativamente simple: vivimos en un mundo que ha sido completamente reorganizado por los medios audiovisuales; ellos compiten con las instituciones cul-

El Estado no debe hacer (mal) lo que ya hacen los privados en una competencia feroz; por el contrario, debe plantearse una política cultural de desarrollos diferenciados que por sus riesgos comerciales, sus exigencias estéticas o su complejidad de ideas, los medios privados no practican porque no la encuentran favorable a sus intereses.

Este resultado de la pandilla que dirige el canal, por su extremismo, puede ayudarnos a pensar algunas cuestiones que están en el centro de un debate sobre políticas culturales. Si se las define desde el Estado, y no desde el gobierno, la Argentina todavía conserva dos medios tecnológicamente poderosos que pueden transformarse en verdaderos laboratorios de alternativas culturales y difusión pluralista. Me refiero a ATC y Radio Nacional. Ambos medios alcanzan una cobertura casi total del territorio y cuentan con recursos técnicos razonablemente actualizados. No sería necesario mucho más si existiera una voluntad política general (no me refiero sólo a las políticas del Poder Ejecutivo) para liberar a ATC de los tres escenarios (uno real y los otros dos hipotéticos) que se han transcrito más arriba.

¿Por qué comenzar acá cuando

de una alternativa pública en el caso del más poderoso de los mass-media: la televisión. El cable, con una mayor oferta de programación, información y opciones diferenciadas, no logra expulsar de su lugar central a la televisión de aire que da el tono de la estética y la ideología televisivas (tal como puede probarse si se toma en cuenta la repercusión de la televisión de aire en las revistas dirigidas a un público de masas: estas revistas sintonizan perfectamente el lugar hegemónico que, en la construcción del espacio televisivo, tienen los canales abiertos donde suceden los hechos de gran impacto tanto periodísticos como ficcionales, dando se construyen las estrellas del Parnaso televisivo y donde se producen los éxitos populares).

Así las cosas, **ninguna política de Estado debería plantearse la**

competencia con los canales de aire: ya hemos aprendido suficientemente que el Estado no está para hacer lo que los actores privados pueden hacer librados a su propia dinámica.

Por el contrario, desde el Estado una política cultural debería plantearse por lo menos tres objetivos. En primer lugar, la creación de un espacio independiente del gobierno, que subraye la naturaleza estatal-pública de ATC y Radio Nacional (y, en consecuencia, su colocación al servicio de intereses generales no partidarios). Deberá buscarse la fórmula de un nuevo marco institucional de funcionamiento de estos medios estatales que asegure el control por parte de todos los partidos políticos pero, de ningún modo, el loteo político de su administración (no se trata de que los medios estatales se conviertan en una nueva fracción del botín sometido al intercambio de los acuerdos interpartidarios). En segundo lugar, deberá garantizarse el pluralismo informativo, que contemple no sólo posiciones diferenciadas y opuestas sino también el ideal de un nuevo tipo de espacio donde las complejidades de las opciones políticas puedan desplegarse ante los ciudadanos. Si vivimos en una esfera pública electrónica, los medios estatales deberán esforzarse por restituir a esa esfera la densidad conceptual y de saber que se pone en juego en las resoluciones que hacen a la política y a los conflictos valorativos socio-culturales. En tercer lugar, dentro de una estrategia global donde el Estado debe enfrentar aquellas tareas que los actores privados no cubren por razones de rentabilidad, ausencia de iniciativa o riesgo empresario, los medios estatales son el espacio donde una cultura de innovación formal, investigación intelectual, densidad semántica, debate valorativo e intensidad estética encuentre posibilidades de despliegue. El Estado no

debe hacer (mal) lo que ya hacen los privados en una competencia feroz; por el contrario, debe plantearse adecuadamente una política cultural de desarrollos diferenciados que por sus riesgos comerciales, sus exigencias estéticas o su complejidad de ideas, los medios privados no practican precisamente porque no la encuentran favorable a sus intereses.

A partir de los tres objetivos enumerados pueden hipotetizarse diferentes consecuencias. Por un lado, que los medios audiovisuales estatales sigan requiriendo un subsidio equivalente o incluso mayor que el que hoy recibe la pandilla menemista. Por el otro, que sigan manteniendo un nivel de audiencia muy inferior al de los medios privados (aunque seguramente con cambios en el perfil de público). Ambas consecuencias deben ser encaradas con un **criterio de servicio público**, cualitativo y atento a las repercusiones en el mediano plazo y no en la estricta coyuntura del balance contable o el *rating*. Reformar, Enriquecer y fortalecer esa zona de las políticas culturales de Estado implica un compromiso para un período largo, donde se esté dispuesto a la experimentación y, como en el caso de la educación, a las apuestas de riesgo creativo.

Otro efecto de este cambio drástico en la política audiovisual se inscribe en el terreno de las hipótesis proyectuales y, en este sentido, tendría el carácter de una intervención profunda y a largo plazo. La existencia de una televisión y una radio diferentes pueden potenciar no sólo el polo de la audiencia (que tendrá mayores alternativas de elección en un sentido más pluralista, más adecuado a la complejidad ideológica y formal), sino también el **polo de la producción** de nuevas formas discursivas, alternativas diferentes de procesamiento de la información, oportunidades inéditas a la experimentación técnica y esté-



AUGUSTO TORRES

Naturaleza muerta en blanco y negro, 1937

tica. Como en el caso de la investigación científica, existen zonas de la actividad creadora que difícilmente se despliegan exclusivamente libradas a los recursos que puedan encontrar en el mercado: los desarrollos audiovisuales son costosos desde el punto de vista económico y no pueden ser comparados con otras dimensiones de la cultura donde la iniciativa privada, como en el caso de la industria editorial, es una tradición centenaria, como en el caso del periodismo escrito, han permitido la implantación de formas nuevas y originales que sólo de manera indirecta tenían que ver con las políticas de Estado.

Para decirlo sencillamente, como en el caso de la ciencia, la producción audiovisual (y en este rubro también debe comprenderse la promoción del cine no sólo como industria redituable) necesita o de mecenas que hasta el momento no parecen dispuestos a encargar esa generosa tarea o de instituciones públicas en cuyo marco pueda realizarse verdaderas **movidas culturales** (que en muchos países produjeron lo mejor de las nuevas estéticas audiovisuales, adoptadas luego

por el mercado al que el espacio estatal transfería resultados de investigación formal, estética y de ideas). De tal modo, una política ideológica y con visión de futuro sabrá hacerse cargo de aquello que, precisamente, el mercado audiovisual desconfia por su tendencia a repetir modalidades informativas y argumentativas consolidadas y más generos estéticos considerados "súperos" desde la perspectiva del beneficio.

Por otra parte, una política como la sugerida permitiría colocar a la audiencia frente a una posibilidad más amplia de opciones tanto en el campo ideológico como en el estético; respetaría la diversidad territorial y cultural argentina y, sin garantizar el éxito de pública (ya que es algo que el Estado debería hacer independientemente de los beneficios inmediatos: porque, por otra parte, si hubiera beneficios inmediatos, las tareas hubieran sido asumidas por los atentos intereses privados), abriría la posibilidad de garantizar el pluralismo de ideas, valores e intereses.

Es perfectamente sabido que la cuestión que acabo de plantear tie-

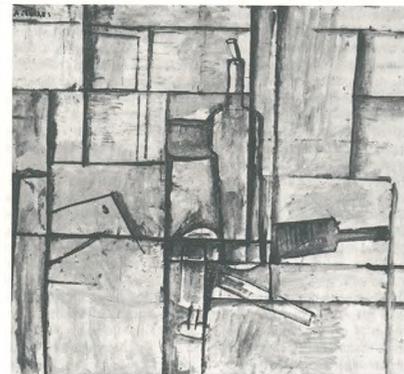
ne posibilidades de resolución extremadamente dificultosas. Durante el primer período de la transición democrática, el gobierno radical no pudo hacer cambios fundamentales en los canales de televisión que entonces estaban en manos del Estado y, ni siquiera, pudo garantizar un funcionamiento aceptable de ATC. En el período actual, privatizados los grandes canales, no existe una política cultural que se plante actuar de manera dinámica, decidida, audaz y organizada en el espacio audiovisual, con el cual se mantienen relaciones de clan (tal como lo demuestra ATC) o una mezcla de fe mercadería, comunidad de estilo, y desconfianza frente a las indeseadas consecuencias políticas de los principios liberales.

La democracia argentina no se ha planteado, por falta de fuerza, por chantaje de los actores involucrados, por ceguera, por ignorancia de los puntos centrales de una política cultural en el fin de siglo, la reorganización audiovisual de la cultura.

ductores culturales (como no puede desentenderse de los científicos).

Así, una intervención progresista podría diseñarse fuera de este doble compromiso: con la institución escolar que padece un estado de despojamiento no sólo material sino también simbólico, porque compete en pésimas condiciones con los medios audiovisuales; y con la articulación de las instituciones públicas en aquellos espacios que son realmente dinámicos para la producción y el disfrute de cultura. Tampoco podría una política pública desentenderse de los productores culturales (como no puede desentenderse de los científicos).

La democracia argentina no se ha planteado, por falta de fuerza, por chantaje de los actores involucrados, por ceguera, por ignorancia de los puntos centrales de una política cultural en el fin de siglo, el problema de la reorganización audiovisual de la cultura, que obliga a pensar intervenciones en una esfera global, electrónica e internacionalizada. Un tema tradicional de las políticas culturales, el de la cultura popular, hoy no puede ser encarado lejos del espacio audiovisual. No hay salida "artesanal" que el Estado pueda proponer como intervención dinámica en los clivajes producidos por la desigualdad cultural. En este sentido, dos áreas son fundamentales si se quiere intervenir en un sentido democrático y, sobre todo, en una ampliación de las oportunidades y reparación de las desigualdades: la escuela, como institución formal de producción de



AUGUSTO TORRES

Naturaleza muerta en blanco, 1963

capacidades, y la esfera audiovisual como espacio hegemónico del tiempo libre.

Ninguna política cultural progresista podría diseñarse fuera de este doble compromiso: con la institución escolar que padece un estado de despojamiento no sólo material sino también simbólico, porque compete en pésimas condiciones con los medios audiovisuales; y con la articulación de las instituciones públicas en aquellos espacios que son realmente dinámicos para la producción y el disfrute de cultura. Tampoco podría una política pública desentenderse de los productores culturales (como no puede desentenderse de los científicos).

sista en el plano de la cultura combinará estrategias: deberá colaborar en la respuesta a la crisis de las instituciones escolares, ofrecer una alternativa pluralista en el espacio audiovisual que sea un balance a las tendencias de un mercado salvaje y abrir oportunidades productivas en aquellas prácticas que no pueden encontrar en las relaciones mercantiles la base suficiente para desplegarse de manera original.

En la emergencia de datos que anuncian una progresiva incomodidad de la ciudadanía respecto de una cultura mediática devorada por la banalidad; en los reclamos por más y mejor escuela; en las iniciativas, rudamente combatidas por los medios, de imaginar alternativas audiovisuales nuevas, sordamente y de manera que quizá nunca sea del todo espectacular pero sí profunda, circulan demandas que nadie responderá si las políticas públicas no señalan líneas de dirección y, más aun, construyen alternativas. □

INTERNACIONAL

Israel no negocia su seguridad

Autonomía palestina, un experimento en crisis

Los últimos acontecimientos de violencia en los territorios ocupados por Israel y cedidos a la autonomía palestina a partir de los acuerdos de Oslo, constituyen un punto de inflexión en el arduo camino hacia la paz iniciado en la faraónica cumbre de Madrid en 1991. Evidentemente, los recientes choques en Gaza - un área de 365 kilómetros cuadrados en la que residen 800 mil personas -, en los que la policía palestina disparó por primera vez en forma directa contra activistas palestinos integristas, matando a trece civiles e hiriendo a más de 200, inauguró una nueva fase en la evolución del proceso de paz.

Guillermo Ortiz

Algo está claro: a esta altura, el principal obstáculo para la paz no reside en la presunta "hostilidad" de los Estados árabes involucrados, al fin de cuentas, con distintos grados y particularidades en el proceso de diálogo, sino en la acción de resistencia y desgaste de los grupos fundamentalistas, como el Hamas y la Jihad Islámica. Pero vamos por partes.

Claves del conflicto

La cuestión palestina constituye el núcleo del problema árabe-israelí. La existencia de un Estado de Israel y la ausencia de un Estado palestino es resultado directo de decisiones adop-

tadas por árabes y judíos en 1947, cuando se operó la retirada del poder mandatorio británico.

La ONU resolvió la división de Palestina en Estados separados -el plan de partición del 29 de noviembre de ese año asignaba al Estado judío no más de 49 por ciento del territorio de Palestina occidental-, lo que fue aceptado por los judíos pero rechazado por los árabes. Deben tenerse en cuenta los rasgos específicos que caracterizan al conflicto.

1) Por un lado, la situación física de Israel, rodeado de Estados árabes hostiles -salvo Egipto, tras los acuerdos de Camp David en 1979-, que le dio una configuración caracterizada por su falta de "profundidad estratégica".

2) La brevedad de los períodos que separan las guerras.

3) La disparidad demográfica, un dato que juega en la "memoria histórica". Poco después del establecimiento del Estado de Israel, la población judía era de 650 mil habitantes y la de los siete Estados árabes que le declararon la guerra, de 40 millones.

De ahí que la reflexión sobre la seguridad israelí estuvo siempre claramente signada por el factor territorial. No obstante, el concepto de frontera tiene cada vez menos valor, en un mundo con misiles y en el que la globalización económica -léase, la puja por mercados-, es más importante que lo territorial-estratégico.

El fin de la guerra fría desmontó la lógica del conflicto árabe-israelí

Nada es igual en Medio Oriente

tras la desaparición de la Unión Soviética -con evidentes intereses en la región, la famosa "yugular" del petróleo y la Guerra del Golfo- que alineó, por ejemplo, a Sirios y egipcios en la coalición militar anti-iraquí, liderada por Estados Unidos-. En síntesis: hoy existen nuevos aliados y excluidos. Algunos elementos a tener en cuenta.

Los disturbios en Gaza revelan que la principal amenaza a los grandes aliados de la región -Israel y la OLP- no surge de los Estados árabes sino de los grupos fundamentalistas.

1) En el mundo bipolar, el conflicto árabe-israelí, surgía como matemáticamente insoluble, dado que las superpotencias cuadraban siempre un balance diplomático de suma cero. La desaparición de la URSS abrió una fase inédita: aisló a Siria, que rápidamente buscó sintonía con Occidente participando en la co-

alición occidental antiraquí; implicó un cambio sociológico en Israel, a partir del flujo de judíos soviéticos emigrados y provocó el auge del fundamentalismo islámico, que en las actuales circunstancias opera a modo de amenaza compartida.

Quedó abierto, así, el camino para la articulación del derecho israelí a la seguridad y de los palestinos a la autodeterminación. Esto requirió un doble movimiento: la modificación del concepto central de seguridad israelí -lo que requirió sustituir la noción de territorio por la de desarrollo-, y el abandono por parte de la OLP del principio de Estado palestino, habida cuenta de su aislamiento tras haberse "equivocado de bando" en la guerra del Golfo y respaldado la invasión iraquí del emirato de Kuwait.

Pensemos: a partir del colapso de la URSS, Israel incorporó la emigración de judíos soviéticos, un sector calificado, que modificó la estructura

sociológica israelí. Hoy, el Estado hebreo se ve en la obligación de reorientar recursos a la esfera civil, pensar en la estabilidad económica y la competitividad. Y la paz aparece como precondición de desarrollo. Debe ser vista también, como un gran negocio. El actual canciller hebreo, Shimon Peres, afirmaba "no hay territorios, hay árabes. *El Israel no está hoy en condiciones de asegurar agua, vivienda y fuentes de trabajo a esa población*".

2) Asimismo, a partir de la guerra del Golfo, la sociedad israelí profundizó un estado de autoconciencia que le permitió diluir la noción de que su seguridad dependía de la protección de una potencia extranjera. Si bien los ataques de los *Scuds* iraquíes revelaron un cierto nivel de vulnerabilidad - Israel siempre combatió fuera de su territorio y sin afectar su retaguardia-, su política de "contención" en la guerra del Golfo -a instancia de los intereses de Washington de mantener la unidad del heterogéneo "frente" anti-Saddam-, fue decisiva. Sirvió para consolidar su posición internacional y acentuar la cohesión social en un momento de grandes cambios. Israel se siente "seguro" y por eso "negocia" sólo desde una posición de fuerza.

Soberanía, fronteras y auge fundamentalista.

Los grupos radicalizados debieran saber que toda solución en la región depende de una decisión unilateral israelí, que es quien ejerce finalmente la "soberanía" en el terreno. La "ocupación", si se quiere. Y éste no es un dato menor. La noción de "soberanía" aún tiene el léxico político y la jurisprudencia y se asocia fuertemente a la noción de seguridad. Más aun en Israel, que no es Costa Rica, precisamente.

Al mismo tiempo, la conferencia de Madrid, de la que participaron los Estados árabes "técnicamente" en guerra con Israel, permitió percibir, cada vez con mayor claridad, el hecho inconstruible de que la raíz del diferendo residía hoy en las fronteras definitivas del Estado hebreo y no ya

en su "derecho a existir", como lo era desde 1948 y -retóricamente- desde la guerra de los seis días en 1967.

Esto quiere decir que la principal amenaza para los grandes aliados en el esquema de fuerzas de hoy, Israel y la OLP, surge del fundamentalismo islámico, una amenaza que, por otra parte, excede el ámbito de Medio Oriente.

El auge fundamentalista es el dato principal de la inestabilidad en el Magreb, Egipto y Arabia fundamentalmente, donde cuenta con estructuras militares, apoyo logístico y campos de entrenamiento en Sudán y financiamiento iraní, según informes de inteligencia occidentales. Hay que añadir a ello la sólida acción doctrinal a partir del trabajo en las mezquitas. Precisamente, los recientes enfrentamientos en Gaza se produjeron tras la habitual plegaria de los viernes en la mezquita Palestina, la más grande de Gaza, administrada por el Movimiento de Resistencia Islámica, Hamas, y utilizada también como centro de reunión para manifestaciones y sabotajes contra la Autoridad Autónoma Palestina.

Esta circunstancia generó una secuencia: el llamado a la unidad nacional por parte de Yasser Arafat, la intención de Israel a no intervenir en los "asuntos internos palestinos" y la designación de una comisión judicial encargada de investigar los enfrentamientos entre la policía y los integristas islámicos. Como se aprecia, el escenario es muy fluido y son posibles algunos cambios y "arreglos de pacificación" parciales entre la OLP y el Hamas.

Limitaciones del proceso de paz en su "solución autonómica"

La crisis o *impasse* de hoy revela las principales limitaciones del acuerdo de paz. Una limitación política: evidentemente, el margen de maniobra de Yasser Arafat es cada vez menor. El

líder de la OLP se halla en una situación difícil, ya que si bien no puede rechazar todo lo que le exige el premier israelí, Yitzhak Rabin, tampoco puede reprimir en su totalidad a los activistas de Hamas sin arriesgar una guerra civil. De ahí la represión, pero, a la vez, el esfuerzo de diálogo.

Por lo pronto, la organización islámica reclama cada vez que puede la celebración de elecciones inmediatas para "actualizar" el liderazgo palestino. Asimismo, acaba de proponer a Israel frenar los ataques a civiles judíos a cambio de la liberación de sus dirigentes prisioneros, entre ellos su líder, el jefe Ahmed Yassin, en el marco de un calendario perentorio a negociar bilateralmente.

En la era de los misiles y la globalización económica, el concepto de territorio tienen cada vez menos valor estratégico. Israel lo sabe, y por eso aceptó el "experimento" de una pre-autonomía palestina.

¿Qué significa esto? Que el liderazgo de la OLP está seriamente debilitado a partir de la incapacidad de Arafat para transformar un movimiento de resistencia armada, liderado desde el exterior -Túnez-, en un movimiento nacional, capaz de asumir el control territorial y ejercer su autoridad política. Es esto precisamente, lo que le exige Israel a Arafat.

Y la clave es que el actual momento de autonomía palestina debe ser visto sólo como un "experimento". Y un dato más: un experimento, una prueba, sólo viable en la medida en que no signifique una amenaza a la seguridad de Israel.

El problema es que el poder de la OLP es hoy un poder privado de su elemento ideológico aglutinante, tradicional, reivindicativo -factor esencial de la Intifada-, y por lo tanto vulnerable a la ofensiva de la nueva fe fundamentalista, en auge en los países del mundo árabe como forma de sustituir la variante laica de las experiencias "nacional-socializantes". Y esto es lo que Israel no puede permitir. El punto central es que las condiciones de seguridad de Israel nunca fueron moti-

vo de negociación. En realidad, son un presupuesto para seguir adelante. Y la diferencia es que hoy esa garantía de seguridad está en manos de Arafat.

Hay que comprender que Israel sabe cómo y hasta dónde negociar, por lo que es evidente que su supremacía estratégica debe ser aceptada por todos los actores. En Medio Oriente todo lo que es, puede no serlo de un momento a otro. La prueba es que las Fuerzas de Defensa israelíes mantienen el control de todos los aspectos vinculados a las fronteras y la protección de los colonos en Gaza, si bien es posible que llegue la instancia en que deban emigrar, repatriarse. Pero ésta es otra cuestión.

Hacia el gran mercado

Conviniendo en que lo que importa hoy es comprender que la principal amenaza a la que deben hacer frente los partidarios del acuerdo es la de los movimientos fundamentalistas, su caldo de cultivo son, precisamente, las masas palestinas sin esperanzas de futuro. Esto explica dos cosas: el esfuerzo de complementación entre los aparatos de seguridad de Israel y la OLP, y la necesidad de acelerar los flujos de ayuda financiera e inversiones para desarrollar la región. EU, la Unión Europea y Japón prometieron asistencia. Por lo pronto están en marcha una serie de acuerdos conjuntos -a partir de la paz definitiva entre Israel y Jordania-, en el área de la agricultura, el transporte y el turismo. Inclusive, se firmó un acuerdo de complementación de recursos hídricos. La lucha contra el desierto aparece como prioridad: los países árabes ocupan una extensión total de 13 millones de kilómetros cuadrados, de los que sólo 11 por ciento son tierras cultivadas. De ese 11 por ciento, una cuarta parte se perderá en los próximos años por el avance del desierto, según un informe de la FAO. Y se estima que se necesitará una generación para duplicar la producción agrícola en los países árabes. Además, en 25 años la población de Medio Oriente crecerá de 230 a 500 millones de habitantes. De ahí que el tema del agua es crucial. Hay proyectos conjuntos de desalinización

en la Franja de Gaza, reciclaje de agua para uso agrícola y construcción de represas.

Las reglas de Medio Oriente

Lo que hay que comprender es que Medio Oriente atraviesa un momento en el que todo es posible: una dinámica de paz que avance por etapas o bien la vuelte al punto de partida de comprobarse la incapacidad del líder de la OLP para imponer su autoridad a los grupos radicalizados. Representantes del ejército israelí no descartan en secreto la profundización de las divisiones en el seno de Al Fatah -el grupo de Arafat-, más allá de la reciente movilización en su apoyo del reticente grupo de elite palestino "Los halcones"; informes de inteligencia consignan el aumento de la adhesión a Hamas -recordar el cer-

cano triunfo electoral fundamentalista en la universidad de Ramallah- y la posibilidad de una derrota de Arafat en las elecciones del Consejo Palestino.

Además, se sabe que la autonomía palestina negociada con las autoridades hebreas no necesariamente debe desembocar en la independencia. Por ejemplo, Israel respalda una confederación jordano/palestina en el marco de un amplio mercado regional.

Aquí nos encontramos con otra de las "imitaciones", una *traba política-cultural*. La crisis actual revela la colisión entre tres nociones de "salida" para la cuestión palestina. Una es la autonómica, que se está implementando en el marco de los acuerdos de Oslo. Es, como advertimos, experimental y selectiva. Sólo rige para Gaza y el área de la ciudad jordana de Jericó. E incluye un cronograma de negociación



HORACIO TORRES

Formas en una estructura, 1957

para ampliar competencias -educación, salud y otras- y extender el área a Cisjordania. Es la base del acuerdo Israel-OLP.

¿Por qué aceptó Israel este "modelo"?

Para Israel, la propuesta de ceder Jericó surgió como muestra de la intención de su gobierno de continuar las negociaciones para Cisjordania, en el marco de una estrategia que destacaba la fórmula "la Gaza primero", elaborada por Shimon Peres, en 1980. En una palabra, con Jericó, Israel buscó evitar que los palestinos pensaran que la fórmula en realidad era: "Sólo Gaza". En cuanto al caso de Gaza, es diferente: se trata de la zona más densamente poblada del mundo, sin desarrollo ni interés estratégico para Israel y está fuera de los territorios bíblicos de Judea y Samaria, que corresponden a gran parte de Cisjordania. Quiere decir, que tampoco cuenta con "significación religiosa". Además, en su mayoría sus habitantes nacieron después de 1967, tienen la noción del "ocupante" y un bajo nivel de ingresos. Hay que añadir la "desmoralización" del ejército israelí, que se vio, especialmente en esa zona, sometido a una guerra de desgaste ante un enemigo inferior- que lo atacaba con piedras, recordar la Intifada-, que había perdido su territorio pero, evidentemente, no su honor nacional. De ahí que Gaza era un "lastre" para Israel.

Las otras dos "salidas" era la jordana, consistente en la anexión de los territorios ocupados a Jordania, también con apoyo israelí. Y la última, la que podríamos denominar del Estado islámico, apoyada sólo por los integristas. Esta es la clave de hoy. ¿Cómo asegurar el predominio de la variante autonómica? Arafat tiene la palabra. Está en marcha una nueva nación y para eso hace falta que Arafat encarne el movimiento nacional. Mientras tanto, Israel mira y espera. □

Italia La democracia endeble*

En este artículo el filósofo italiano traza una preocupada reflexión sobre las dificultades que enfrenta la democracia peninsular tras la llegada al poder del empresario-político Silvio Berlusconi.

Norberto Bobbio

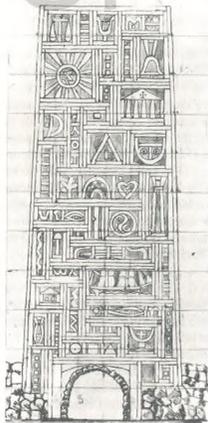
Siempre se ha dicho que la democracia italiana era frágil, en zona de peligro. Las cosas no han cambiado mucho. Me pregunto si no han empeorado.

Las razones son siempre las mismas: gobiernos de coalición entre aliados litigiosos y desconfiados, debates que frecuentemente terminan en riña. Sobre todo, gobiernos que no llegan al año de duración. A propósito, ¿este cuánto durará? En ejercicio desde hace pocos meses ya se vislumbra con insistencia el cambio de timonel (que, en rigor, si estuviésemos ya en un sistema de representación mayoritaria, sería constitucionalmente poco correcto) o la disolución de las Cámaras, lo cual sería inoportuno sin antes aprobar una nueva ley electoral, promesa casi unánime que no puede no ser mantenida.

Durante la conferencia de prensa que siguió a la asignación del Premio Balzan, a quien me preguntaba sobre el futuro de nuestra democracia (es el título de un libro mío) me veía obligado a contestar por enésima vez que antes hay que ponerse de acuerdo sobre el significado de esta palabra. Debo repetir, y me excuso con aquellos que ya lo han escuchado. La definición más simple, clara y convincente, no obstante su brevedad, aquella que mejor distingue a la democracia de las autocracias es la siguiente: la democracia es la forma de gobierno constituida por reglas que permiten

resolver los conflictos sociales sin necesidad de recurrir a la violencia, a través de varias estrategias que van desde la negociación entre las partes políticas, a la concertación entre las clases sociales, hasta la manifestación del voto libre cuando las transacciones se extienden demasiado y cada una de las partes se obstina de forma intransigente en la defensa de su punto de vista. La democracia es una discusión conducida con argumentos a favor y en contra, en vez de hacerlo con amenazas y rígidos emplazamientos. La boleta electoral en vez del garrote. En suma, la democracia es aquel producto histórico, de una historia de siglos, de la cual sólo puede nacer una convivencia libre y pacífica.

Contra la recurrente objeción según la cual un sistema definido sólo a través de sus reglas de procedimiento



HORACIO TORRES - Puerta de las Américas, 1950



JOAQUÍN TORRES-GARCÍA

Pachamání, 1944

resulta indiferente a los valores, se puede responder que el valor supremo de una "libre y pacífica convivencia" está implícito en esas mismas reglas. Nunca se habló tanto, como en estos tiempos, de gobierno de las reglas, con una expresión que, por un lado, peca por exceso, "si un gobierno no produce reglas, ¿qué gobierno es?", y, por el otro, por defecto, "perdón, ¿qué reglas?". Se podría objetar: ¿no hay acaso demasiadas reglas, por lo general no respetadas, en un país como Italia de ilegalidad difusa? La respuesta es indudable: las reglas que se necesitan siempre y que deben ser continuamente creadas cuando no existen, son aquellas que sirven para impedir toda forma de abuso de poder y como tales son destinados a reafirmar el Estado de derecho, fuera del cual la democracia se transforma en autocracia.

Los conflictos sociales pueden derivar de un choque acerca de valores o de intereses. Con respecto a los primeros, que no constituyen bienes negociables, la regla dura de la democracia es la tolerancia y el respeto a las ideas de los demás. Respecto de los intereses, la solución del conflicto se toma posible a través de las estrategias previstas por las constituciones democráticas, por las cuales se puede llegar también a una solución de compromiso, mientras sobre los valores ningún compromiso es posible.

Por existe una condición preliminar que ninguna regla escrita puede establecer y mucho menos imponer y que para un democrata puede parecer

superflua. Es decir que es necesario que cada una de las partes considere a la otra no como un enemigo a ser abatido sino como un adversario con el cual no es indecoroso -por lo general es ventajoso- formular pactos, sin perder la dignidad ni hacerla perder al otro.

Nada es más peligroso para una democracia endeble que la nuestra que el choque frontal. Es verdad que todos dicen no quererlo pero mientras tanto cada uno considera al otro responsable de la situación. Es verdad también que aún no hemos llegado a tal extremo, pero somos muchos los que contenemos la respiración para que no se llegue nunca, sobre todo teniendo en cuenta que nuestra historia ofrece ejemplos que prueban que los choques frontales en 1922 y en 1948 terminaron en un régimen. Desde luego no se me ocurre equiparar aquí el régimen fascista con el democristiano, pero los dos fueron gobiernos largos y sin alternativa.

¿No se había dicho, acaso, que finalmente nacería de las cenizas del pasado la democracia madura, la de la alternancia de gobierno y oposición? No quería nuevamente disgustar al Presidente del Consejo de Ministros, que todas las veces me ha replicado, pero las primeras acciones de su gobierno han sido erradas, por impericia o por subestimación de las fuerzas del adversario o por sobrevaloración de las propias fuerzas, basadas en una victoria que no fue estrepitosa y en una alianza que es todo menos férrea.

Haber puesto las manos sobre la RAI como primera medida de su go-

bieno resulta imperdonable, pero no sólo para un militante de izquierda, sino también para cualquier buen liberal de vieja escuela, que cree en la separación del poder económico del poder cultural y del poder cultural del político, sin cuya separación ninguna democracia puede sobrevivir. Aun quien no había votado por los partidos de la coalición que ahora gobierna dijo, y fuimos muchos quienes lo dijimos: "dejémoslos gobernar". Le dimos nuestra confianza al nuevo gobierno, entre otras cosas convencidos de que nuestra derrota era en parte merecida. Hoy, semejante razonamiento ya se repite con menos frecuencia, a excepción, desde luego, del Presidente del Consejo. ¿Por qué? ¿No debería, él también, comenzar a hacer un examen de conciencia y no continuar repitiendo una frase, ya oída en otros tiempos, que él nunca se equivocó y que siempre tiene razón?

Una política fuerte llevada a cabo por quien es menos fuerte de lo que se pensaba y todavía se piensa, ha hecho subir la temperatura en vastos sectores de la oposición. Pero una oposición sólo enojada logra demoler sin construir. En una situación de elevada tensión, una democracia endeble como la nuestra corre el riesgo de no mantenerse en pie. □

Nota

* Tomado de *La Stampa*, de Turín, del 20 de noviembre de 1994. Tradujo Franco Castiglioni.

Nueva Alemania, viejo canciller*

Un análisis del panorama que se abre tras las recientes elecciones, particularmente perturbado por la difícil situación interna, con aguda crisis económica y serios problemas de cohesión social, que exigen con urgencia cambios profundos.

Ralf Dahrendorf

No es verdad que en la política alemana después de las elecciones del domingo (16 de octubre) todo quedó como antes. Bajo la superficie se han verificado importantes cambios. El canciller Kohl se dirige hacia el fin de su mandato. Su socio en la coalición, laFPD, ha perdido ampliamente su autonomía. Un sondeo después de las elecciones ha mostrado un resultado sorprendente: 63 por ciento de todos los electores de la FDP ha

declarado que su partido preferido era laCDU (y sólo 16 por ciento laFPD). Es el río" o de una unión extendida hacia el Este. El canciller quiere acelerar la integración, logrando la unión monetaria (¿con quién?), mayores derechos cho para el Parlamento Europeo, una política exterior y una defensa europeas. La FPD lo seguirá en esto, como en todo.

Mientras tanto el mundo y los ciudadanos alemanes interrogan al gobierno de Bonn. La primera pregunta se refiere a Europa. El canciller Kohl nunca dejó dudas acerca de su entusiasmo por Europa, aunque no se sabe con precisión si está a favor de una "Europa restringida al núcleo origina-

Cada tanto, el ministro de Finanzas hace un discurso drástico, pero no hay prácticamente ni un discurso político competente, para no hablar de líderes que no sólo reconoczan sino que puedan encarnar nuevas vías.

partido del Bundestag? Aquí hay algunos "euroescépticos".

Alemania y Francia han anunciado pomposamente que habrían coordinado estrechamente sus presidencias de la Unión Europea, en períodos sucesivos, una tras la otra. Hasta ahora lo han hecho, sobre todo porque durante la presidencia alemana y durante la francesa hubo y habrá grandes elecciones nacionales que distraen muchas energías. Si cuando este proceso termine llegaran a estar Kohl y un presidente francés como Delors, Europa podría cobrar un gran impulso, aun cuando la Comisión dirigida por Santer, notablemente debilitada, ya esté en ejercicio. En su conjunto, las elecciones alemanas confirman la difundida hipótesis según la cual, en las cuestiones europeas, se abre un período más de consolidación que de desarrollo dinámico, no obstante -y tal vez a causa de- la extensión a los Estados que pertenecían a la Asociación Europea de Libre Comercio.

Más importantes aun son las cuestiones de política doméstica alemana, para las que el resultado de las elecciones no dejan ver soluciones inmediatas. Los problemas son hoy muchos y conocidos: cómo reducir la deuda pública sin aumentar impuestos, cómo facilitar la adecuación estructural de la economía impidiendo sus consecuen-

cias sociales. Para lograr estos objetivos son necesarios cambios profundos. Sobre todo se necesita un nuevo y distinto Estado social.

Ni en el Este ni en otras zonas de Alemania existen síntomas de una amenaza a la democracia. El cambio a la alemana es siempre más complicado que en Gran Bretaña o en los Estados Unidos.

antigua tradición liberal, que sobrevive en algunas partes de Alemania y también, en teoría, podría recorrer el camino de laFPD de Haider. Pero en ningún caso la FDP puede en un futuro próximo ser un factor esencial para responder a los grandes interrogantes de la política alemana. La conclusión que resulta de estas consideraciones no puede entusiasmar a los demócratas. Que las Grandes Coaliciones puedan provocar daños políticos lo hemos experimentado hace poco en las elecciones austríacas. Los electores, de todos modos, están menos cansados de la política que de los políticos; aun si éstos se reúnen bajo un solo cartel, despiertan más sospechas que satisfacción. Se debe esperar que los líderes alemanes lo sepan y se comporten de forma tal que la evidente

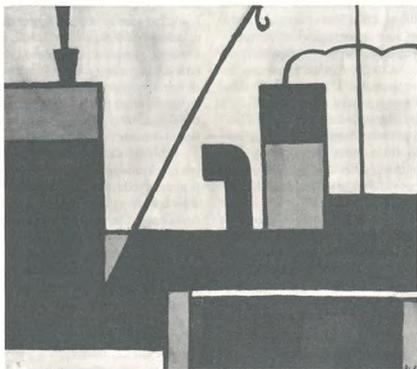
exigencia de un cambio de la política no degeneren en la demanda de un cambio de régimen.

Por el momento, sin embargo, el peligro es mínimo. Los Länder federales poscomunistas demandan particular atención todavía por algún tiempo. Donde hay líderes ilustres, como en Brandeburgo y en Sajonia y ahora -casi también en Turingia, éstos tienen una notable responsabilidad. Finalmente, también en el Este se están delineando Grandes Coaliciones, sin -y hasta contra- los viejos comunistas del PDS.

Ni en el Este ni en otras zonas de Alemania existen síntomas de una amenaza a la democracia. El cambio a la alemana es siempre más complicado con respecto al de Gran Bretaña o al de los Estados Unidos. En última instancia, los problemas alemanes son normales; lo mismo vale para las dificultades cuanto para lograr soluciones. □

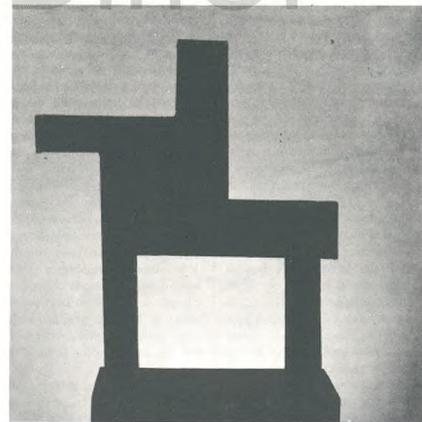
Nota

* Tomado de *La Repubblica*, Roma, 20/10/94. Tradujo Franco Castiglioni.



ELSA ANDRAEA

Constructivo en cinco colores, 1946



FRANCISCO MATTO

Construcción, 1948

REFLEXIONES

A propósito de la "normalización" del sistema de partidos en Argentina*

Durante años los analistas políticos que estudiaron nuestro sistema partidario se enfrentaron con un mismo problema: al pretender ubicar a los actores en un eje ideológico único los partidos parecían negarse a aceptar una posición determinada en el espectro.

Juan Manuel Abal Medina (h)

Los autores, frente a esta realidad, optaron en general por ordenar a su gusto a los partidos y enfrentar con estos esquemas la cambiante realidad. Así, para algunos el peronismo representaba a la derecha, mientras para otros era el radicalismo el que ocupaba ese lugar. Estos "giros" del sistema partidario eran acompañados por autores que sostenían la "ausencia" de la derecha en nuestro país como la explicación de los continuos golpes militares y por otros, más cercanos al marxismo clásico, para quienes los dos partidos mayoritarios estaban ubicados en la derecha. La realidad parecía corroborar todas estas lecturas antagónicas, otorgando elementos para todas las teorías posibles.

Esta falta de consenso expresaba de alguna manera la inadecuación de las teorías desde las cuales era leída la realidad argentina, a diferencia de los sistemas partidarios europeos donde no hacía falta nada más que leer el nombre del partido en cuestión para ubicarlo en el espectro ideológico y así obtener un "mapa conceptual", aceptado tanto por los analistas como por los actores.

El objetivo de este artículo es de-

mostrar que la supuesta "anomalía" de nuestro sistema partidario expresa, en realidad, una forma alternativa de construcción político-partidaria en relación con el proceso europeo.

La izquierda y la derecha como las categorías "normales"

La formación de los sistemas de partidos en Europa fue analizada desde la sociología política por Lipset y Rokkan (1967), entendiéndola como la expresión en política de las posiciones sustentadas frente a determinadas fracturas o conflictos sociales.

Las disputas centrales de los procesos de formación de los modernos Estados europeos provocaron cortes en sus sociedades (clivajes sociales) que fueron canalizados al plano político, expresándose en partidos. La autonomía de lo político se manifiesta cuando el partido ya constituido elegía seguir atado a su clivaje fundante o, frente a la progresiva pérdida de relevancia de éste, "montarse" sobre nuevos clivajes electorales más prometedores, para maximizar su potencial.

Lipset y Rokkan sostienen a su vez algo que será importantísimo para nuestro análisis, cuando señalan que en la mayoría de los sistemas por ellos estudiados se produce un "congelamiento" de los sistemas partidarios a mitad de nuestro siglo, quedando como último clivaje relevante expresado políticamente el "intereses obreros/intereses empresarios" y los partidos que surgieron o se repositionaron frente al mismo.

El *continuum* del debate político quedó fijado por ese clivaje, llevando a todos los electores (y a los analistas) a construir sobre él su mapa conceptual, que por su persistencia temporal se

volvía "natural".

Desde los 30, y más claramente desde la derrota del nazifascismo, el "lugar" ocupado por determinado partido se leyó a partir de su posición frente al clivaje "clasista", que se expresaba básicamente en lo económico en términos de "regulación estatal/regulación natural-mercantil" del proceso económico. Así, el eje izquierda/derecha sobre el que se sitúan hoy los partidos es el mismo de hace cincuenta años, pero su significado ha ido variando con el tiempo, merced a las distintas fracturas sociales sobre las cuales se fueron "montando" los partidos para expresar las nuevas demandas y los nuevos actores que iban surgiendo en la sociedad.

Resultado de este proceso de resignificación permanente de lo político es el que hoy se entienda por "izquierda" no sólo (ni necesariamente) un interés por una mayor regulación en la economía sino: libertad de elección frente a opciones éticas rígidas; defensa de las minorías frente a mayorías morales; participación ciudadana frente a gobernabilidad institucional; gasto social frente al cierre perfecto de las cuentas fiscales; reducción de los delincuentes frente a los planteos de penas más severas; prevención de la drogadicción frente a castigo a los drogadictos, etc. O sea, una serie de conceptos que se expresan en posiciones claras frente a cuestiones concretas tales como el aborto, la homosexualidad, la droga o la salud pública. Ningún concepto o idea puede ser aisladamente sostenido como condición necesaria y suficiente para catalogar de izquierda o derecha a un actor.

Pero este clivaje se encuentra tan instalado, se ha convertido en algo tan "natural" para el reconocimiento y autorreconocimiento de los actores

políticos, que aun en los casos extremos en que un determinado sistema ha caído al enfrentar cuestiones política-mente novedosas como la corrupción o la nueva configuración tras el "de-rrumbe" sigue orientándose en "derecha, centro e izquierda" (caso italiano).

Un caso "anómalo" de sistema partidario

Frente a este desarrollo que se dio en las democracias "centrales" tratemos de identificar cuáles fueron las diferencias en la construcción de nuestro sistema político que explican un resultado histórico distinto. Muchos de los conflictos que se dieron en el caso europeo se dieron también en Argentina; lo importante para analizar es cuáles de ellos se mezclaron entre sí neutralizándose mutuamente y cuáles se reforzaron polarizando a los ciudadanos.

Una primera diferencia se dio en el plano temporal: la más corta historia de nuestro Estado-nación produjo que muchos clivajes que se dieron separados por décadas en la historia europea, se manifestaron casi simultáneamente en Argentina. Quizás el caso más notorio de ello sea la polarización unitarios/federales en el siglo pasado, los primeros partidos -en sentido amplio- de nuestra historia política. La cantidad de conflictos que se hallaban presentes en esa disputa -intereses agrarios/intereses urbanos, religión-tradición/laicismo-ciencia, americanismo/europeísmo, centro/periferia-impedieron que ésta pudiera manifestarse con mínima claridad como opciones institucionalizadas, al mezclarse tanto los conflictos que su resolución sólo podía realizarse en el terreno de las armas y sin constituirse los grupos como actores permanentes.

Pero la diferencia central con el caso europeo está dada, a mi entender, por la imposibilidad de constituir un sistema institucionalizado de partidos, imposibilidad que es producto no sólo de la acumulación temporal de clivajes sino también de la específica naturaleza que fué tomando nuestro sistema

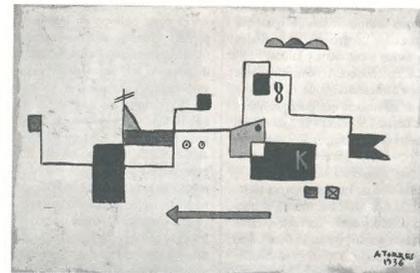
político en este siglo. Esta especificidad de lo político en varios países de América latina ha sido definida por algunos autores como "movimentismo" y caracteriza a los sistemas de representación de algunas sociedades que no vivieron el proceso de la separación de las esferas sociales propio de la modernidad, por lo que en la acción social se mezclaban dimensiones provenientes de conflictos de esferas distintas. Lo estatal, lo cultural y lo social no se diferenciarán, colocando a los actores en un marco tal de confusión que requerirán de un "ordenador", un lugar desde el que puedan otorgarle sentido a su práctica. Ese ordenador será en nuestro caso el Estado, espacio concreto diferenciado de la confusión significativa que prima en lo social.

Así, la definición de los actores se hará con relación a si ocupan el Estado y pretenden conservarlo o si se encuentran fuera de él y se articulan desordenadamente con vistas a conquistarlo. Es esa articulación desordenada la que es precisamente definida como movimentista por G. Alberti y F.M. Castiglioni (1985) en su análisis sobre el tema.

Tal ausencia de claridad sobre los intereses de los grupos sociales explica el por qué de que las opciones políticas que se construyeron encaminadas a obtener el control del aparato estatal no expresaban realmente los clivajes so-

ciales y, por el contrario, contenían dentro de sí muchas veces ambos términos de un conflicto concreto. Las características de este modelo espensan a visualizarlo con el surgimiento de la UCR, partido que ya desde su origen no expresa claramente uno de los polos de algún clivaje social sino más bien a un conjunto de sectores que se encontraban fuera del Estado y pretendían regresar o llegar a él. Con la democratización del sistema electoral el naciente partido demuestra una clara voluntad "inclusiva" pero sin definir (más que en términos culturales muy vagos: "la causa") su programa de acción una vez [lograda la inclusión definitiva de los sectores medios a la arena política.

Peró la aparición del peronismo termina dotando al sistema de sus características definitivas al ser éste un "movimiento" que se articula desde el Estado pero sumando a un conjunto de sectores y grupos sociales que, por razones diversas, estaban excluidos de los espacios de poder de las distintas esferas. Migrantes internos, sindicalistas reformistas, intelectuales nacionalistas, militares profesionalistas antiliberales, la Iglesia, políticos conservadores y radicales de segundo orden, etc., formaban un abanico tan disímil de proclivencias e intereses que sólo podían articularse en torno de una figura carismática que definiera un programa



AUGUSTO TORRES

ma de acción y definiéndose a sí mismos en términos de un fuerte clivaje nación/imperio, pueblo/oligarquía.

Sin entrar en este tema es evidente que la aparición de un actor político de estas características cambia radicalmente a todos los otros, ya que al verse a sí mismos como uno de los polos del clivaje nación-imperio, todos los actores que quedan fuera de él pasan a ser inmediatamente el "antipueblo", loa cipayos, la oligarquía.

Frente a estos hechos el sistema político argentino se reconstruirá con relación a un nuevo clivaje que marcará su historia, peronismo/antiperonismo, ambos polos si bien compuestos por grupos desordenados e intereses fragmentarios asumirán un significado político claro y fuerte, constituyendo dos mundos de sentido antagónicos, dos países diferentes que se definen en la oposición al otro. La UCR se repositona sobre este clivaje tomando así sus características "clásicas" (1945-1983) como expresión del polo antiperonista.

Desde este conflicto central se leerán todas las otras divisiones sociales, que se volverán secundarias para la gran mayoría de los actores. Obreros y empresarios "peronistas" estarán del mismo lado frente a los obreros y empresarios "antiperonistas", al igual que intelectuales progresistas y militares autoritarios o católicos y laicos.

Lo mismo ocurre con el clivaje "izquierda/derecha", que es relativamente de tal manera que puede hablarse -y de hecho los actores lo hacían- en términos de una izquierda y una derecha "peronista" y una izquierda y una derecha "antiperonista".

Este tipo de lecturas expresa claramente la dinámica que tomará el conflicto político: existe un corte central, entendido según quien lo mire como "nación/imperio" o "democracia/fascismo" y sólo cuando éste se resuelva se darán los otros conflictos "secundarios".

Creo que esta explicación demues-

tra el por qué de la imposibilidad de entender las disputas políticas argentinas en términos considerados "normales" para las teorías europeas: los actores políticos habían construido en su praxis una fuerte realidad simbólica propia, imposible de subsumir en los términos clásicos de la ciencia política. Por esto fueron erróneos todos los

El corte político en términos de peronismo/antiperonismo marcó tan fuertemente nuestra historia que aun después de la muerte de su creador siguió orientando acciones y conductas.

da debieron recurrir a la metafísica de la alienación y al recurso de "la clase engañada".

Recordemos a la Unión Democrática, la alianza electoral que se constituye para enfrentar al naciente peronismo y que era apoyada tanto por el Partido Comunista como por los conservadores; ¿es la realidad la que ha perdido el sentido o simplemente se usaban conceptos erróneos para analizarla?

Normalización del sistema

El corte político en términos de peronismo/antiperonismo marcó tan fuertemente nuestra historia que aun después de la muerte de su creador siguió orientando acciones y conductas. La victoria electoral de la UCR alfonsinista, por ejemplo, se debió en gran parte a que concentró el voto antiperonista, haciendo un uso inteligente del miedo para polarizar al electorado. Pero desde 1983 en adelante, la nueva situación política del país empezó a deconstruir los elementos centrales del clivaje peronismo/antiperonismo, básicamente porque los horrores vividos durante la dictadura llevaron al conjunto de los actores al convencimiento de que no podía pensarse más

la política desde la negación del otro, logrando lo que Norbert Lechner ve como el fundamento del orden democrático "el reconocimiento recíproco de los sujetos políticos". A su vez las mismas imágenes del "juego" democrático con sus negociaciones y acuerdos iban borrando la vieja imagen de los "pasés" inconciliablemente enfrentados.

Es evidente que por lo menos los actores más lúcidos veían este proceso como inevitable, pero eso no les proporcionaba certezas acerca de las nuevas bases sobre las que se iba a desarrollar la disputa política. Resulta ilustrativo de esto el comportamiento del alfonsinismo, quizás el actor que más rápidamente tomó en cuenta la nueva situación: su discurso permanente apuntaba a construir un nuevo eje de la disputa situándose a sí mismo como la centroizquierda e imitando la tradición discursiva de la socialdemocracia europea, pero frente a las elecciones, consciente de lo precario de su nuevo posicionamiento, insistía con los viejos lenguajes para volver a polarizar al electorado en clave peronismo/antiperonismo.

De todas formas, una fuerte historia política no desaparece en unos pocos años, por lo que los actores siguieron presentándose simbólicamente como antes a unos electores muy acostumbrados a la tradición vengativa. La renovación peronista, el intento más acabado para repositonar al justicialismo en nuevas claves, pagó caro su osadía cuando Carlos Menem, con la doctrina justicialista en la mano, los acusó de pretender "desnaturalizar" al peronismo.

La campaña electoral del 89 pareció acentuar la clásica anomalía del sistema partidario. ¿Cuál de los dos candidatos representaba a la "izquierda" y cuál a la "derecha"? En el plano discursivo era imposible saberlo, uno hablaba de ajuste pero el otro se rodeaba de la derecha carapintada, el mismo Neustadt termina rogándole a la UCD que votara en el colegio electoral al partido de Alfonsín por su miedo al regreso del populismo, mientras cientos de intelectuales progresistas exclamaban

"sí gana Menem me voy del país", asustados por la derecha que parecía haberse montado a ese movimiento que había triunfado en la interna justicialista al grito de "al país no hay que renovarlo, hay que liberarlo".

Pero apenas asumió, Menem se dedicó a terminar con las dudas, rápidamente quedó claro que su gestión no tendría nada que ver con el peronismo histórico; todas sus acciones apuntaban a deconstruir simbólicamente el justicialismo.

Esto, que quizá fuera una necesidad para el programa económico neoliberal que pensaba implementar, fue acompañado por una estrategia discursiva de reposicionamiento político que no puede ser vista ni como anecdótica ni como meramente instrumental, me estoy refiriendo a la apropiación del discurso neconservador, aun cuando éste era derrotado electoralmente en Estados Unidos.

Quizá como muestra de la astucia política que lo caracteriza, o tal vez llevado por las nuevas alianzas que su política económica le había traído, Menem comprendió que en el país posperonista que él soñaba y estaba construyendo tenía que situarse en "algún lado" y ese lado fue la derecha.

Discursivamente, tras enfrentarse en los primeros años con el "peronismo" -aunque nombrándolo con eufemismos: "los que quieren volver al 45" o "los nostálgicos"- rápidamente pasó a definir-construir un nuevo enemigo: la izquierda, "esos que no se han enterado de que ha caído el Muro" y optar fuertemente en una serie de conflictos calcados de la nueva derecha americana, el no al aborto, la reivindicación de la pena de muerte, el apoyo a la justicia por mano propia, la lucha contra la "dictadura castrista", el carácter permanente de la pobreza y potenciados casi al ridículo, como su enfrentamiento con los Güns'n Roses.

Así, con el claro posicionamiento del menemismo y sin duda por las influencias culturales de los países centrales, el eje "izquierda/derecha" aparece en la Argentina de fin de siglo con lo que el sistema de partidos empieza a "normalizarse" y a adoptar las pautas

discursivas de sus hermanos primermundistas.

La nueva situación, que empezó a quedar clara tras las elecciones de convencionales constituyentes del 10 de abril plantea serios dilemas a los partidos que se ven obligados a operar sobre esta realidad.

Los actores

El Partido Justicialista. Si bien fue Carlos Menem el primero que se animó a plantear claramente el fin de la división peronismo/antiperonismo -la "reconciliación nacional" con su abrazo con Rojas resulta paradigmática de este intento- el conjunto de su partido encuentra grandes problemas para repositonarse, no sólo por el "costo simbólico" de abandonar su tradición histórica, sino por lo ajeno que encuentra al nuevo lugar discursivo que el presidente construye para el justicialismo.

Nunca es fácil la tarea de reubicar a un partido que trae consigo una larga historia institucional, pero los problemas se acrecientan si el lugar elegido es muy distinto, si no tienen elementos simbólicos en común con el viejo clivaje. Esta es precisamente la situación que hoy enfrenta el menemismo, su propuesta de ubicación, la derecha liberal-conservadora no tiene casi elementos que se asemejen a la polifacética tradi-

ción peronista, donde paradójicamente pueden encontrarse similitudes discursivas con muchas otras tradiciones, desde la izquierda latinoamericanista hasta la ultraderecha nacionalista.

Esta permanente situación de ajedrez ha provocado, por un lado, que a pesar de tener el aparato estatal las "sangrías" de militantes no se han detenido desde el 89, hacia la izquierda y hacia la derecha. Por otra parte un gran sector de sus estructuras provinciales se ha negado prácticamente a aceptar el nuevo posicionamiento y sigue intentando funcionar en clave "peronismo/antiperonismo". El ejemplo más evidente de esta situación es Duhalde y el PJ de la provincia de Buenos Aires, cuyo discurso poblado de viejos conceptos llega hasta plantear ideas que son lo contrario a la concepción conservadora-liberal: del Estado "Gobernar es hacer obras" y del partido "Lo importante es el movimiento". A su vez como parte de esta discusión, el gobernador sostiene de vez en cuando, sin mostrar percatarse de su incoherencia con el discurso menemista, "el justicialismo siempre fue de centroizquierda".

La situación de inestabilidad discursiva en que está inmerso el PJ aparece claramente a la luz cuando en época de elecciones se cruzan en la pantalla de televisión modernas imágenes publicitarias copiadas del Partido Republicano, con escenas de movilizaciones que al ritmo de la marcha peronista avanzan detrás de un Duhalde o un Pierri que saludan con los brazos abiertos.

Durante cuánto tiempo podrá mantenerse esta contradicción es algo difícil de prever y más aun la forma de su resolución, pero esta situación es por definición precaria y conspira en el largo y en el mediano plazo contra la institucionalización partidaria.

El Frente Grande. Este partido es el que se encuentra más cómodo en la nueva situación, ya que en gran parte es producto de ella. Necesariamente el fuerte posicionamiento del menemismo sobre el polo derecho del nuevo clivaje abrió un enorme campo discursivo va-



JOAQUÍN TORRES-GARCÍA *Arte universal, 1932*

cío a su izquierda para el actor que buscara y pudiera presentarse como una oposición coherente y progresista ante el electorado. Su mayor limitación es hoy por su imposibilidad de construir por fuera del nuevo clivaje, ya que como quedó demostrado en el reciente plebiscito bonaerense su discurso sólo consigue desarrullarse con fuerza enfrente de Me-

rektor de la opinión pública por más que ello exaspere a los políticos. El discurso mejor construido en términos lógicos, claramente fundado en argumentaciones evidentes, puede ser literalmente hecho pedazos en esa jungla de espejos, reflejándose a sí mismos *ad infinitum*, que median-construyen lo simbólico en las sociedades complejas.

Cuando Torcuato Di Tella decía que la UCR era un partido innecesario pues "no representa a la burguesía ni a los trabajadores" se equivocaba al olvidarse de que expresaba el polo antiperonista, pero hoy tiene razón.

Las complejas sociedades de fin de siglo -que han sido definidas acertadamente por Paul Virilio (1976), como "dromocracias", se encuentran dominadas por la velocidad en la creación, transmisión y muerte de los objetos y los símbolos. En la política es impresionante el corto lapso temporal que puede separar al cielo del infierno, una equivocación puede resultar fatal, son innumerables los ejemplos que muestran cómo una candidatura o una declaración desafortunada destruyen en el plazo de algunos días las imágenes trabajadas construidas.

La racionalidad no es el principio

al nos acompaña. El Frente, por el contrario, debe ser muy cuidadoso si no quiere que la cambiante opinión pública nacional lo retire del lugar simbólico al que tanto le costó llegar.

Por último, el Frente Grande deberá afrontar el desafío de articular un discurso coherente y atractivo electoralmente hablando, sin dejar de ser, aunque sea en parte, el canalizador de la protesta social, que en general en nuestro país se expresa en un lenguaje radicalmente distinto al de la "opinión pública electoral".

La Unión Cívica Radical. El partido de Yrigoyen y Alem es el principal perjudicado por el nuevo clivaje político, ya que si bien Alfonsín entre 1984 y 1987 trabajó para construirlo intentando posicionarse en su mitad izquierda, este clivaje apenas empieza a manifestarse claramente después del 89, cuando el radicalismo (o por lo menos sus principales referentes massmediáticos) "jugó" a construir discursivamente desde un antimenemismo no situado ideológicamente que recordaba el antiperonismo histórico.

Frente a la derrota electoral, diri-

gentes como Angeloz y De La Rúa parecieron dejarse llevar por el peso de la tradición histórica confrontando con el PJ menemizado sin situarse en un lugar claro en el nuevo clivaje; es interesante recordar las críticas "por derecha" que durante el año 92 le hacían al plan Cavallo los economistas de Angeloz.

La creación del MODES alfonsinista muestra cómo fue nuevamente el ex presidente el que vio la situación con mayor claridad, pero el prestigio social que tenía su figura, así como las críticas internas que recibió su planteo, llevaron a la nada a este segundo intento de resituarse a la UCR en el lugar de la centroizquierda.

Pero el hecho que terminó de colocar al partido en crisis fue el Pacto de Olivos, que en el mismo momento canceló los dos caminos que se habían definido para enfrentar al menemismo. En los términos discursivos lo que entendió la sociedad es: si se pacta con Menem no se es antimenemista y si se le da la posibilidad de reelección al candidato de la centroderecha no se es de centroizquierda.

Sin duda hay elementos que explican este terrible error, si bien no es éste el interés de este trabajo, podemos señalar que la apuesta de Alfonsín no tuvo en cuenta dos elementos: que pudiera aparecer una tercera opción partidaria con la fuerza necesaria para "robarle" a la UCR el lugar de oposición que dejaba vacante (momentáneamente, según el ex presidente) y la acción suicida de los referentes antialfonsinistas que apostaron claramente por la derrota del partido. El primer error es explicable por el peso de la historia del bipartidismo argentino, el segundo por el desconocimiento de la profunda crisis que atravesaba el partido.

Cuando Torcuato Di Tella decía que la UCR era un partido innecesario pues "no representa a la burguesía ni a los trabajadores" se equivocaba al olvidarse de que expresaba el polo antiperonista del viejo clivaje, pero hoy tiene razón. Tal como sostiene Malamud (1994), ahora el partido radical "no es alternativa ni control eficaz

[...] su razón de ser como partido se ha borrado tanto su base social como su orientación ideológica".

El futuro del partido es hoy altamente complejo. La apuesta Storani, que no es más que un *remake* de los intentos alfonsinistas anteriores, parece estar condenada a seguir la misma suerte, con el agravante de que el lugar que busca ocupar ya está discursivamente ocupado por el Frente Grande.

Otras posibilidades son: la transformación del partido en una especie de "liga de agrupaciones provinciales" con éxitos electorales en algunas provincias (Río Negro, Chubut, Córdoba, quizá Santa Fe) pero sin constituirse en alternativa nacional o acaso su lenta conversión en un partido satélite del menemismo. De cualquier manera este panorama negativo puede cambiar y volver a ser el principal partido opositor, pero el éxito de esta alternativa ya no depende sólo de los radicales.

Los escenarios

Según cómo afronten los partidos los nuevos dilemas a los que se enfrentan podemos visualizar en términos del sistema partidario tres escenarios posibles.

Nº 1. De partido predominante. Este es quizás el escenario más probable. En él, el PJ continúa ganando elecciones manteniéndose un poco por arriba de 40 por ciento de los votos por la dispersión de las otras alternativas. Esta situación presupone que el justicialismo resuelve exitosamente su dilema (o lo sigue "pateando" hacia adelante), ya sea terminando de constituirse como "centro derecha" (opción Menem) o retrocediendo, en parte, al clivaje anterior y resituándose como "peronismo" en una clave novedosa (opción Duhalde, Marín, Kirchner, etc.). El éxito es altamente probable por el claro sentido del pragmatismo discursivo que le es propio.

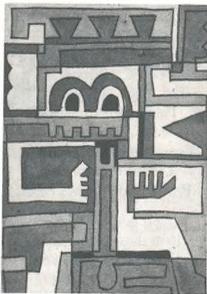
El otro presupuesto de este escenario es que no pueda consolidarse ninguna oposición fuerte (en caso contrario estaríamos en el escenario Nº 3), ya sea por bloqueo mutuo, el FG y la UCR

como alternativas "opositoras pero distintas"; por competir por el mismo espacio; UCR y FG disputando el electorado de centroizquierda pero sin poder llegar a acordar por la interna no saldada del radicalismo; o finalmente por una crisis "gramsciana" de la oposición donde "lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer".

Nº 2. De pluralismo moderado. Los tres partidos principales del sistema logran consolidarse sobre el nuevo clivaje, el PJ en la derecha, la UCR (versión Angeloz o De La Rúa) en el centro y el FG en la izquierda. Esta situación abriría posiblemente un juego de alianzas cambiantes e inestables y daría sentido al cargo de Ministro coordinador de la nueva Constitución.

En este escenario no es descartable que, de mantenerse el PJ como partido principal, la UCR opte por una coalición permanente con él, jugando al modelo del Partido Liberal alemán presionada por el interés de sus cuadros medios de ocupar cargos gubernamentales. En este caso sería muy posible que algunos sectores emigraran del centenario partido hacia el FG abriendo uno de los caminos posibles para pasar al escenario Nº 3.

Nº 3. De bipartidismo. Pequeños cambios en los escenarios precedentes desembocan en esta última opción. Bá-



JUAN TORRES-GARCÍA. Formas animistas, 1993

sicamente se requiere que uno y sólo uno de los actuales partidos opositores logre afirmarse mientras que el otro decrezca y termine agotándose. Lo problemático de esto es que si bien hoy por hoy la UCR se ve como el partido más proclive a decrecer, el FG es sin duda el que tiene por delante una consolidación más dificultosa.

Contra este escenario juega, también, la acción del PJ desde el gobierno que como lo ha demostrado hasta ahora no se equivoca cuando tiene que "darle aire" a un tercero para entorpecer a quien aparezca como la principal oposición.

Impedir esta situación es prioritario para el justicialismo, ya que representa el único esquema de fuerzas que pone en peligro su hegemonía.

Aclaración final

Los distintos escenarios presentados no pretenden ser más que bosquejos sobre las posibilidades de evolución partidaria en el mediano plazo. En el corto plazo, a pocos meses de las elecciones presidenciales, todo hace indicar que Menem será reelecto sin mayores dificultades. El extraño *ballotage* producto del Pacto de Olivos, que era ya bastante inofensivo al pedir un piso muy bajo (de 40 por ciento) para eludir la segunda vuelta, hoy tras la ratificación de que los votos en blanco no se contarán, pierde cualquier relevancia quedando en claro que su objetivo fue apenas "maquillar" la reelección. Téngase en cuenta que ni aun en su peor elección el menemismo obtuvo menos de 40 por ciento de los votos emitidos "afirmativos" válidos.

Por otro lado para el largo plazo se relativizan las conclusiones al no tenerse en cuenta la dimensión de los conflictos sociales, variable que dado el objetivo central de este trabajo se ha mantenido constante. □

Nota

* El presente artículo es un resumen de la ponencia que con el mismo nombre fue presentada a las "Jornadas sobre política y sociedad en los años del menemismo", Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1994.

Una rápida mirada a los acuerdos y desacuerdos entre liberales y comunitarios

El escenario de la filosofía política ha sido protagonizado, en los últimos años, por un intenso debate entre dos corrientes (aparentemente) muy diferentes: la de los "liberales" y la de los "comunitarios". En lo que sigue voy a ocuparme de sintetizar brevemente los contenidos de dicho debate, tratando de mostrar el por qué de su relevancia y difusión.

Roberto Gargarella

Antes de llevar adelante esta tarea, permítame aclarar en unas líneas qué voy a entender aquí por liberalismo y qué por comunitarismo y cuáles son los antecedentes del debate entre ambas posiciones.

El liberalismo aparece, dentro de la filosofía política contemporánea, como la concepción dominante. Si bien existen, fundamentalmente, una versión más conservadora y otra más igualitaria del liberalismo, lo cierto es que la segunda de tales versiones es la que aparece como más influyente. Inaugurada, básicamente, por el trabajo de John Rawls (*A Theory of Justice*) en 1971, la postura liberal igualitaria (LI) es la que representa, de algún modo, el "punto de reposo" en la filosofía política y a favor o en contra de ella es que se discute en la actualidad.

El LI actual parte, antes que nada, de una postura metodológica individualista. Toma a los individuos como punto de partida y de llegada. La suerte de cada uno de ellos, por separado, es relevante. No se admite que ninguna

persona sea sacrificada (o "tomada como medio") en beneficio de otro u otros. A diferencia de lo que sostendría el liberalismo conservador, el LI afirma que un sistema institucional justo no debe permitir que algún individuo resulte beneficiado o perjudicado, en principio, por hechos de los cuales tal individuo no sea responsable. En este sentido, por ejemplo, considera moralmente inaceptable, que una persona esté condenada a vivir toda su vida en la pobreza, en la enfermedad o en cualquier situación socialmente desventajada, simplemente, porque nació en el contexto de una familia pobre o afectada por algún mal o dotada de menos talento que otro, etc. El LI sostiene, como ideal, el de una sociedad de individuos autónomos, donde cada uno pueda elegir, modificar y llevar adelante el plan de vida que considere más valioso.

El comunitarismo apareció más tarde (sobre todo y como corriente de pensamiento) en la década del 80, reviviendo ideales con honradas raíces históricas. En particular, es claro, reivindican el valor de la vida en comunidad

que, en su opinión, no ha sido adecuadamente reconocido por el liberalismo. Aunque muchos de sus cultores reconocen cierta inspiración marxista, lo cierto es que entre sus filas se alistan miembros de distintos orígenes y los fines revolucionarios marxistas no son, por cierto, los que normalmente guían a los comunitaristas de nuestro tiempo.

Principales críticas del comunitarismo moderno

El debate entre liberales (liberales igualitarios, sobre todo) y comunitarios, reproduce en un cierto sentido un debate muy anterior, sostenido fundamentalmente por Kant y Hegel. En especial, correspondería remontarse a la crítica hegeliana a la idea de autonomía de Kant. Para este último, el concepto de autonomía de Kant, desligado de los deseos humanos contingentes, resultaba vacío, puramente formal, incapaz de dar contenido alguno a la obligación moral. Para el liberalismo de Kant, las obligaciones universales prevalecían sobre las obligaciones más contingentes, derivadas de nuestra vida en una cierta comunidad. Para Hegel, en cambio, la relación debía ser la inversa, ya que la más completa realización de una persona resultaba de su pertenencia a una cierta comunidad.¹ Pero veamos entonces cómo es que parece seguir este debate en la actualidad. ¿Cuáles aparecen como los principales puntos de crítica sostenidos por el comunitarismo moderno? Muy brevemente, enumeraríamos los siguientes.

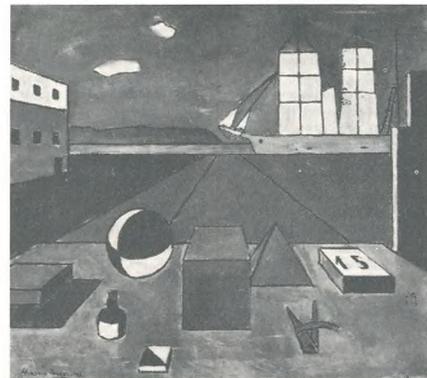
1) Crítica a la concepción liberal de la persona

Resulta un punto importante, dentro de la sintetizada concepción LI, la de que en cada persona el "yo" resulta anterior a sus fines. Esta posición, aparentemente inocua o muy abstracta, representa en verdad un fundamen-

to de vista normativo. Para el LI, cualquier persona es libre de cuestionar y rechazar su pertenencia a cualquier grupo, categoría, entidad o comunidad, ya sea de tipo religiosa, económica, social, sexual, etc. El comunitarismo parece sostener un principio más bien opuesto. Nuestra identidad como personas, al menos en parte, se encuentra definida por nuestra pertenencia a ciertos grupos o comunidades. Según Michael Sandel, una de las principales figuras del comunitarismo, nosotros no elegimos libre y autónomamente nuestros fines, sino que los "descubrimos" a partir de nuestra inserción en ciertas prácticas sociales compartidas.² Para los comunitaristas, la pregunta esencial no es la de quién quiero ser, sino la de quién soy. La identidad de cada uno -según otro importante comunitarista, Charles Taylor- se define en buena medida a partir del conocimiento de dónde me hallo ubicado, cuáles son mis relaciones y mis compromisos: con quiénes y con qué proyectos me siento identificado. Frente a la libertad "vacía" del liberalismo, los comunitarios proponen una libertad "situada", que tome en cuenta nuestro "formar parte" de ciertas prácticas compartidas.³

II) Énfasis en el bien común

La visión LI es habitualmente acusada por autores comunitarios de ser "atomista". En este sentido, los libera-



HORACIO TORRES

Perspectiva, 1947

les aparecerían ignorando que los individuos sólo pueden crecer y autorrealizarse dentro de cierto contexto particular. Para los comunitaristas resulta claro desde un comienzo que los individuos, en verdad, no son autosuficientes, por lo que requieren de la ayuda y del contacto con los demás. O que no son entonces capaces de vivir en el vacío, ya que necesitan de un cierto tipo de ambiente social y cultural. La

historia de nuestras vidas se inscribe dentro de una "narración" mayor, que es la historia de nuestra comunidad, por lo que no podemos llevar adelante nuestra existencia desconociendo que formamos parte de esa "narración".⁴ Por partir de los presupuestos de los que parten, los liberales habrían aparecido poniendo un excesivo énfasis en los derechos individuales. Para los comunitarios, esta actitud es errónea, ya que una sociedad preocupada por la autorrealización de sus miembros debería poner el énfasis, en cambio, en el bien común.

El bien común por el que abogan los comunitaristas, "más que ajustarse al parámetro de las preferencias individuales, provee el standard a partir del cual tales preferencias son evaluadas". Tales preferencias individuales, entonces, deben ser sopesadas en relación con su conformidad o contribución al bien de la colectividad.⁵ Cada comunidad tiene su propia "forma de vida" frente a la que el Estado no debe ser indiferente. El Estado no puede actuar como si todos los modos de vida que se desarrollasen en su seno fuesen idénticos. El Estado no es ni debe ser

PUNTO DE VISTA

Nº50 - NOVIEMBRE DE 1994

Política y pensamiento crítico: de Malvinas al Frente Grande / Ciudad de los negocios / Psicoanálisis y liberalismo / Atentado en la AMIA / Nacionalismo y liberalismo / ideas, libros y fútbol / El cine de Lindsay Anderson / Reportaje inédito a Barthes

"neutral". Pero esta observación merece ser considerada por separado.

III) Rechazo de la "neutralidad" estatal

Para el LI parece un punto central el de que el Estado sea "neutral" frente a las distintas concepciones del bien que aparezcan dentro de una determinada comunidad. Para el LI, ninguna persona debe ser privada de derechos o de recursos (o beneficiada con ellos), simplemente a partir del mérito o demérito del estilo de vida que haya elegido (y en tanto tal estilo de vida sea compatible con algunos, muy básicos, principios de justicia). Si una persona elige ser mahometano en vez de católico; homosexual en vez de heterosexual; conservador en vez de progresista; aséptica en vez de consumista, etc.; todo ello debe ser indiferente para el Estado liberal. El Estado liberal debe ser ciego al modo de vida por el que cada uno haya optado.

Los comunitaristas, en buena medida, rechazan estas sugerencias del LI. Para ellos, el Estado debe ser esencialmente un Estado activista, comprometido con ciertos planes de vida y promotor de ellos. Este "compromiso" estatal, según veremos, reconoce alcances notables. Así, por ejemplo, el Estado debe desalentar ideales personales menos plausibles, para alentar otros, más valiosos. Debe promover un ambiente cultural rico, mejorando la cualidad de las opciones de los individuos.⁶ Debe favorecer las oportunidades de discusión pública; crear foros de debate; proveer información. Debe, finalmente, contribuir a que los individuos se identifiquen con ciertas formas de vida comunes, ya que cuando no llegan a hacerlo los individuos terminan enfrentándose entre sí y quitándose la legitimidad al Estado (y éste parece ser, sin lugar a dudas, el mal propio de las sociedades modernas).⁷

IV) Una concepción diferente de la justicia

Liberales y comunitaristas difieren, radicalmente, en cuanto a la concepción de la justicia que defienden. Aunque esta diferencia ya se vio implícita en los puntos anteriores, es importante asignarle un lugar especial, dada la relevancia que muchos comunitaristas le otorgan. De todos modos conviene anticipar que aunque todos los comunitaristas se enfrentan al LI en este punto, casi todos ellos (internamente) difieren en cuanto a qué concepción de la justicia apoyar. En lo que sigue voy a referirme sólo a dos de entre las más salientes.

Para un liberal igualitario como John Rawls, la justicia es la "primera virtud de las instituciones sociales". Para algunos autores comunitaristas, como Michael Sandel, la justicia es sólo una virtud "remedial". La justicia aparece, simplemente, porque no se permite (o no se favorece) el desarrollo de otras virtudes más espontáneas, más ligadas a valores como la fraternidad o la solidaridad. Según Sandel, en una familia, por ejemplo, no es necesario ningún principio de justicia. Sus miembros poseen los necesarios "entendimientos compartidos". Saben cómo resolver sus conflictos internos sin la necesidad de "árbitros" o de controles externos. La idea de comunidad, en este caso, reemplaza a la idea de justicia.⁸

Para otros comunitaristas, en cambio, el problema se plantea de modo diferente. Las ideas de justicia y comunidad pueden ser compatibles; sin embargo, debe dársele a la justicia un contenido diferente al que hoy se le otorga. Hoy, la justicia se basa en principios universales, abstractos, ahistoricos. Contra esta realidad, la justicia debería nutrir su contenido de nuestras prácticas comunes, ya que no nos es posible salirnos de nuestra propia realidad, en busca de aquellos principios ideales. En la versión de la justicia defendida por estos autores comunitaristas, cada comunidad evalúa sus bienes sociales de manera diferente y la justicia aparece en la medida en que esas evaluaciones tienen relevancia y son las que dominan las distribuciones

de derechos y de recursos que la sociedad en cuestión lleva a cabo.⁹

¿Qué tomó y qué rechazó el liberalismo del debate comunitarista?

Las posturas comunitaristas impactaron decisivamente en el pensamiento de los más renombrados autores liberales. Sin embargo, este impacto tuvo muy variados matices. En algunos casos se dio una aceptación de puntos que, previamente, parecían no ser aceptados. En otros, simplemente, se dejó en claro que el LI, bien entendido, no implicaba la negación de principios como los propuestos por los comunitaristas. De cualquier manera, en muchos casos, los liberales conservaron sus posturas más ortodoxas, descalificando las inaceptables implicaciones de muchas de las más típicas demandas comunitaristas. Veamos, por partes, estas diversas reacciones del LI.

I) Aspectos nuevos

A partir de la "carga" comunitarista, los liberales han tendido a presentar sus concepciones de otro modo. En particular han acentuado rasgos "relativistas" que antes posiblemente hubieran rechazado. El caso más claro, en este sentido, es el de Rawls. De unos años a esta parte su teoría de la justicia como equidad aparece constreñida a particulares sociedades, caracterizadas por una cultura democrática pública. Esto es, la teoría de la justicia ya no se muestra como válida para todas las sociedades, en cualquier tiempo. La misión de la filosofía, dentro de dicho contexto, aparece como una misión práctica y no epistemológica, ya que viene a resolver conflictos propios de sociedades caracterizadas por el "hecho del pluralismo". La justificación de los principios de justicia, además, resulta conectada con la particular concepción de la persona y de la cooperación social que distinguen a la sociedad en cuestión.¹⁰ Este tipo de cambios, cada vez más obvios en Rawls, se reprodujeron de modo muy similar en otros clásicos representantes del LI.¹¹

II) Aspectos reconocidos como propios

En muchas ocasiones (si no en casi todas) los liberales negaron la pertinencia de las objeciones comunitaristas. Sostuvieron, en estos casos, que sus propias teorías de ningún modo negaban aquello que los comunitaristas los acusaban de negar. Para dar algunos ejemplos al respecto, podría mencionar los siguientes. La mayoría de los autores liberales entendieron siempre que la neutralidad por ellos propuesta era compatible con el activismo estatal. Típicamente, los liberales siempre aceptaron que los derechos de los individuos podían violarse por acciones o por omisiones. Esto es, por tomar medidas que no debían haberse tomado (sancionar a quien no merecía una determinada sanción), o por no tomar medidas que sí correspondía tomar (no proveer de recursos a quien los necesitaba). Cuando los LI afirman que es una arbitraria moral que una persona cargue con perjuicios de los que no es responsable, están diciendo justamente eso: un Estado justo debe impedir que algunos de sus miembros sufran por el solo hecho de haber sido

desfavorecidos en la "lotería natural." Por este tipo de razones, no es de extrañar que la mayoría de los LI defiendan un Estado ampliamente intervencionista.¹² Más radicalmente aún, ha sido habitual en autores tan distintivamente liberales como Dworkin, el apoyo a medidas tan activistas como la de discriminación inversa; o, aún (y cada vez más) la de proteger una cierta estructura cultural.¹³

III) Aspectos en que el liberalismo no es flexible

Finalmente, existen una multiplicidad de puntos que muestran los "núcleos duros" del LI. En estos casos, que son varios y de una extraordinaria importancia filosófica, el LI se muestra a la ofensiva y resulta difícilmente rebatible. Para referirme sólo a algunos de estos casos, citaré los siguientes.

El LI mantiene su respeto a todas las diversas concepciones del bien que resulten compatibles con ciertos básicos principios de justicia. Nadie debe ser privado de la posibilidad de desarrollarse en sus creencias, por más que éstas disgusten a muchos de sus congéneres o afecten "el estilo de vida" de una determinada comunidad. El comunitarismo, según vimos, rechaza esta posibilidad. Para él, existen ciertas concepciones del bien que son mejores que otras, por lo cual no le resulta inaceptable, finalmente, terminar imponiendo o prohibiendo ciertos ideales de vida. De allí que no cause sorpresa, por ejemplo, que algunos de sus representantes promuevan la censura de la pornografía en nombre de la moral predominante en la sociedad.¹⁴ En sentido similar (aunque ésta sea una discusión ya cansada dentro de la filosofía), el relativismo que caracteriza a los comunitaristas les impide tomar una posición cuestionadora aun frente a hechos tan aberrantes como la esclavitud o el sistema de castas.¹⁵

El LI afirma como fundamental el principio de "separabilidad de las personas". En su nombre condena todas aquellas políticas que puedan llevarnos a sacrificar a algunos miembros de la sociedad en beneficio de cualquier supuesto "bien común". Este principio

Ada Korn Editora

¿Por qué ningún creyente creó el psicoanálisis?
¿Por qué hubo que esperar a un judío sin dios?

Peter Gay, uno de los más distinguidos historiadores de la cultura, se propone contestar estos interrogantes y expone el pensamiento del propio Freud sobre la relación entre psicoanálisis y religión.

UN JUDIO SIN DIOS

Freud, el ateísmo y la construcción del psicoanálisis

de

PETER GAY

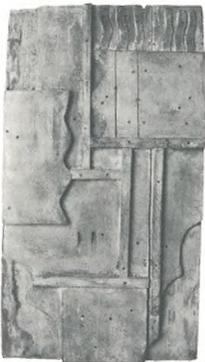


Uruguay 651 8° H

Buenos Aires



JOSÉ GURVICH. Composición constructiva, 1962



HORACIO TORRES Estructura de madera, 1956

no parece sostenido por el comunitarismo y de allí que éste no resulte incompatible con políticas violatorias de derechos individuales.

El L, en su visión crítica de la realidad, rechaza ciertas versiones "ingenuas" de la historia, que parecen implícitas en los autores comunitarios. Por ejemplo, la visión romántica según la cual, antes de la "civilización" las relaciones humanas eran cooperativas y armónicas. Una postura más crítica nos debe llevar a ver, por ejemplo, que dichas prácticas (que el comunitarismo suele idealizar) se distinguían en muchos casos por la violencia y la explotación.

El LI reafirma el valor de los individuos ejián y modifiquen sus planes de vida. Y reafirma tal ideal, a pesar de que ello no sea lo que habitualmente ocurra en nuestra práctica cotidiana. El comunitarismo, partiendo de descripciones obvias ("nuestras elecciones se muestran influidas por el contexto en que vivimos") parece llegar a prescripciones injustificables ("nuestras elecciones deben ser influidas por el contexto en que vivimos"). En este sentido, es pertinente la crítica

de liberales como Amy Gutman, señalando que "así como los viejos comunitaristas miraban a Marx, y su deseo de rehacer al mundo, los nuevos comunitaristas miran a Hegel y su deseo de reconciliar a la gente con su mundo".¹⁶ □

Notas

¹ Véase, en este sentido, Carlos Nino, *The Ethics of Human Rights*, Oxford University Press, 1991.

² Michael Sandel, *Liberalism and the Limits of Justice*, Cambridge University Press, 1982. También, Alasdair MacIntyre, *Whose Justice? Which Rationality?*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1988.

³ Charles Taylor, *Sources of the Self - A Cambridge University Press, 1990; y Hegel and Modern Society*, Cambridge University Press, 1979.

⁴ Alasdair MacIntyre, *After Virtue*, Duckworth, Londres, 1981.

⁵ Un análisis de esta posición, en Will Kimlicka, *Contemporary Political Philosophy*, Clarendon Press, Oxford, 1990, p.206; y *Liberalism, Community, and Culture*, Oxford University Press, 1989.

⁶ Véase, por ejemplo, Joseph Raz, *The Morality of Freedom*, Oxford University Press, 1986.

⁷ De todos modos, debe notarse que Raz, a diferencia de otros comunitarios, sólo sostiene que el Estado debe promover una pluralidad de opciones, para contribuir a una mayor autonomía individual. Autores comunitaristas más definidos, en cambio, se pronuncian en favor de que el Estado promueva ciertos planes de vida sustantivos. Un excelente análisis de la posición de Raz, en Stephen Mulhall y Adam Swift, *Liberalism and Communitarianism*, Blackwell, Oxford University Press, 1993.

⁸ En este sentido, especialmente, véase William Kymlicka, *Contemporary...*, op. cit.

⁹ Michael Sandel, *Liberalism...*, op. cit.

¹⁰ Para Michael Walzer, quien defiende esta última concepción, nuestra sociedad re-

queriría un sistema (que él denomina de "igualdad compleja", basado en los valores que son propios a nuestra historia y a nuestra cultura. De acuerdo con dicho sistema, "diferentes bienes sociales deben ser distribuidos por diferentes razones, de acuerdo con diferentes procedimientos y por diferentes agentes y todas estas diferencias derivan de los diferentes entendimientos que tenemos respecto de cada bien social -son el inevitable producto de un relativismo cultural e histórico". Michael

Walzer, *Spheres of Justice*, Basic Books, Nueva York, 1983, p.6. Para dar un ejemplo, hoy por hoy, las desigualdades que se derivan de la esfera "riqueza" se infiltran y afectan a todas las restantes esferas de la sociedad (la salud, la educación, etc.). En una sociedad justa, las distribuciones en el área de la salud deberían estar guiadas por las afecciones de los pacientes, en la educación por las necesidades de los educandos, etc.

¹¹ Estas ideas, en Carlos Nino, *Ethics...*, op. cit.

¹² Véase, en particular, John Rawls, *Political Liberalism*, Columbia University Press, 1993; Thomas Nagel, "Moral Conflict and Political Legitimacy", en *Philosophy and Public Affairs*, verano de 1987, vol. 16, N°3; Ronald Dworkin, *What's an Empire*, Harvard University Press, 1986; y "Liberal Community", *California Law Review*, 1989, 77:3: 479-504.

¹³ Casos especialmente notables, por ejemplo, *Cass Sunstein*, *After the Rights Revolution: Reconciling the Regulatory State*, Harvard University Press, 1990; Frank Michelman, "On Protecting the Poor through the Fourteenth Amendment", *83 Harvard Law Review*, 7, 1969.

¹⁴ Véase, por ejemplo, Ronald Dworkin, *A Matter of Principle*, Harvard University Press, 1985.

¹⁵ Véase, por ejemplo, Michael Sandel, "Morality and the Liberal Ideal", *New Republic*, 7, mayo de 1984.

¹⁶ Véase, por ejemplo, Michael Walzer, *Spheres...*, op. cit.

¹⁷ Amy Gutman, "Communitarian critics of Liberalism", *Philosophy and Public Affairs*, 14 (1985), p.308-22.

Ezequiel Martínez Estrada El francotirador anacrónico

Su visión de la patria fue melancólica: los hechos ulteriores la confirman.

Jorge Luis Borges

Horacio Crespo

Al morir, Martínez Estrada se sabía denostado por muchos. Poor aun, le dolía la infidencia, el vacío creciente en torno de sí. Sólo diez años atrás las lecturas de su obra propuestas por la izquierda intelectual de *Contorno* (1954) y por los más moderados de *Ciudad* (1955) habían establecido lo que David Viñas señala como el "apogeo" de su influencia. Era "no sólo el centro de la escena intelectual sino el referente mayor e ineludible tanto para las devociones como rechazos [...] todo se definía por su pro o su contra". Fiel a sí mismo, don Ezequiel sin embargo rompe amarras, "puede gozar contemplando el humo de sus propias naves".¹

Se interna en un sendero en el que es único caminante. Exacerba su anatema ético, sus admoniciones de Casandra, su orgullosa convicción de "profeta en el desierto".² Fustiga con voz airada al peripetismo -en el que veía la consumación de la decadencia argentina- pero también lo que creyó demagogia concensiva de los gobiernos de la "libertadora" y de Frondizi. En 1959 viaja a México, inicia así una latinoamericanización que lo llevaría finalmente a Cuba y a la asunción del sueño utópico del Che Guevara y de un antiperipetismo no exento tampoco de tonos esperanzados y apocalípticos.

La desmesura de su ira, la iracundia de su profetismo, la insomniable expresión de sus verdades, crispó en estos últimos años el malestar que desde 1933 sembraba el *establishment* de la ampliosa cultura oficial y entre sus amigos de *Sur* (con los que romperá

definitivamente en 1960 en una polémica sobre Cuba) y también creó zozobra en los participantes de la izquierda gregaria -sus nuevos interlocutores- que sentían su inconformismo *tout azimut* como una recusación de sus ilusiones y como un reproche a sus silencios culpables. Desconcerto de tiritos y troyanos. Definitivo deslizamiento de este heterodoxo, incorregible e incómodo disonante frente a la complacencia de cualquier signo, a un fuera de lugar previsible, topos necesario del intelectual en el que la crítica se ejerce como cuerda tensada por la utopía.³ Luego, la melancolía del "exilio interior" definitivo y el exilio, en Bahía Blanca, en los confines sureños de la Trapalanda pampeana.

Sacrificio y paradoja

Hoy no podríamos transcribir que el tiempo transcurredo le haya acercado gloria -que espera no al pequetec-, "no espera nada, ni la gloria", afirma, en un corto escrito autobiográfico en tercera persona que precede a *¿Qué es esto?*, ni apenas indulgencia: permanece suspendido entre el purgatorio del semiolvido y el limbo del retórico conocimiento. Si suscita alguna inquietud académica es poca cosa para su verdadera ambición. Su prosa buscaba otro destino: sacudir la conciencia adormecida de su pueblo, "introducir un fermento desorganizador en la masa inerte de la rutina del rebaño".⁴ Se podría apelar a una disculpa epocal, a la radical ineptitud del pobre tiempo presente para confrontar la densidad de su obra. Quizás, y esto es más desolador, su

fracaso se sitúe más allá del de la pura gestualidad con lo que signó Sebrelli. Puede que su "rebeldía inútil" -con dimensión sacrificial y dejo paradójico-, invite a constatar al fin lo certero de su tesis fundamental: los espectros de este país que los "civilizadores" -Sarmiento por antonomasia, él mismo- habían querido conjurar, reaparecen: la "realidad profunda" se obtiene en tomarnos reiteradamente por asalto y la apelación final de *Radiografía...* de "vivir unidos en salud" cede frente a la barbarie que todo lo corroe, erosiona y desvanece en un solo remolino de polvo y de miedos.

La sombra de Alberdi

Hay que subrayarlo: *Radiografía de la pampay el conjunto* que articula -El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson (1951), pensado por Martínez Estrada como prólogo de su ensayo de 1933, y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948), trilogía que "es un estudio etimológico, histórico y antropológico de la República Argentina en su complejidad institucional",⁵ complementada por *La Cabeza de Goliath* (1940) y el *Sarmiento* (1947)- nos devuelve en su relectura la lucidez mayor alcanzada por el pensamiento sociológico argentino. Libro fundacional, *Radiografía...* sólo admite parangón con sus iguales: el *Dogma Socialista*, las *Bases* y, por sobre todo, *Facundo*. Como este último sustenta su eficacia no sobre la rigurosidad de saberes positivos sino en la hazaña de escritura que supuso, en su lenguaje, en fin, en su



NUEVA SOCIEDAD

Director: Heldulf Schmidt

Jefe de Redacción: S. Cheffec

SUSCRIPCIONES

(Incluido flete aéreo)
América latina
Resto del mundo
Venezuela

ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
US\$ 50	US\$ 85
US\$ 80	US\$ 140
Bs. 1.500	Bs. 3.500

PAGOS: Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61712-Chacao-Caracas 1060-A, Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

poder literario. Y también, en el contexto dilatado de una obra inmensa, como la de Sarmiento, cumple papel similar al desempeñado por *Facundo* en el del sanjuanino, el de áncora y brújula de todo el resto.

Martínez Estrada fue un lector omnívoro y sistemático, una encarnación de la razón canbal que devora la cultura de Occidente desde la marginalidad oblicua del adentro y del afuera, definida imaginativamente por Haroldo de Campos como la actitud basal de la gran ensayística latinoamericana. Es insoslayable señalar la desesperanzada influencia que ejerció sobre él Oswald Spengler y la complejidad de su bibliotecología y su protética combinatoria -que destila el orden y concierto de un auténtico autodidacta- resulta fascinante. Mencionemos algunas presencias: Nietzsche, Marx y Freud; Simmel y Scheler; Boas y Kroeber; Montaigne, Pestalozzi, el gran anarquista Eliseo Recusa, Ortega y Gasset, Waldo Frank y ese habitante de la picaresca intelectual que fue Hermann Keyserling no estuvieron ajenos a la conformación de sus iniciales ideas sobre el país; tampoco la imponente y definitoria figura de Lugones.

Inventario heterogéneo, pero con un Norte. La implacable recusación del positivismo es el verdadero leitmotiv de toda la obra de Martínez

Estrada, estructurada sobre el desplazamiento de la concepción de progreso y su concurrenente cuota de optimismo del lugar central que ocupaban en el pensamiento argentino para ser remplazado por la angustiada búsqueda de identidad signada por el desarraigo del mestizaje y la inmigración y el implacable acoso de la soledad. Su reflexión sobre la Argentina se inscribe en el paradigma sarmientino de lucha entre civilización y barbarie y sobre el contrapunto fundacional de dos pensamientos, estilos y acción: Sarmiento y Alberdi. Allí está el manto de Penélope que bordan en sucesivas generaciones los que se aquejan por este país.

La idea central de Martínez Estrada, planteada en el apartado final de *Radiografía...*, es que Sarmiento -auténtico héroe intelectual- no sólo fracasó porque la tarea de civilizador de estas latitudes era un exceso; fracasó porque estaba profundamente equivocado, porque no comprendió que civilización y barbarie eran una misma cosa, imágenes articuladas de una única realidad, "fuerzas centrifugas y centrípetas de un sistema en equilibrio". Urquiza usaba galera y la divisa punzó; "se llegó a hablar francés e inglés; a usar frac; pero el gaucho está debajo de la camisa de plancha".⁶ Aquí, Martínez Estrada subraya su filiación

con una idea capital de Alberdi: las formas de lo europeo, signos de civilización, sólo recubrían pobremente la sustancial barbarie subyacente, eran cosmética, apariencia, parodia. Con ella hay que convivir "aceptarla con valor, para que deje de perturbaros". Un pacto de convivencia de la aceptación de lo que realmente somos, esa es la lección final de *Radiografía...*, no muchas veces destacada y que contiene una saludable, elegante y resignada lección de ironía y escepticismo histórico y vital.

Esta imagen es contrastante con la de misántropo hipercrítico, grilón solitario, monje admonitorio que se fue elaborando sobre Martínez Estrada, a veces con su complicidad no tan involuntaria. El mismo trazó su perfil: "me recluté en las filas de los francotiradores anacrónicos de Sarmiento, que de ese modo extraño vino a capitalizarnos a los bárbaros".⁷ El exacto fuera de lugar del pensamiento crítico: doble exilio, del poder y sus tentaciones, y del presente, al que se recusa para modificarlo o, más modestamente, para testificarlo, manera más subrepticia de hacerlo. Un anacronismo estructural. □

Notas

¹ David Viñas, "Martínez Estrada, de Radiografía de la pampa hacia el Caribe", en E. Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, edición crítica, Leo Pollmann coordinador, Colección Archivos, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993, pp.411-412, 421.

² Calificación acuñada por Peter G. Earle, *Prophet in the Wilderness: The Works of Ezequiel Martínez Estrada*, University of the Texas Press, Austin, 1971.

³ David Viñas, *op.cit.*, p.422.

⁴ E. Martínez Estrada, *En torno a Kafka y otros ensayos*, Seix Barral, Barcelona, 1967, p.168.

⁵ E. Martínez Estrada, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, II, p.439.

⁶ E. Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, p.253.

⁷ E. Martínez Estrada, Para una revisión de las letras argentinas, Losada, Buenos Aires, p.165. La cita y el subrayado pertenecen a Dinko Cvitanovic, "Radiografía de la pampa en la historia personal de Martínez Estrada", en la edición de *Radiografía...* citada, p.333.

Club de Cultura Socialista "José Aricó"

Encuentros internacionales

Dentro de sus actividades regulares, el Club de Cultura Socialista suele organizar reuniones de alcance internacional, para el análisis y debate de las cuestiones más salientes de la agenda del pensamiento de la izquierda democrática y el progresismo en general.

En ese marco es interesante destacar, tanto el seminario llevado a cabo en el mes de agosto de este año para debatir acerca de las teorías de la modernización, cuanto el encuentro internacional programado para el próximo mes de abril, en el que se tratará la vinculación entre izquierda democrática y gobernabilidad.

Revisando las teorías de la modernización

Los días 18 y 19 de agosto de 1994 el Club de Cultura Socialista "José Aricó", con el auspicio de la Fundación Friedrich Ebert y la Fundación Jean Jaures realizó un importante evento político cultural que convocó a destacados intelectuales y especialistas de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay alrededor del tema "Revisando las teorías de la modernización".

El seminario se organizó en torno a tres ejes básicos, Economía, Sociedad y política y Cultura, llevándose a cabo, finalmente, un plenario de cierre, en el que se integraron las conclusiones centrales de los debates particulares.

La nómina de participantes es la siguiente:

Economía

- Expositor: Adolfo Canitrot (Instituto Di Tella)
- Comentarista: Pablo Gerchunoff (Instituto Di Tella)

• Moderador y relator: Ricardo Mazzorin (Club de Cultura Socialista)

- Panelistas: Jorge Schwarzer (CISEA); Choyo Ortiz (Fundación Andina); Ricardo Barbeito (Fundación Karakachoff); Pablo Bustos (Fundación Ebert); Peter Gay (Fundación Ebert); Bernardo Koscoff (CEPAL, Argentina); Aldo Ferrer (UBA).

Sociedad y política

- Expositor: Enzo Faletto (CEPAL, Chile)
- Comentarista: Juan Carlos Torre (Instituto Di Tella)

• Expositor: Francisco Weffort (Universidad de San Pablo, Brasil)

- Comentarista: Franco Castiglioni (UBA - Club de Cultura Socialista)

• Moderadora y relatora: Hilda Sabato (UBA - Club de Cultura Socialista)

- Panelistas: Claudia Hilb (UBA - Club de Cultura Socialista); José Nun (CLADE - Fundación Banco Patricios); Hugo Quiroga (Universidad de Rosario); Ricardo Sidicaro (UBA); Enrique Oteiza (UBA); Laura Goldberg (UBA - Club de Cultura Socialista); Ruth Sautu (UBA); Jorge Tula (Club de Cultura Socialista); Miguel Murnis (Sociólogo); Isidoro Cheresky (UBA - Club de Cultura Socialista)

Cultura

• Expositor: Oscar Terán (UBA - Club de Cultura Socialista)

• Comentarista: Rodrigo Aroena (Universidad de Montevideo, Uruguay)

• Moderadora y relatora: Alicia Azubel (UBA - Club de Cultura Socialista)

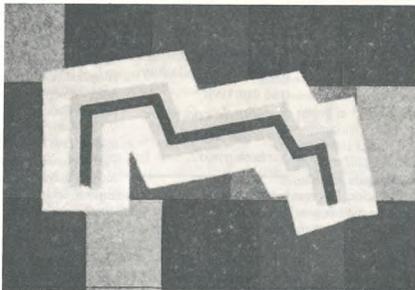
- Panelistas: Horacio González (UBA); Eduardo Grinner (UBA); Carlos Altamirano (UBA - Club de Cultura Socialista); Jorge Irujo (UBA - Club de Cultura Socialista); Emilio de Ipola (UBA - Club de Cultura Socialista); María Teresa Granugliu (UBA - Club de Cultura Socialista); Francisco Lienerr (UBA)

Las actividades se desarrollaron en la sede de la Fundación Banco Patricios, Callao 312, cerrando en la sede del Club.

Izquierda democrática y gobernabilidad

Con la participación de destacadas figuras del pensamiento progresista de Argentina, América latina y Europa, los días 6 y 7 de abril próximo se llevará a cabo el Encuentro Internacional "Izquierda democrática y gobernabilidad", organizado por el Club de Cultura Socialista "José Aricó", con el auspicio de la Fundación Friedrich Ebert

El Club de Cultura Socialista desarrolla sus actividades entre los meses de marzo y diciembre. En ese período lleva adelante reuniones abiertas al público, todos los viernes, a las 20, en la sede de la calle Bartolomé Mitre 2094, piso 1°.



LIBROS

Radiografía de la indigencia

Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina. Beatriz Sarlo. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1994.

Estamos en el mejor de los mundos posibles? No exagero si afirmo que esta pregunta resuena como un eco, entre irónico y perentorio, en cada final de frase, en cada capítulo, en cada final de libro. Y en cada final de frase resuena también, pero esta vez con inflexión asertiva aunque no menos perentoria, una respuesta negativa a esa pregunta. Pero, claro, siempre y cuando los mundos posibles presu-puestos en la interrogación no sean manufactura exclusiva de la imaginación de la *Realpolitik*. De ser así, la pregunta misma será desarmada en el siguiente sentido: ¿es posible saber cuál es el límite de lo posible? y, en caso de que eso fuera posible, ¿cómo estar segu-

los decorados del escenario comienzan a tambalearse frente a la falta de respuesta a los interrogantes planteados. En este punto, la posmodernidad muestra, como suele decirse, la hilacha y la actitud de los intelectuales que la celebran su carácter prematuro, cuando no cínico.

Es preciso decirlo, entonces. En principio, *Escenas de la vida posmoderna...* es un ensayo sobre la condición de los intelectuales y la crítica en el fin de siglo. Si se permite, empieza en el último capítulo, titulado precisamente "Intelectuales", y termina en el primero.

Heterogéneo en su composición, está armado a partir de pequeños relatos o microficciones que disparan y organizan los problemas que aborda. De un temperamento sorprendente intempestivo, es un libro que se coloca críticamente frente a la temperatura ideológica característica de este fin de siglo: un extendido, y por momentos inmoderado relativismo político, cultural, moral y epistemológico, y una no menos extendida desconfianza hacia la figura del intelectual. Por cierto, el gesto intempestivo no desconoce las razones que abonan y justifican esa temperatura. Más bien, es con esas mismas razones y

sus valores que la autora pone a prueba sobre el terreno a posibilidad de su cumplimiento. "La Argentina vive el clima de lo que se llama 'posmodernidad' en el marco paradójico de una nación fracturada y empobrecida" escribe la autora en la introducción. Veinte horas de televisión diaria, por cincuenta canales, y una escuela desarmada, sin prestigio simbólico ni recursos materiales. Paisajes urbanos trazados según el último design del mercado internacional, y servicios urbanos en estado crítico".

Formulado este diagnóstico de una posmodernidad bien cercana a la indigencia, el análisis se centra especialmente en tres espacios: el de los medios audiovisuales y su mercado; el de las artes denominadas culturas populares y el del arte y la cultura "cultura".

Respecto del primero, el examen que la autora efectúa de la vi-

deocultura reconoce un primer antecedente en un artículo suyo "La teoría como chatarra. Tesis de Oscar Landi sobre la televisión", aparecido en la revista *Punto de Vista*, N° 44, de 1992. Esa nota, en la que Sarlo sometía a un duro escrutinio las tesis centrales de Oscar Landi sobre la televisión, prefigura gran parte de la argumentación de este apartado. El centro de su crítica reside en la actitud acritica y celebratoria que toma Landi respecto al fenómeno de la TV, objeto presumiblemente democratizador de la cultura, y el excesivo y descuidado énfasis que ponía en las consecuencias, en cierto modo emancipatorias, del fenómeno. Sobre ambas cuestiones Sarlo erigía una serbie de razones que minaban el optimismo landiano y trazaban un campo de problemas lo suficientemente extenso como para volverlo preocupante.

En principio, hasta

qué punto es aceptable la idea de la democratización de los bienes simbólicos protagonizada por la videocultura si es el mercado el que organiza, distribuye y pauta el acceso a los mismos. ¿Que eso no interesa porque el fin de cuentas, no exige ninguna credencial específica? Claro, salvo la posesión de una cierta cantidad de dinero. En eso está gran parte del problema, pero, y sobre todo, argumenta Sarlo, es el desigual equipamiento simbólico y cultural con el que nos apropiamos de los bienes de la videocultura misma. Habrá que repetir: el mercado no es el lugar del igualitarismo democrático ni del pluralismo ideológico a pesar de las afirmaciones más corrientes en su contrario. Máximo si se tiene en cuenta que la consolidación del mercado como nuevo espacio de regulación de la vida social corre en forma paralela al creciente debilitamiento de la implantación del relativismo valorativo, que coincide con la expansión y hegemonía

del mercado en materia de bienes culturales. Nuevos jueces, entonces, y nuevas fuentes de legitimación de los valores estéticos. Habrá que ver, se pregunta la autora, más incrédula que esperanzada, si la producción cultural de estas nuevas autoridades estará a la altura de las de la vanguardia y si practicarán con consecuencia el relativismo que dicen profesar.

Por último, la reivindicación del arte y la cultura "cultura" que hacia el final la autora ensaya con los recaudos necesarios como para no repetir el prejuicio elitista, se funda en una convicción que contrasta con las definiciones amplias de cultura en el sentido siguiente: si bien todas las prácticas culturales, desde las culinarias hasta las deportivas, son respetables y legítimas, no menos cierto es que no todas las manifestaciones culturales son iguales. El arte es el discurso más densamente semántico de la sociedad, define, por estar atravesado por dos vectores constitutivos de lo humano: el de la temporalidad y por tanto, el de la muerte, y el del erotismo. Por tal motivo, encuentra necesario incorporar el arte al debate de la cultura, porque el hecho de que los valores sean relativos a las sociedades, concluye, no las exime de saber cuáles son esos valores para cada una de ellas.

Ensayos sobre un debate contemporáneo

América latina en la última década. Repensando la transición a la democracia. Julio Pinto (comp.) Ciclo Básico Común. Oficina de Publicaciones de la UBA, Buenos Aires, 1994.

Del neoliberalismo y del neconservadismo se habla y se escribe frecuentemente sin tener una clara idea de qué significan ambos términos. Se los utiliza en clave ideológica y se los apila en la amplia categoría de aquello que hay que combatir. Algo parecido ocurre con la consolidación democrática, un proceso que para algunos parecería de fácil conceptualización, no obstante sus generalizaciones pierdan energía explicativa ni bien se topan con los problemas sociales y políticos que intentan interpretar.

Para dilucidar estos conceptos, enriquecerlos y enraizarlos en la experiencia histórica argentina, Julio Pinto y un núcleo de jóvenes politólogos de la UBA (Santiago Leiras, Sofía Respuela, Juan Manuel Abal Medina, Matías Barrotaeva, Miguel

De Luca, Andrés Malamud, Gerardo Strada Sforza y Elsa Hendroz) se han tomado el trabajo de reflexionar y escribir.

Aunque sin formularlos explícitamente, nuestros autores buscan responder a las grandes preguntas de la última década en América Latina, con una mirada especial puesta sobre la Argentina: ¿pueden sobrevivir y desarrollarse las nuevas democracias con procesos de liberalización económica y fuerte fragmentación social? Es decir, ¿pueden ir de la mano el neoliberalismo con la democracia participativa? ¿No será, acaso, que estamos asistiendo a una degradación de la democracia y que ésta sólo se sostiene por falta de alternativas (by default)? Así también: la democracia, las instituciones, los partidos políticos, ¿pueden ha-

NO ESTAMOS
FRANJE UNIVERSITARIOS

Director: Alfredo Bravo

Todos los meses, información y análisis sobre el país y el mundo desde una perspectiva de izquierda democrática.

Suscripción anual (12 números) \$ 36.-
 Casilla de Correo 188, Sucursal 1, Capital Federal,
 Tel.: 954-1113 int. 3337.

NOMBRES
REVISTA DE FILOSOFIA

Publicación del área de Filosofía
del Centro de Investigaciones
de la Facultad de
Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

PROMETEO
LIBROS

Corrientes 1916
(1045) Buenos Aires
Tel./Fax 953-1165

Alejandro Blanco

LETRA
INTERNACIONAL

Directores:
Luis Goytisolo y Antonín J. Liehm

Redacción y administración:
Monte Esquinza, 30. (28010) Madrid

Espacios

de crítica y producción

PUBLICACION DE LA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS - UBA

Comité de Redacción:
Jorge Dotti, José Szabon,
Gladys Palau y Pablo Gentili
Secretario de Redacción:
Carlos Dámazo Martínez

cer frente a la creciente personalización de la política que en algunos contextos se asocia a gobiernos decisionistas que rayan con el autoritarismo? ¿Es este decisionismo producto de la urgencia por aplicar reformas económicas liberales o es el resultado de un legado cultural, de una forma de hacer política no demo-

crática, movimientista, o es, tal vez, el producto de ambas razones combinadas?

En el libro las respuestas tentativas no faltan. Pinto, desde una perspectiva más global, describe exhaustivamente los orígenes del neoliberalismo y del neoconservadurismo, que nace en el mundo occidental como reac-

ción a la crisis del Estado del bienestar y del keynesianismo; en América latina el neoliberalismo sigue al estancamiento económico, a la crisis fiscal del Estado, a los procesos autoritarios de los años 70. Estos procesos toman fuerza en plena democratización. Y, en Argentina, particularmente, subraya Pinto, se dan bajo un gobierno peronista (menemista) que logra mantener su consenso electoral inalterado, no obstante el peronismo haya "sacrificado la coalición redistribucionista" en favor de la alianza con los grandes capitales nacionales e internacionales. Siguiendo a Abal Medina y Barroetafaveña, que explican por qué a la burguesía no le interesa más su vieja socie-

dad con los golpes de Estado, se podría decir tal vez forzando la conclusión de los autores que el justicialismo es la fuerza política que mejor puede garantizar la nueva "opción democrática" del capitalismo. Pero ¿no es osado afirmar que las democracias ya no caerán? ¿O, tal vez, tujimorazo mediante, se pueda hipotizar que ciertos sistemas políticos y ciertas fórmulas institucionales pueden dificultar más que otras las salidas autoritarias? En este sentido el menemismo, dice Strada Sáenz, ha dado legitimidad política al ajuste económico. Pero ¿qué pasará cuando el menemismo desaparezca?

Teóricamente el menemismo, como sostiene Strada Sáenz, no es

asimilable al neoconservadurismo *tout court*. Rehúye a los sellos. Convenengamos, al menos, que es un punto de encuentro del viejo decisionismo peronista, de una fuerte herencia identitaria, de la legitimidad poshiperinflacionaria, de la necesidad de dar respuestas rápidas a la crisis con las recetas "más modernas" y de la caída de las expectativas en la sociedad. Todo eso, por lo menos, puede explicar su pragmatismo y su falta de prejuicios para encarrilar iniciativas inéditas como las privatizaciones y una política internacional que, como señala con justeza Llerendrozas, se aleja de los cánones peronistas (y de los de otros gobiernos democráticos y autoritarios previos).

PENSAMIENTO UNIVERSITARIO

Director: Pedro Krotsch

El gobierno del pragmatismo apela al jefe y a su autoridad para modificar su comportamiento. Y lo hace de forma ejecutiva, decisorios, poderes, lo que podría constituirse en un *boom* *merang* por la abundancia de datos, la "governabilidad" del período menemista (en el que se reducen los conflictos y la inflación está bajo control). Pero,

efectivamente, esta gobernabilidad va de la mano de un aumento del "decretismo", de la corrupción y de la anulación de la división de forma ejecutiva, decisorios, poderes, lo que podría constituirse en un *boom* *merang* por la abundancia de datos, la "governabilidad" del período menemista (en el que se reducen los conflictos y la inflación está bajo control). Pero,

ma de la transición descrito en profundidad por Respuela, donde los pactos a la Schmitter iban a sentar las bases de las nuevas democracias y pondrían pilares firmes a la legitimación de los regímenes democráticos. Poco tienen que ver también con los procesos de democratización en Europa del Sur ocurridos en la década del 70, tal como lo señala Leiras.

El libro, como dijimos, se concentra particularmente sobre Argentina. La perspectiva comparada aparece en los primeros capítulos sobre el debate teórico. Allí se presentan referencias a casos latinoamericanos. Pero una mirada a países emblemáticos como Chile, Perú y Brasil en los procesos de democratiza-

ción, hubiese ayudado a situar a la Argentina y al menemismo. Es lo que falta.

En este texto los autores, es bueno repetir, no se limitan a describir. Ofrecen una amplia bibliografía razonada, poniendo a la luz distintos enfoques para la interpretación de cada

fenómeno particular. Pero el libro de Pinto trasciende la sistematización de conocimientos. Ofrece además, como hemos sugerido en estas líneas, un rico cuerpo de ensayos acerca del debate teórico y de la realidad contemporánea.

Franco Castiglioni

Posibilidades y límites de la justicia en la Argentina

La Corte Suprema. Entre la justicia sin política y la política sin justicia. Eduardo Oteiza. Librería Editora Platense, 1994.

Las decisiones de la Corte Suprema de Justicia afectan nuestra vida diaria de un modo extraordinario. Fue a través de la Corte que la

libertad de prensa se consolidó y amplió en nuestro país; fue a través de ella que conseguimos que el divorcio se tomase posible. Fue

Novedades

Antropología de la escritura. Giorgio Raimundo Cardona. Gedisa, Barcelona, 1994. 236 páginas.

Durante mucho tiempo una perspectiva de análisis de carácter exclusivamente instrumental alojó a la práctica de la escritura al báculo de los grandes inventos técnicos de la humanidad. Sin embargo, frente a una nueva mirada, esta vez proveniente de las ciencias humanas, se ha revelado como un terreno fundamental de producción ideológica y simbólica. En esa dirección trabaja este libro la problemática de la escritura. Su propósito es examinar sus aspectos cognitivos, sociales, mágicos y sociales en tem-

pos y culturas diferentes con el fin de encontrar, a pesar de las diferencias, la sustancial identidad que los regula.

Teoría general de la dictadura. Un estudio sobre política y libertad. Juan Federico Arriola. Trillas, México, 1994. 212 páginas.

En esta obra el autor expone las distintas manifestaciones históricas de la dictadura, desde la Roma clásica hasta la actualidad, prestando especial atención al contexto en que se producen, su génesis, crecimiento, auge y decadencia. Asimismo, el trabajo presenta una clasificación de las dictaduras modernas y una conceptualización detallada de las mismas. Sin

alcanzar de modo satisfactorio la pretensión enunciada en su título, el trabajo, sin embargo, constituye una aproximación renovada sobre el tema.

Ciencias sociales y medicina. La salud en Latinoamérica. Ana Lía Kornblit. Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1994. 254 páginas.

El libro es el resultado de una serie de ponencias presentadas en la Segunda Conferencia Latinoamericana de Ciencias Sociales y Medicina. Estas fueron agrupadas en diversas áreas temáticas: política sociales y salud, me-

dio ambiente de trabajo y salud de los trabajadores, antropología y sociología médica, salud mental y reproductiva, ciencias sociales y educación y biótica. Por la variedad, relevancia y calidad de los trabajos aquí reunidos, el libro constituye un aporte singular en el campo de las ciencias sociales y de la salud.

Pierre Bourdieu: las prácticas sociales. Alicia B. Gutiérrez. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994. 96 páginas.

Junto a la del británico Antony Giddens, la obra del sociólogo francés Pierre Bourdieu se ha constituido en una de las teorías más sis-

temáticas del campo de la sociología. Este trabajo de Alicia Gutiérrez recorre los itinerarios de su producción y somete a un pormenorizado análisis los principales conceptos de su teoría sociológica al tiempo que subraya las afinidades y diferencias con modos alternativos de abordar la materia escudriñada de lo social.

El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII. Roger Chautier. Gedisa, Barcelona, 1994. 108 páginas.

En diálogo con Michel Foucault, Paul Ricoeur y Michel de Certeau, el historiador Roger Chartier recorre

la historia del libro y las diversas relaciones de los hombres con la materia textual como un espacio en el que se entrecruzan un texto, un autor y un artefacto. Al mismo tiempo, el libro constituye un ensayo sobre la práctica de la lectura, un territorio donde habitan más enigmas que certezas y que por tal motivo las ciencias humanas no cesan de interrogar.

Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y de política. Roy Hora y Javier Trínobli. El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1994. 220 páginas.

Con frecuencia los historiadores de la ciencia suelen repartir la génesis de las pro-

ducciones intelectuales entre una historia interna, que obedece a la temporalidad propia de las instituciones, y una historia externa, es decir, el conjunto de los acontecimientos culturales y políticos que signan igualmente la labor y los intereses de los intelectuales. Las biografías intelectuales y políticas que trazan las entrevistas que dan cuerpo al libro puntúan áreas históricas. Los biografiados son Tulio Halperín Donghi, Daniel James, Oscar Terán, Hilda Sabato, Natalio Botana, José Carlos Chiaramonte, Beatriz Sarlo y Juan Carlos Torre.

Políticas sociales. Crisis y ajuste estructural. Estela

Grassi, Susana Hintze, María Rosa Neufeld. Espacio Editorial, Buenos Aires, 1994. 244 páginas.

Resultado de una primera etapa de investigación en curso sobre la temática, el libro enfoca la redefinición de la legitimidad de instituciones y políticas sociales a la luz de la crisis del Estado del bienestar. El trabajo concentra su análisis en tres áreas de las políticas sociales: educación primaria, obras sociales y asistencia alimentaria. A partir de un recorrido atento a estas áreas los autores reconstruyen la actual configuración del Estado y sus estrategias respecto a las políticas sociales.

A.B.

la Corte la que impidió discriminaciones contra la mujer, los discapacitados, los ciudadanos de menores recursos. Fue ella, también, y a pesar de las trágicas dificultades, la que presionó desde la estructura de gobierno para la liberación de ciudadanos desaparecidos. Es a este tribunal a quien recurren obreros y jubilados en busca de amparo que otros organismos le niegan.

Pero ésta es sólo una de las caras positivas de la Corte. Porque fue ella, también, la que dio fundamento legal a todas las dictaduras que hirieron al país. Fue ella la encargada de proteger una muy injusta distribución de la propiedad o la que avaló trágicamente procesos de privatización y reforma del Estado.

Por razones como las mencionadas parece claro que el máximo tribunal de justicia concentra un enorme poder dentro de nuestro sistema institucional. Es por ello, en definitiva, que los demás poderes (y, en particular, el Poder Ejecutivo) siempre se encuentran en la tentación de subordinar a la Corte a sus propias pretensiones: contar con una Corte adicta equivale poco menos que contar con la suma del poder público. Ello puede implicar la posibilidad de actuar dándole, al mismo tiempo, legitimidad o a lo actuado: el poder sin controles.

Para comprender el modo en que la Corte ha venido actuando a lo largo de nuestra historia, Eduardo Oteiza ha re-

lizado una profunda investigación que, recientemente, dio sus frutos. En el libro *La Corte Suprema. Entre la justicia sin política y la política sin justicia*, de más que reciente aparición, Oteiza analiza a nuestra Corte Suprema, pero lo hace desde un enfoque no tradicional. En su trabajo, los fallos de la Corte son analizados dentro del contexto histórico y político en el que han aparecido. Las decisiones judiciales, en todos los casos, son examinadas tomando en cuenta los particulares vínculos que, en cada momento, la Corte establecía con los demás poderes del Estado (el Ejecutivo y el Legislativo). Y allí reside, seguramente, el principal mérito del trabajo de Oteiza. Rompiendo las barreras que los abogados suelen levantar a su alrededor, Oteiza muestra que las sentencias de la Corte no son la obra de técnicos aislados que la empresa de sostener una revista, de alta calidad, escrita en un lenguaje comprensible para todos, siempre crítica, siempre preocupada en la autocrítica, que nunca ha cedido a las modas filosóficas, por cuarenta años, ha sido una empresa extraordinaria.

Después de cuarenta años, la difusión de *Dissent* ha llegado a su máximo nivel y, aunque siga siendo una pequeña revista, continúa encontrando nuevos lectores. Nuestros colaboradores no tienen cuarenta años sino la misma edad que tenían los colaboradores de *Dissent* en los años 50;

Roberto Gargarella

REVISTAS

Dissent

Somos una izquierda sin línea de partido*

Desde hace cuarenta años, desde que fuera creada por Irving Howe y un grupo de intelectuales norteamericanos, *Dissent* se convirtió en un ejemplo del pensamiento de izquierda democrática. La reproducción del discurso pronunciado por Walzer con motivo de este aniversario es el pequeño homenaje de *La Ciudad Futura* al persistente compromiso del pensamiento crítico en la búsqueda de una sociedad democrática, pluralista, solidaria, expresado como pocos por *Dissent*.

Michael Walzer

Liberaba haber sido Irving Howe el que celebrara los cuarenta años de *Dissent*. Él habría podido hablar mejor que yo de los próximos cuarenta años, ni sé, definitivamente, si será, definitivamente, realizada.

La gente me pregunta si estoy contrariado por el mundo de hoy, donde la democracia y el socialismo aparecen por doquier en crisis, bajo asedio. Estoy inquieto, incierto y preocupado como siempre. Pero la caída del comunismo soviético es una gran alegría para este grupo de amigos y de compañeros. Aquel régimen y sus apólogos occidentales han sido

una de las razones clave de la originalidad de *Dissent*. Por cuarenta años hemos recogido, celebrado y exaltado toda expresión de disenso y de resistencia. En su gran mayoría los disidentes no han llegado al poder, pero esto no es lo más inquietante de su vida y de su compromiso (ni de los nuestros). El colapso de lo que se ha conocido como "socialismo real" echa una sombra sobre nuestra visión del socialismo —un pequeño precio a pagar porque por algún tiempo lo hemos sido re-visionistas.

En estos cuarenta años hemos tenido victorias y derrotas, y muchas sorpresas. Pero nosotros nunca hemos sido socialistas científicos que pretendían

saber lo que vendrá y por eso nunca nos sorprendimos de ser sorprendidos. Tampoco hemos tenido ilusiones sobre la solución estatista lista de los problemas sociales. Por cuarenta años hemos reconocido el valor del mercado, pero también los riesgos que con coloca a los hombres y a las mujeres cuando no está sujeto a límites. Nunca hemos creído que el liberalismo y nuestra misma democracia socialista fueran el fin de la historia.

La segunda razón clave de nuestro disenso en 1954 era el conformismo y el *quidnquismo* de los intelec-

tuales norteamericanos, un producto de la guerra fría, pero que ahora, terminada la guerra fría, parece renacer.

Hoy nos encontramos haciendo frente a algo que parece imposible en nuestro tiempo, esto es una sociedad que conoce una creciente desigualdad, la declinación industrial, la violencia en las calles. Por cuarenta años hemos defendido la salud pública, la educación pública, la educación familiar, la educación política, las políticas sociales, los servicios de salud y sostenido los mayores movimientos de los últimos cuarenta años (con lo que hemos tenido batallas memorables): el feminismo, el multiculturalismo y (pronto) el ambientalismo. Los defensores más apasionados de estos movimien-

tos no siempre fueron, ni acaso serán, los lectores más entusiastas de *Dissent*. Y todo esto porque nosotros deseamos ofrecer y frecuentemente lo hemos conseguido —un examen intelectual y moral del que tiene necesidad todo movimiento, pero que raramente puede ser realizado por sí solo.

No tenemos, ni hemos tenido nunca una línea de partido porque disintemos entre nosotros casi sobre todo. Sin embargo compartimos el compromiso sobre el conjunto de valores: cualesquiera que sea nuestro radicalismo cuando se trata de estructuras e instituciones respecto de experimentos políticos o nuestro escepticismo ideológico, nosotros somos sin embargo conservadores



M. BONIVARDI Angel, 1980

de algunos valores, unidos por una concepción de la justicia social que, ésta sí, ha sido constante. Esta concepción se compone de cuatro aspectos centrales:

- **Inclusividad.** Nosotros aspiramos a una sociedad que no niegue a ninguno de sus participantes los derechos de ciudadanía, que no excluya a nadie, que no empuje a nadie a los márgenes, que no asigne a nadie el rango de ciudadano de segunda clase, ni por raza, ni por credo religioso, ni por clase, ni por sexo.

- **Democracia.** Una sociedad de iguales y competentes ciudadanos, con instituciones accesibles, descentralizadas, pero que promuevan un genuino autogobierno.

- **Responsabilidad mutua.** Una sociedad en la cual los ciudadanos reconocen la obligación de ayudarse en tiempos difíciles, a través de la intervención del Estado, cuando ello sea necesario, pero tam-

bien de empresas colectivas y locales de socorro mutuo.

- **Pluralismo.** Una sociedad donde la inclusión, la participación democrática y el mutualismo faciliten y no obstaculicen nunca la expresión de la diferencia individual y de grupo.

El problema de cómo sostener y realizar este cuádruple compromiso nos está ocupando desde hace cuarenta años. Pretendemos llevarlo con nosotros en los próximos cuarenta. No puedo imaginar un tiempo en el que el problema deje de existir.

Por eso pienso en cómo seremos (no yo, sino nosotros) dentro de cuarenta años: todavía escribiendo en un lenguaje comprensible, todavía preocupados, todavía críticos, todavía comprometidos. □

Dos revistas*

Partisan Review

Nació en los años 30 liderada por el Partido Comunista norteamericano. En 1937 fue refundada por un grupo de intelectuales anticomunistas. A éstos se unieron los más prestigiosos intelectuales de cultura radical de los Estados Unidos. Una de las razones del éxito de PR fue la capacidad de aunar una orientación política de izquierda de inspiración radical y la anticomunista con la orientación cultural vanguardista de apoyo al modernismo en el arte y la literatura. Así, PR se convirtió en una revista única dentro de las publicaciones de izquierda de su época. Su decadencia, a partir de los 50, se

debió al conflicto interno entre el grupo radical y el anticomunista. Muchos de los intelectuales radicales se apartaron progresivamente de PR, que perdió influencia y prestigio en la izquierda norteamericana.

Dissent

Nació en 1954 por iniciativa de Irving Howe y Lewis Coser. Desde sus primeros números la revista se comprometió en dos frentes: por un lado la denuncia del stalinismo y del carácter opresivo de los regímenes socialistas; por el otro, la crítica radical de las injusticias de la sociedad norteamericana. *Dissent* se transformó en un instrumento de

discusión, abierto para la elaboración de un proyecto democrático-socialista. D fue sobre todo una revista política, una revista de política socialista. Socialismo, para los directores, significaba la extensión de los principios de la democracia a todas las dimensiones de la vida económica, social y política. Aunque después de Stalin no era más una idea "joven e inocente", para Howe y Coser el socialismo seguía siendo "la imagen de nuestro deseo" y la mejor esperanza para una sociedad más justa. En cuarenta años de vida D siguió fiel a su decisión de ser una revista política comprometida en la búsqueda de indicaciones

concretas sobre los problemas de la sociedad norteamericana y sobre asuntos de política internacional. Es la revista más influyente del mundo progresista norteamericano.

Para la historia de las dos revistas, véase James Gilbert, *Writers and Partisans: A History of Literary Radicalism in America*, Columbia University Press, 1992; Maurice Isserman, *If I had a Hammer: The Death of the Old Left and the Birth of the New Left*, Basic Books, 1987.

Nota

* Tomado de *Reset*, Roma, junio 1994.

ENSAYO

La revolución posdemocrática*

Javier Tusell

Como se recordará, en su introducción a *La democracia en América* Tocqueville hace mención a la necesidad de una "ciencia política nueva para un mundo enteramente nuevo" y ofrece, como contraste, la actitud de los observadores, arrastrados por un río veloz e incapaces de percibir otra cosa que los restos del pasado que se aprecian en las orillas. La frase puede tener aplicación a no pocos debates que se han producido en los últimos tiempos acerca de la democracia, en especial en España. Se ha convertido ya en generalizada la evidencia de que en un momento en que todo hacía pensar que esta forma de organización política iba a tener un éxito definitivo y mundial aparece, sin embargo, como merecedora de una profunda crítica respecto de su funcionamiento. No basta con juzgar los casos episódicos de corrupción como anécdotas ni tampoco considerar esa auténtica crisis de la democracia como el resultado de un aprendizaje o de un envejecimiento temprano, sino que debe obligar a todo un replanteamiento de la misma. En los dos casos mencionados se minimiza lo que en el fondo es una realidad de mucha mayor envergadura: en el primero se puede argumentar que el nivel del régimen democrático resultaría mejorable con el transcurso del tiempo o tras un proceso de "regeneración", mientras que en el segundo caso podría tratarse de un simple caso de senilidad provocado por la falta de alternativas. En ambos la posibilidad de una solución tendría que ver con rectificaciones legales o con el asentamiento de hábitos.

Lo cierto es, sin embargo, que los problemas de la democracia se refieren a lo que es su propia esencia y su desarrollo histórico. La democracia no es sólo un régimen político sino una forma de vida que acaba traduciéndose en una peculiar relación entre la sociedad y el Estado. John Stuart Mill recordaba que una constitución democrática confinada tan sólo a su gobierno central y no a las instituciones de base no sólo no creaba la libertad política sino que a menudo daba como resultado un espíritu opuesto a ella. Por otro lado, la democracia es el desenvolvimiento de una idea sujeta a las aportaciones conseguidas en cada momento histórico. A lo largo de los siglos, con

lentitud y en medio de luchas agónicas, la humanidad ha ido engendrando un sistema de convivencia que ante todo constituye un ideal y que, como tal, siempre tendrá algo de utópico, de inalcanzable y, al mismo tiempo, de motor de todas las esperanzas de los seres humanos. La democracia ha sido un proceso de revolución permanente que ha avanzado agónicamente mediante la puesta en práctica de fórmulas diferentes y sucesivas. "Tal vez acariciamos la esperanza de convivir libre y democráticamente sin fundamento racional suficiente", ha escrito recientemente Manuel Jiménez de Parga. El sentido de esta frase es recordarnos que, en definitiva, la Democracia, con mayúsculas, es un objetivo final difícil de alcanzar pero que sirve de medida para juzgar acerca de la realidad y el valor de regímenes sucesivos. La idea, por ejemplo, de que los gobernantes debían ser seleccionados mediante el sufragio sólo se ha ido abriendo paso pensando con el transcurso del tiempo y ha seguido un proceso histórico que ha ido desde el voto censitario al exclusivamente masculino y de éste al verdaderamente universal, incluso el de los más jóvenes. Esta transformación no es casual sino que se basa en la esencia misma de lo que es el sistema democrático. Cuando éste amanece como posibilidad de organización de la sociedad humana un observador tan inteligente como Alexis de Tocqueville escribió con toda razón que "la democracia no da al pueblo el gobierno más hábil, pero hace lo que el gobierno más hábil es, con frecuencia, impotente para crear: expande en todo el cuerpo social una inquietud actividad, una fuerza sobrabundante, una energía que no existe jamás sin ella y que, por poco que las circunstancias sean favorables, puede hacer maravillas". Pues bien, es a esa energía y actividad a la que hay que hacer apelación en estos momentos con el propósito de encontrar en esta idea y este proyecto moral nueva savia y contenido. La exigencia de nuestro fin de siglo es aguzar la mente y templar nuestro coraje moral para damos cuenta de que la democracia es, en realidad, un territorio difícil e ignorado que, por supuesto, debe ser defendido, pero que, sobre todo, debe ser explorado en cuanto a sus posibilidades futuras.

La nueva circunstancia histórica

Lo que hoy entendemos por ese régimen político en el que vivimos tiene una fecha concreta de nacimiento. La democracia actual, en efecto, consiste en un sistema puesto en práctica en sus líneas esenciales después de la II Guerra Mundial. En 1945 constituyó, después de que el mundo hubiera pasado por la tragedia del nazismo y del Holocausto, todo un avance respecto de lo que se entendía por tal término en

1939: supuso, por ejemplo, la extensión al Estado de bienestar. Pero ese sistema ahora está necesariamente envejecido, de manera singular en aquellos casos en los que se ha producido un particular inmovilismo.

No es, por supuesto, una casualidad que aquellos dos países en los que se ha producido una perduración esclerótica de la fórmula democrática surgida después de la II Guerra Mundial (Japón e Italia) hayan sido quienes han padecido de una forma más clara la crisis de su sistema político. Si examinamos el segundo caso, como más cercano, comprobaremos que lo esencial fue la organización de una "democracia de partidos", según la expresión de Lelio Basso, basada en dos paralelos grupos políticos de masas, católico y comunista, con vocación de penetración capilar en la sociedad e incluso carácter premonitoreo de auténtico Estado. Un rasgo esencial para comprender la peculiaridad italiana consiste en lo que se ha denominado como el "factor K": la existencia de un partido comunista, obeso de votos pero no utilizables porque nunca fue alternativa real durante la guerra fría. Completaron el panorama un sistema electoral proporcional, que en la práctica sustrajo las decisiones al ciudadano de tal modo que en Italia un cambio en la composición del gobierno no ha sido nunca el producto de unos comicios sino de decisiones previas o posteriores de la clase dirigente, y una ausencia de crítica a la institución parlamentaria, tal como se practicó en Alemania en 1945. El resultado ha sido un sistema político paralizante en el que tan sólo la apariencia de vertiginosa sucesión de gobiernos introdujo la probabilidad de cambios, sin que existieran en la práctica porque tan sólo se habló de reformas sin llevarlas a la práctica. Lo típico del sistema político italiano fue la reanudación de la tradición "transformista" del siglo XIX por la que se integraba de forma sucesiva en la coalición guber-

te a cualquier opción renovadora sin que ella introdujera nueva savia en el sistema sino que, por el contrario, se adaptaba a él. Así se llegaba a una situación general que ha sido descrita como de "polarismo colusivo" (Cafagna), en que existían fuertes discrepancias en apariencia pero un fondo de acuerdo precisamente en lo peor, es decir, en los procedimientos de actuación práctica de una clase política encerrada en una campana neumática, al margen de los ciudadanos. Lo que llama la atención del caso italiano, frente

al que se suele decir, no es lo súbito del colapso sino lo lento del proceso (hace 20 años se ratificó la financiación pública de los partidos en un referéndum) y las formas barrocas que ha ido adoptando, incluyendo, por ejemplo, la existencia de partidos cuya única razón de ser era pactar beneficiándose de la renta de su posición en el espectro político global. Ni siquiera la diáspora del voto católico, tan patente en otros países, ha tenido una verdadera significación en Italia hasta el momento presente.

En realidad, el más espectacular cambio en las circunstancias históricas reside en la actualidad, claro está, en la desaparición del totalitarismo comunista. Se ha dicho y escrito que la revolución pacífica de 1989 ha tenido para el mundo democrático inconvenientes, incluso graves, al privarle de un adversario con el que medirse y contrastarse; según algunos, la propia democracia entraría en crisis como consecuencia de esta ausencia de contrincante. En realidad, lo sucedido en el Este de Europa empieza por testimoniar la validez universal del sistema democrático y nos remite a su propia esencia más que ponemos en cuestión su razón de ser. Ha sido una prueba de un fracaso económico, pero, más que eso, ha resultado una victoria de las ideas de libertad sobre el poder político y una imposición de la sociedad civil emergente sobre una estructura política dictatorial. Timothy Garton Ash, en un libro que es, quizá, la más brillante interpretación de la caída del Muro de Berlín, ha citado con total oportunidad una frase de un príncipe alemán de 1848 respecto de los revolucionarios liberales: "Yo no puedo montar a caballo contra las ideas"; 150 años después se ha demostrado incluso que de nada sirve montar en un tanque porque, al final, a la victoria de las ideas de libertad en la masa de la población de modo necesario le sigue la victoria política. El hundimiento del comunismo no nos hace pensar, por tanto, en el "fin de la

historia", pero sí nos revela el sentido de la misma como una marcha de la humanidad hacia cada vez mayores cotas de libertad a través de una lucha complicada y difícil.

Partimos, por tanto, de una situación nueva y, por supuesto, mucho más positiva que la anterior a 1989. Revela ha afirmado que la mayoría de los observadores que emitan un juicio acerca del futuro se decantan hacia algunos años hacia la victoria final del sistema totalitario que, por otro lado, sólo a partir de 1985, es

los auténticos héroes de nuestro tiempo que demostraron, parafraseando sus textos, el poder, a la vez, de la palabra y de los sin-poder. Frente a un Popper que ofrece del sistema democrático una definición escéptica a la que se llega mediante el discurso racional, Havel contrapone una versión en que lo fundamental es el punto de partida ético. En uno de sus ensayos, *La responsabilidad como destino*, el presidente checo, tras describir la atmósfera grisácea y apática de la dictadura posttotalitaria comunista, indica las semed-



JULIO ALPUY

Tres figuras, 1948

zanjas con los regímenes democráticos maduros y propone lo que denomina una "política antipolítica", es decir, aquella que no sea una tecnología del poder y manipulación del individuo sino una fórmula para buscar y conquistar el sentido de la vida, acción moral práctica basada en el servicio a la verdad o en la preocupación por el prójimo. La revolución posdemocrática sería la traducción a la realidad de esta "política antipolítica". Por descontento, esta pretensión puede parecer demasiado genérica o utópica; pero lo cierto es que sin tener en cuenta la existencia de una tensión de la humanidad en este sentido no puede llegar a entenderse siquiera la panorámica de la democracia que se nos ofrece en la actualidad en todo el mundo.

En cuanto al supuesto carácter utópico de ese intento hay que tener en cuenta también las inmensas posibilidades de los recursos técnicos descubiertos por la humanidad, en especial aquellos que lo han sido más recientemente, los cuales cambian de manera sustancial el panorama de posibilidades que tiene el ciudadano del mundo cuando ya se va a ingresar en el siglo XXI. Los medios de comunicación han alterado de forma sustancial el panorama político en la democracia. Se suele tener en cuenta tan sólo los aspectos negativos de esta realidad por la manera en que lo hacen: simplificación de los mensajes, reducción de las campañas a puras operaciones de mercado y un largo etcétera. En un libro titulado *La melancolía democrática*, su autor, Bruckner, que señala esos inconvenientes, proporciona un dato que en principio puede parecer escalofriante: la duración media de los cortes publicitarios en las presidenciales norteamericanas ha pasado de 45 segundos a tan sólo 8 en los últimos 12 años. Pero, si existe ese peligro nacido de

Existe, sin embargo, un peligro en este momento de victoria de la democracia. Parte de considerar al comunismo no sólo como condenable sino también casi como algo ajeno a la naturaleza humana, como una pesadilla de la que se saldría merced a una simple restauración de la democracia tal como hasta ahora la conocemos. Pero no hay un modelo al que volver sino un régimen que, por su propia esencia, está siempre destinado a ser construido y a avanzar hacia nuevas metas. Para lo que debiera servir la caída del comunismo no es para congratularse o para justificar ilusiones restauracionistas sino para descubrir cómo, en las situaciones límite, se capta mejor la esencia de la democracia y aparece más nítido el rumbo que ha de seguirse respecto de ella en el futuro.

En este sentido es preciso remitirse a lo que ha escrito uno de los protagonistas esenciales del tránsito del comunismo a la democracia, Václav Havel. Pertenecía ese grupo humano al que cabe considerar como

los medios de comunicación, al mismo tiempo hay contrapartidas evidentes. En la actualidad los parlamentarios no tienen tan sólo unos pocos centenares de diputados que resuelven las cuestiones entre sí. En la práctica, en una democracia actual los ciudadanos llevan a cabo, gracias a los medios de comunicación, lo que Bourdieu denomina como un "derecho de inspección" sobre la labor del gobierno y la oposición, semana tras semana y aun día a día. Sólo el endiosamiento de la clase política puede explicar que

tas latitudes, de una paradójica crisis de la democracia en el preciso momento en que ha obtenido una victoria que parece, afortunadamente, irreversible. No es una crisis de la democracia que afecte a los fundamentos y al ideal en que se basa. Eso es importante advertirlo porque empieza por indicar que no nos hallamos ante un caso de gravedad manifiesta, de lo que se trata es de que, sin duda, podemos sacarle mucho mayor partido a la libertad. A diferencia de lo que sucedió en los años 30, por ejemplo en la Repú-

El colapso del comunismo nos ha demostrado hasta qué punto resultaba ficticia la pretensión leninista, de que una minoría se convirtiera en vanguardia del proletariado y condujera a la felicidad a la humanidad entera.

blica de Weimar, no se trata tampoco de que el mundo intelectual y cultural, a base de pretender alcanzar una democracia mítica, contribuya a hacer inviable aquella más modesta, ya existente, para abrir el paso a un Hitler. Ni siquiera se trata primordialmente de una crisis de las instituciones democráticas concretas, aunque, como veremos más adelante, algunas deban ser reformadas. De lo que se padece fundamentalmente la democracia en este fin de siglo que nos ha tocado vivir es de una crisis de representación y de gobernabilidad que trataré de glosar en algunos aspectos en las páginas que siguen.

Lo que padecemos, en todas las latitudes, es una situación de profunda desconfianza entre el ciudadano y la clase política. Por supuesto sería lo más sencillo culpar de esta realidad a tan sólo una de las partes y resultaría popular el hacerlo porque, en definitiva, como hay muchos más ciudadanos que políticos profesionales, designar a estos últimos como únicos responsables siempre atraerá la simpatía de la mayor parte de los primeros. Ya Ortega y Gasset nos advirtió que nada le gustaba más al español que poder designar con nombre y apellidos al autor presunto de sus males. El colapso del comunismo nos ha demostrado hasta qué punto resultaba ficticia esa pretensión, característica del leninismo, de que una minoría podía convertirse en vanguardia del proletariado y conducir, como tal, hacia la felicidad a la humanidad entera. Lo que en realidad sucedía en los regímenes comunistas es que esa minoría se convertía en "nomenklatura" y ejercía el poder absoluto con todo tipo de privilegios y ventajas. Lo trágico es que, aunque no suceda lo mismo exactamente, también en la democracia se ha dado un peligro como el mencionado. La afirmación de Rousseau de acuerdo con la cual el pueblo inglés sólo es libre durante la elección de los miembros del Parlamento porque tan pronto concluye ésta es reducido de nuevo a la esclavitud no deja de tener cierto

La vida pública en las democracias actuales: un diagnóstico

En las páginas precedentes hemos intentado penetrar en las circunstancias históricas nuevas que se dan en el horizonte del final de siglo. No hay que tener miedo en hablar, como ya se ha hecho en muy distin-

fundamento en las democracias actuales. Parece como si la misión de los políticos fuera recabar el voto periódicamente, pero nada más que eso, olvidándose de quienes se lo han otorgado inmediatamente a continuación. Desde esos medios profesionales de la vida pública se suele responder a quienes emiten una opinión que afecte a la vida pública con tan sólo la recomendación de que se presente a las elecciones quien quiera proponer, o tan sólo decir algo. Incluso los profesionales de la política dan la sensación, como el personaje de Jenofonte, de querer mantener el amor de los súbditos sin renunciar al despotismo propio.

La situación se ha hecho, además, especialmente grave con el desdibujamiento de los perfiles ideológicos. Hasta la caída del comunismo se podía considerar a las democracias divididas en dos modelos fundamentales: aquellas que gozaban de un profundo consenso social y político (las anglosajonas) y aquellas otras en las que no se daba esta circunstancia (las latinas). Ahora, en la década de los 90, ha desaparecido la tesis de que la revolución puede cambiar con un acto mágico el destino de la humanidad y la vida de los individuos. El socialismo y el liberalismo en apariencia sólo han podido subsistir por el procedimiento de fecundarse el uno al otro y las internacionales ideológicas son puras antiguallas. Se suele decir que la vida política se ha "americanizado" y esta afirmación peyorativa no tiene en cuenta que la consecuencia también ha sido el resurgimiento de un consenso y una moderación fundamentales.

Sin embargo, una cosa es ese consenso profundo y otra la identidad, que no sólo no es posible sino que atentaría contra la esencia misma de lo que es la democracia. Un factor esencial para comprender las nuevas condiciones en que se desenvuelve la democracia consiste en darse cuenta de que, como ha escrito René Remond, "la política no es ya lo que era". Las cuestiones que en la actualidad enfrentan a la opinión pública son inéditas y a ellas no se les puede dar respuesta recurriendo al cliché ideológico, como era lo habitual en otros tiempos. Cuestiones como la conservación del medio ambiente, el derecho de intervención de la organización internacional allí donde

existan conflictos, la xenofobia, la homogeneidad cultural de un país en el que se ha producido inmigración o la bioética son complicadas y nada susceptibles de soluciones simples. Ni siquiera se refieren principalmente a la manera de organizar un Estado sino que en buena medida afectan a la forma de vivir cada ciudadano en colectividad.

Dado el desvanecimiento de los idearios tradicionales los partidos políticos se han podido convertir en puras clientelas identificadas mucho más con una persona que con cualquier fundamento teórico. Los políticos profesionales han tendido, además, a reclutarse de manera casi exclusiva en la burocracia administrativa por razones perfectamente comprensibles: se trata del único trabajo que permite un retorno a la normalidad sin graves consecuencias profesionales. Eso, sin embargo, ha multiplicado un peligro que siempre ha sido evidente en la clase política: el de aislarse como en una campana neumática en un mundo independiente y peculiar, con sus privilegios, sus inmunidades, sus preocupaciones particulares e incluso su lenguaje, eso que los franceses denominan "une langue de bois". Si bien se mira, en el origen de cualquier tipo de fenómeno de corrupción está, como factor primordial, ese aislamiento de la política cotidiana de la vida normal de los ciudadanos. Así han llegado a atribuir al mundo de la política unas reglas morales distintas de las aplicables al resto de los mortales. En el mejor de los casos ese distanciamiento puede tener resultados grotescos. Cuando, como ya ha sucedido, la burocracia comunitaria es capaz de considerar que una manzana no es una manzana porque tiene (o no) un determinado diámetro, existe un obvio peligro de alejamiento de la realidad que acaba por pagarse caro. Quizá quien mejor ha descrito la antítesis entre lo que es la política vista desde fuera y la real haya sido el escritor peruano Vargas Llosa, el cual, en sus recientes memorias, *El pez en el agua*, ha narrado su paso, metéorico y amargo, por la política de su país. "Hice", nos asegura, "un descubrimiento deprimente. La política real, no aquella que se lee y escribe, se piensa y se imagina -la única que yo conocía-, sino la que se vive y practica día a día, tiene poco que ver con las ideas, los valores y la imaginación



JULIO ALPUY Montevideo constructivista, 1957

ción, con las visiones teleológicas -la sociedad que quisiéramos construir- y, para decirlo con crudeza, con la generosidad, la solidaridad y el idealismo. Está hecha casi exclusivamente de maniobras, intrigas, conspiraciones, pactos, paranoias, traiciones, mucho cálculo, no poco cinismo y toda clase de (juegos) malabares".

Resulta preciso recordar que ya los primeros apóstoles de la democracia llamaron la atención acerca del peligro de un distanciamiento entre la clase política y los ciudadanos. Tom Paine, por ejemplo, aseguró que, a fin de que "los elegidos no puedan tener intereses diferentes de los electores, la conveniencia apunta a que haya elecciones frecuentes". Pero desde hace tiempo sabemos que no puede bastar de ninguna manera con ellas. El ideal reside en aquello que afirmaba el líder laborista británico Aneurin Bevan, para quien "un representante es alguien que actuará, en una situación dada, de una manera similar a como lo harían sus representados en esa misma situación: en pocas palabras, debe ser de su misma especie". Tenía, en efecto, que "compartir sus valores, esto es, debe estar en contacto con sus realidades".

¿Por qué estas palabras suenan tan ilusas a nuestros oídos? Sencillamente porque el espectáculo que vemos en la democracia contemporánea resulta enormemente distante del descrito por Bevan en la frase citada. Lo típico del momento presente de las instituciones políticas occidentales es precisamente lo contrario, es decir, la desafección del ciudadano, no teórica ni de principio sino práctica y cotidiana, respecto de esos representantes a los que elige de forma periódica. Da la sensación de que el ser humano acostumbrado a vivir en democracia haya optado por eludir el cumplimiento de una buena parte de sus deberes ciudadanos y que aquel otro que ha llegado hace muy poco a alcanzar el reconocimiento de sus derechos ahora, muy pronto, haya dejado de sentir necesidad de usarlos. Bastan unos cuantos datos para demostrar la veracidad de tal afirmación. En Estados Unidos se abstiene uno de cada dos ciudadanos en la elección para una magistratura presidencial que reúne en sus manos unos poderes superiores a los de cualquier otro ser humano del presente o del pasado. En Francia dos de cada tres franceses no votaron en el último referéndum cuando esta institución parecía tan íntimamente vinculada a la realidad constitucional de la V República. En el Reino Unido menos de una

cuarta parte de los electores acuden a votar en las elecciones municipales. En Polonia han acudido a las urnas durante la última elección tan sólo 60 por ciento de los ciudadanos. En los años 70 el presidente Nixon acuñó la expresión "mayoría silenciosa". Cabe preguntarse si no se podría hablar, a esta altura, de un sufragio universal ausente. Es cierto que no se trata de una regla general y que es frecuente que cuando se dan circunstancias dramáticas se acuda de forma masiva y las urnas, pero, al mismo tiempo, con frecuencia se

Siempre la opinión social acerca de los profesionales de la política ha tendido a ser mala, pero en los últimos tiempos este juicio se ha extendido de un modo tan generalizado e intenso que resulta preocupante.

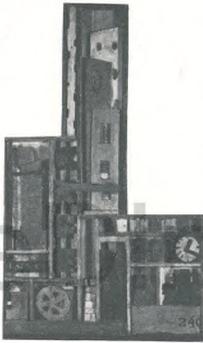
está produciendo un tipo de comportamiento electoral que tiene mucho de irresponsable o banal. Aparecen en el panorama político fórmulas que no pretenden ni siquiera dar respuesta total a los ciudadanos sino que parten de una visión voluntariamente fragmentaria de la realidad. El éxito de las fórmulas populistas y de determinados ecologistas tiene que ver con esta situación. Quizás al elector le interesa, sobre todo, oponerse al poder político. Popper ha afirmado que la democracia es tan sólo un sistema político que permite a los gobernados derribar a quienes están en el poder y, desde este punto de vista, quizá no le falta razón.

Sucedee algo parecido con esa gran conquista liberal que fue el derecho de asociación, convertido en otro gran ausente de nuestra realidad política contemporánea. Basta con considerar las cifras de afiliación de sindicatos o de partidos políticos para comprobar hasta qué punto se convierten en oligarquías. En Francia, con 40 millones de habitantes, el número de afiliados a todos los partidos políticos no supera el medio millón de personas, muchas de las cuales ocupan cargos públicos. Los partidos políticos son, por tanto, muy poco respecto de la sociedad que los cobija, sin embargo, lo cierto es que exigen un monopolio del escenario público por completo desproporcionado a su efectiva realidad. La reacción que se impone a una situación como ésta es que los ciudadanos acaban por tener una pésima opinión de aquellos que se atribuyen de forma injustificada total poder. Siempre la opinión social acerca de los profesionales de la política ha tendido a ser mala, pero en los últimos tiempos este juicio se ha extendido de un modo tan generalizado e intenso que resulta preocupante. En la propia Francia la mala opinión acerca del profesional de la política afecta a casi la mitad de la población.

Parte de la crisis actual del sistema democrático durante este fin de siglo deriva, en fin, del funciona-

miento de las instituciones. El espectáculo de su funcionamiento resulta, en efecto, merecedor de una reflexión. A menudo el Ejecutivo practica lo que Jean-François Revel ha denominado, en referencia a las instituciones de la V República francesa, como un "absolutismo ineficaz". Según él la magistratura presidencial de su país concentra en sus manos todos los poderes pero no es responsable ante nadie, mientras que en otros países, como Italia, el parlamentarismo puede parecer muy capaz de controlar pero concluye

por condenar al Ejecutivo a la impotencia, al mismo tiempo que hasta la actualidad ha imposibilitado la alternativa. El Parlamento, que fue un instrumento político de control gestado en el siglo XIX, parece condenado a finales del siglo XX a una tarea de simple convalidación de decisiones que se toman fuera de él sin que tampoco sea capaz de llevar a cabo su tarea limitadora del Poder Ejecutivo. Las leyes electorales parecen abocadas a proporcionar mayorías inestables que tienen como resultado la falta de gobernabilidad. El Poder Judicial ha jugado un papel de liderazgo moral en muchos países pero ello no ha tenido como consecuencia una tendencia a superar su ámbito de competencia e incluso a crear una guerra civil entre las instituciones. En general, el mal funcionamiento de las mismas



JULIO ALFUY Construcción de madera, 1945

financiación de los partidos. Nada se entenderá acerca de este fenómeno sin tener en cuenta que se trata de una general elevación de criterios morales en la política contemporánea: no se trata de que los políticos sean hoy más ladrones sino de que se les exige más. Y eso no obsta para que el fenómeno no represente, al mismo tiempo, una cierta vuelta a los orígenes de la democracia. También Tocqueville escribió en su día que la democracia americana era mucho más el producto de una sólida tradición basada en principios morales que de la sabiduría de los padres fundadores a la hora de imaginar instituciones políticas concretas.

Los "leones" de la posdemocracia

¿Tienen solución todos estos males que hasta aquí se han venido apuntando? Por supuesto la respuesta a este interrogante debe ser proporcional a lo problemático de la pregunta. Es toda la humanidad en este fin de siglo la que debe hacerse esta pregunta y ella misma debe conseguir responderla. Además, la innovación tiene también, como es lógico, sus riesgos. Sartori ha recordado que en la cartografía de la era de los descubrimientos aquellas zonas todavía inexploradas estaban pobladas por leyendas que

indicaban desconocimiento y prevención: *hic sunt leones*. Las reformas de la democracia pueden llegar a desnaturalizarla pero también son impredecibles para ponerla al día. La situación resulta semejante a la de quienes hace decenas de años lucharon por aspectos de la democracia que hoy nos parecen tan obvios que ni siquiera exigen ningún tipo de discusión. Recientemente entre nosotros se ha recordado un mito de la Grecia clásica que puede servir como metáfora de lo que debieron ser nuestros propósitos. Medea aconsejó a las hijas de Pelias que destrazaran el cuerpo de su padre y que hirviesen los despojos porque ése era un procedimiento infalible para que el anciano recuperara su juventud. Se deben intentar, por tanto, nuevas fórmulas que den una luz nueva a ese proyecto colectivo que es la democracia, que viene de las profundidades de la historia; ahora estamos obligados a darle nuevo contenido e impulso renacido. Se deben hacer estas sugerencias a título

experimental, como una posibilidad abierta, aunque ya existan indicios de que éste va a ser el rumbo que se va a seguir en el futuro.

Por supuesto es preciso empezar por recuperar el equilibrio entre los distintos poderes políticos. Resulta preciso corregir esas peligrosas tendencias a la crisis institucional aludidas hace un momento. Es evidente, además, que existen medios técnicos instrumentales capaces de producir esa rectificación. Las soluciones, en todo caso, pueden ser plurales y los

Será, quizá, bueno reintroducir las fórmulas de democracia directa en la vida pública y aplicarlas no sólo para las grandes decisiones sino, sobre todo, para las más modestas en municipios, comarcas o regiones.

especialistas podrán determinar su adecuación a cada caso concreto. Alemania y el Reino Unido constituyen buenos testimonios de que se puede conciliar un sistema parlamentario con un Ejecutivo que funcione, y Estados Unidos de que se puede obtener la misma combinación de eficacia y control en un régimen presidencial. El Parlamento británico testimonia que es posible una labor de control diaria por el Legislativo sin que ello implique un empleo excesivo de tiempo; y la ley electoral alemana es la prueba de que resulta hacedero hacer compatible la proporcionalidad en el sistema de recuento de votos con el mantenimiento de una vinculación entre elector y representante. Se trata, en definitiva, de convertir, mediante reformas legales e institucionales concretas, el poder político en algo cercano, tendencia que, por otro lado, las propias circunstancias han impuesto por el mismo hecho de que la creación de entidades supranacionales aleja el poder y hace más necesario el recurso a la desconcentración de las decisiones en el nivel municipal o regional.

Es preciso, en segundo lugar, desmonopolizar al partido como agente exclusivo de la acción política. Por supuesto siempre los partidos desempeñarán un papel decisivo en cualquier democracia, pero lo que resulta injustificable es, a estas alturas, que pretendan tener la exclusiva de la actuación política organizada, sobre todo atendiendo a lo que en realidad representan en la sociedad actual. No hay observador inteligente sobre la realidad de la democracia actual que no considere inaceptables los partidos políticos tal como hoy existen, pero, al mismo tiempo, no hay quién juzgue que su desaparición no tendría, de forma inevitable, un resultado autoritario. Con frecuencia se citan las tesis acerca de la oligarquización de los partidos políticos, esgrimidas por Michels. No se tiene en cuenta, sin embargo, que el maestro de éste es, Ostrogorski, ya se refirió a un problema todavía más

fundamental y previo que el de la ausencia de democracia en el interior de los partidos. Lo decisivo no es, en efecto, ésta sino el hecho comprobado de que los partidos pueden tender, no a canalizar las aspiraciones sociales, sino a bloquearlas cuando convierten la organización en un fin, concluyendo en desposeer al ciudadano de una parte de sus prerrogativas y capacidades. Los partidos organizados han sido convertidos en indispensables por el sufragio universal y la multiplicación de las campañas. Sin embargo, como se

prueba por la financiación a que se acostumbran, hay peligrosísimos círculos viciosos que acaban por poner en peligro esa condición de vehículo que los partidos debieron tener de forma exclusiva. El problema de la financiación de una estructura partidista consiste no en que se deba hacer de una manera u otra sino en que se altera la propia esencia del partido, porque para hacer una supuesta política más eficiente se recurre a unos procedimientos que alteran su esencia misma y la de la propia democracia. Ostrogorski ya sugirió una solución posible: las "ligas", a las que atribuía un carácter más circuns-

tancial y relativo a la solución de tan sólo problemas concretos. Todo lo que tiende a desmontar el "Estado de los partidos" y su habitual tendencia a repartirse por cuotas las instituciones, es, en el momento presente, positivo.

Pueden existir, además, estructuras políticas más laxas que colaboren de forma decisiva a la movilización de la sociedad para su participación en las tareas colectivas. Ellas, además, pueden servir para hacer desaparecer la prevención ciudadana que existe en todo el mundo respecto de la clase política organizada en los partidos. Lo cierto es que nadie ha pretendido esa exclusividad que ellos mismos se otorgan. Nuestra Constitución, por ejemplo, dice de los partidos que concurren a la formación y la manifestación de la voluntad popular, pero no que sean el único medio para lograrla. Las fundaciones, colegios profesionales, instituciones nacidas del asociacionismo social espontáneo, clubes políticos, plurales o no en ideario, han de desempeñar un papel muy importante, decisivo, en un momento en que ese "Estado de partidos" que nació después de la II Guerra Mundial está en una crisis que quizá resulte irreversible. Por supuesto esto no quiere decir que deba olvidarse la democratización de los partidos misma sino que hay que completarla con el claro, franco y entusiasta reconocimiento de

que existen otras fórmulas de actividad política que para muchos ciudadanos pueden resultar más atractivas. Y, por supuesto, desde esta perspectiva adquiere todo su sentido la participación de los independientes en la vida pública, de forma individual o no.

En tercer lugar, sería, quizá, bueno reintroducir las fórmulas de democracia directa en la vida pública y aplicarlas no sólo para las grandes decisiones colectivas sino sobre todo para las más modestas que intenten llevarse a la práctica en municipios, comarcas o

regiones. Hay países, como el nuestro, en que, por razones históricas, la Constitución parece partir de una prevención respecto a ese género de consultas. Sin embargo, ni en el pasado ni en el momento presente hay motivos para considerar como peligrosa una fórmula como ésta. En la Grecia clásica, la democracia directa, la del pueblo en su totalidad reunido en asamblea, era la única imaginable. En Suiza fue instituido el referéndum en 1891 como posibilidad de corrección de las decisiones tomadas por la clase política. ¿Qué inconvenientes puede haber en que un gran proyecto público que puede afectar a la vida de miles de ciudadanos sea sometido a la consulta de quienes se van a ver beneficiados o perjudicados por él? De todos es conocido el papel decisivo que han tenido los referendos llevados a cabo en algunos de los Estados norteamericanos, en especial California, sobre variadísimas materias que abarcan desde el cuidado por el medio ambiente hasta complicadísimas cuestiones fiscales y que han contribuido de manera poderosísima a acercar la opinión pública a la clase política dirigente.

Creo, en fin, en cuarto lugar, que es preciso llevar a cabo un doble esfuerzo, en apariencia divergente pero en la realidad complementario, para, por un lado, desprofesionalizar la política y, al mismo tiempo, profesionalizarla. Una enseñanza a la que la humanidad ha llegado en las últimas décadas es que una clase política encerrada en sí misma y dotada de privilegios acaba aislándose de quienes la han elegido y acaba convirtiéndose en peligrosa para ellos. Lo más importante que ha acontecido en las últimas presidenciales norteamericanas no es la elección de Clinton sino el hecho de que muchos Estados hayan limitado la duración de los mandatos de los cargos electivos

después de los sucesivos escándalos protagonizados por congresistas en Washington. No es necesario recordar que en la Grecia clásica se había inventado el ostracismo, del que podrá decirse que constituye un claro antecedente de esa fórmula. En la actualidad hay incluso quienes hacen propuestas que pueden parecer utópicas, como la de que determinadas magistraturas sean cubiertas por sorteo; sin embargo la institución del jurado se basa en esa fórmula. Parece necesario, por lo menos, tener en el horizonte de las posibilidades esa limitación de mandatos que evitaría una profesionalización de la política de la que sólo pueden derivar inconvenientes, mientras que la periódica circulación de la clase política obligaría a una mayor calidad personal y evitaría aquéllos. La verdadera profesionalización de la política debería llevarse a cabo mediante la creación de autoridades administrativas independientes y autónomas, destinadas fundamentalmente a aconsejar, y formadas por los mejores especialistas en materias concretas. Esta es una fórmula que ha sido ensayada ya con buenos resultados en algunos países, como Francia, donde existe, por ejemplo, una Comisión Nacional para tratar de una cuestión tan compleja e importante como la biotética. No hay en una iniciativa como ésta la menor traza



JULIO ALPUY. Construcción con hombre rojo, 1945

de corporativismo sino la decidida voluntad de nutrir las decisiones del poder político con la cualificación que sólo puede nacer del asesoramiento de los mejores técnicos.

Lo esencial, sin embargo, no reside tanto en medidas concretas como las expuestas como en una actitud nueva en la relación de gobernantes con gobernados de la que pueden derivar muchas otras propuestas semejantes a las mencionadas. La democracia no puede consistir tan sólo en un acto electoral episódico sino que debe convertirse en todo un sistema de vida. Eso implica que debe existir una relación perpetua y fluida entre esos dos elementos -el poder y los ciudadanos- que constituyen los términos de la relación política. O bien conseguimos que se produzca un cambio decisivo en este terreno o no habremos solucionado ese conjunto de problemas a los que se ha hecho mención.

El cambio debe empezar, desde luego, por la toma

de decisiones básicas. Lo que importa es que nos demos cuenta de que, como escribió Lindsay, "en una democracia sana las discusiones de la asamblea representativa actuarán, por así decirlo, como la presidencia de una discusión múltiple e informal de la nación en su conjunto". Por supuesto un programa electoral que ha resultado triunfante en unas elecciones debe ser llevado a cabo, pero la implicación de la sociedad en su realización es por completo esencial si se quiere que sea realizado de la forma correcta; por eso el

vida cotidiana. Ahora, sin embargo, se ha hecho patente que una democracia de calidad es inviable si se tienen los derechos para no ejercerlos y se permite a los profesionales de la política que despojen a los ciudadanos de sus prerrogativas, aun con su consentimiento.

En las páginas finales de su importante libro *Le regain démocratique* Jean-François Revel hace una afirmación que merece la pena traer a colación. "Es la democracia la que permite al hombre libre nacer", asegura este conocido autor, "pero es el hombre libre quien permite a la democracia durar".

El ejercicio individual de las libertades, hechas posibles por la democracia, no es, por tanto, sólo recomendable sino obligado, y practicándolas se mantiene y multiplica el grado de libertad colectiva y se abre el horizonte de una democracia regenerada. La democracia exige como requisito imprescindible la participación de los individuos y la sociedad organizada al margen de la vida pública. Y ésta es a su vez la mejor garantía no sólo de una política eficaz sino también de que habrá una parcela de la vida individual por completo ajena a la vida pública. □

Por supuesto un programa electoral triunfante en unas elecciones debe ser llevado a cabo, pero la implicación de la sociedad en su realización es esencial si se quiere que sea realizado de la forma correcta.

Bibliografía

- Patrick Brukner, *La mélancolie démocratique*, París, Plon, 1991.
- Luciano Cafagna, *La grande slavina. L'Italia verso la crisi della democrazia*, Venecia, Marsilio, 1993.
- Ralf Dahrendorf, F. Furet, B. Geremek, *La democrazia in Europa*, Bari, Laterza, 1991.
- Jean-Marie Goeheno, *La fin de la démocratie*, París, Flammarion, 1993.
- Manuel Jiménez de Parga, *La ilusión política*, Madrid, Alianza, 1993.
- Moisei Ostrogorski, *La démocratie et les partis politiques*, París, Fayard, 1993. Prólogo de Pierre Avril.
- René Remond, *La politique n'est plus ce qu'elle était*, París, Calmann Lévy, 1993.
- Jean-François Revel, *L'absolutisme inefficace ou contre le présidentialisme à la française*, París, Plon, 1992.
- Jean-François Revel, *Le regain démocratique*, París, Fayard, 1992.
- Giovanni Sartori, *La democrazia después del comunismo*, Madrid, Alianza, 1993.
- Pietro Scoppola, *La Repubblica dei partiti: profilo storico della democrazia in Italia, 1945-1990*, Bologna, Il Mulino, 1991.

Nota

Tomado de *Claves de razón práctica*, Nº 42. Javier Tusell es catedrático de Historia. Autor de *Franco y los católicos (La política interior española entre 1945 y 1957)* y *Franco en la guerra civil. Una biografía política*.

Diez años después

Penitentes hasta la muerte

Deben llorar por el resto de sus vidas...son penitentes hasta la muerte.

Voltaire

Sergio Bufano

Hace diez años, en noviembre de 1984, apareció la primera edición de un libro que vendió un millón de ejemplares. El Informe de la CONADEP, que se llamó *Nunca Más*, fue la prueba testimonial más escandalosa de los crímenes cometidos durante la dictadura militar. Creada por Raúl Alfonsín cinco días después de asumir la presidencia de la Nación, la Comisión entregó su informe en setiembre y fue el primer escalón que culminaría en el juicio a las Juntas.

Recordar el *Nunca Más* y el juicio a las Juntas siempre será un deber ciudadano. Un ejercicio para refrescar la memoria colectiva. Pero ese deber tiene hoy un significado mucho mayor porque la campaña para la reivindicación de los criminales, torpemente lanzada por un presidente que nos ha familiarizado con la torpeza, se dirige a distorsionar la historia, modificar los hechos sucedidos y, como propósito final, homenajear a quienes ya fueron condenados por la justicia.

La creación de la CONADEP y la voluntad política de juzgar a las Juntas fue el hecho decisivo de un siglo signado por la balandronería militar. Las fuerzas armadas no volvieron a ser las mismas, más allá de las vacilaciones de un radicalismo que no supo manejar el proceso, más allá de una oposición que creyó que era posible encar-

celar a 2000 oficiales y, más allá, también, de un Punto Final que dejó un amargo sabor en la boca.

Verlos sentados en el estrado, en un juicio público, a quienes poco antes habían sido dueños absolutos de la vida y de la muerte, producía una extraña sensación de irrealidad. No eran sólo nueve hombres. Eran mucho más que nueve comandantes con uniformes de gala. Porque aunque estrictamente sabemos que no es así, allí se encontraban sentadas las instituciones militares que desde 1930 se habían atribuido la condición de custodios pretorianos de la política y la moral de la sociedad civil.

Y allí estaban, en el banquillo de los acusados. Ni ellos podían creer que eso estuviera sucediendo. No había antecedentes en la historia argentina y apenas dos en el mundo contemporáneo. El terrorismo de Estado llegaba a su fin en un estrecho salón del vetusto Palacio de Justicia.

Atrás quedó una dictadura que sembró la Argentina de cadáveres mientras era alentada por sotanas púrpuras que reclamaban "la purificación por la sangre"; que contó como aliado con el silencio de las mayorías. Silencio, es cierto, impuesto por el miedo; pero también, no nos engañemos, por el

dinero dulce que compraba las conciencias de la sociedad con pasajes baratos a Miami. Una dictadura que disfrutó de la complacencia de gobiernos por los cuales muchos jóvenes lucharon, perdieron la libertad y también la vida.

Y allí estaban, en el banquillo de los acusados.

Un conocido escritor afirmó recientemente que "fue la presión popular la que obligó al gobierno a juzgarlos". Otra mitificación de la historia de aquellos que se alimentan con leyendas proletarias de pueblos combativos. En 1983, 40 por ciento de la sociedad votó por un candidato que había aceptado la autoamnistía de los dictadores y jamás podremos saber cuántos de los que votaron por Alfonsín deseaban verdaderamente un juicio y castigo. Los que reclamamos el juzgamiento fuimos los de siempre: muy bullangueros en las calles pero poco representativos de las aspiraciones de la sociedad.

Hoy todos están libres. Pero nadie puede suponer que se sientan dichosos. Son penitentes. A pesar del indulto ellos saben que nada será igual que antes. Han perdido la antigua soberbia que convertía la vara de la justicia en una espada y el estado de derecho en un campo de concentración. Aun con

la sorda indignación que produce saber que los crímenes no serán castigados, nos queda una certeza, formidable certeza que no hubiéramos imaginado una década atrás: que no existe reivindicación que pueda modificar la realidad de que **esta gente no vuelve más.**

Y quizás convenga repetirlo, no olvidarlo: **esta gente no vuelve nunca más.**



HORACIO TORRES

Proyecto para un mural, 1944